

las provincias vascongadas "las bayonetas populares" y el material de guerra que necesitan los vascos para defenderse.

Y sólo por eso; por el pacto de neutralidad; por la actitud de Francia y de Inglaterra; por el aislamiento del Norte de la península con relación al resto del territorio leal, será posible a italianos y alemanes dominar después Santander, Gijón, toda la costa del Cantábrico, que empezó en realidad a desgajarse con la pérdida de Irún y con estar El Ferrol, desde el principio, en poder de los facciosos.

¡Y no se perdió Irún a los dos meses escasos de contienda porque a sus soldados les faltase bravura! Hasta lo último lucharon los heroicos milicianos del pueblo. Lucharon hasta quedar por completo exhaustos de municiones. ¡Entretanto, al otro lado del Bidasoa, casi a la vista de los defensores de la plaza, se hallaban detenidos por las autoridades francesas varios cargamentos de material preciosísimo de guerra!

Hubiera bastado con respetar el Derecho Internacional, y esas armas habrían servido a los guipuzcoanos para mantener su dominio en el norte. ¡Como a los vascos! ¡Como a los asturianos indomables, quienes han escrito páginas gloriosas, de sublime heroicidad, en defensa de su patria, en defensa de la República, en defensa de la democracia y de la dignidad del hombre, en octubre de 1934, en el curso completo de esta agresión nazifascista, a todo lo largo de la historia de España!

Pero las potencias democráticas, las del Comité de Londres, las que mandan y ordenan en la Liga de las Naciones, no han querido que el pueblo español se arme contra el fascismo. Y han dejado que Italia y Alemania sigan conquistando posiciones estratégicas en la península. Y que sigan cometiendo atentados "para tomar represalias", como uno más del Reich después de la matanza y del incendio de Guernica: como el criminal bombardeo del puerto de Almería por unidades de la escuadra alemana de control.

El 31 de mayo de 1937 tiene lugar esta nueva demostración de la barbarie totalitarísima, ¡porque dos aviones del Gobierno legítimo de España, en aguas territoriales españolas, cometieron el desacato de responder el 29, dos días antes, a los cañonazos del barco alemán de guerra "Deutschland", anclado ilegalmente en Ibiza!

“¡Represalias!”, dice el Fuehrer. “¡Venganza!”, replica Mussolini en *Il Popolo d'Italia* con esta frase: “Una cosa es cierta como el dogma de la fe, de nuestra fe fascista: los muertos de Guadalajara han sido vengados”. Y como nadie fuera de España se atreve con los matones de Europa, van los dos creciéndose y aumenta su cinismo por la impunidad de lo que han hecho en Málaga, en Durango, en Guernica, en Almería, en Bilbao, al extremo de que Hitler declara el 27 de junio en su arena de Wurtzburg:

“Necesitamos en España un gobierno nacionalista con el fin de procurarnos el mineral español”. Y otra vez escribe Mussolini, con la misma fecha, en *Il Popolo d'Italia*: “En esta gran lucha de España la Italia fascista no ha permanecido neutral: ha combatido y la victoria será suya”.

Posteriormente, en su discurso del 28 de septiembre en Berlín —y con perdón del Comité de Londres— ratificará el Duce su beligerancia en la guerra española diciendo: “Cuando las palabras no bastan es necesario recurrir a las armas. Así lo hemos hecho en España, donde millares de voluntarios fascistas han caído para siempre”.

¡Sin duda que han caído millares de “flechas negras” y de legionarios, allí donde no pudieron emprender fugas tan rápidas como la bien conocida de Guadalajara! Lo demuestra el *New York Post* del 3 de septiembre de 1937 con esta estadística de las bajas sufridas por los invasores en uno de sus ataques a Santander: italianos, 2,727; alemanes, 1,614; moros, 1,415; de otras nacionalidades, 502; ¡españoles, en total, 57!

* * *

¡Italianos, alemanes, moros! ¿Qué hacen, entretanto, los generales facciosos españoles, testaferros de Roma y de Berlín? Hay de sobra con traer a cuento las actuaciones del “Generalísimo”, no sin advertir que su segundo espada, Queipo de Llano, “el que obtiene grandes triunfos desde el micrófono de Sevilla”, ha celebrado con alborozo los bombardeos del país vasco, que solamente durante el mes de abril arrojaron un saldo trágico de 3,245 muertos. “¡Bien muerta esa canalla marxista!” Y al referirse al bombardeo alemán de Almería no ha tenido inconveniente en afirmar: “Alema-

nia, celosa de su dignidad, dispuso el bombardeo de Almería como una justa represalia”.

Tocante al cabecilla Franco y Bahamonde, no quiere perder ocasión de felicitar a sus amos totalitarios. He aquí su mensaje para el Duce, en términos parecidos al que dirigió al Fuehrer en la misma fecha, tan pronto los invasores ocuparon Bilbao:

“En el momento en que los nacionalistas entran victoriosos en Bilbao yo os envío mi saludo más entusiasta, así como el del ejército, orgulloso de haber respondido a la confianza que pusieron en él su pueblo y su Duce. Os ruego, al mismo tiempo, tengáis a bien comunicar la noticia del éxito a Su Majestad, el Rey y Emperador, así como también expresarle mis mejores sentimientos hacia él y los del pueblo español”.

Contesta Mussolini: “La noticia de la entrada de las tropas nacionales en la ciudad de Bilbao ha sido acogida con gran satisfacción y alegría por el pueblo italiano, al conocer el mensaje de Vuestra Excelencia. La empresa de la conquista de España ha dado un paso más hacia su meta. He comunicado a Su Majestad, el Rey y Emperador, los términos de vuestro mensaje”.

¡Nuevos parabienes y saludos de Franco para Mussolini cuando los invasores toman Santander! *Il Popolo, Stampa*, todos los diarios y revistas de la última semana de agosto publican encendidos comunicados oficiales sobre la heroicidad de las divisiones “Flechas negras”, “Llamas negras”, “Camisas negras” y “Littorio”; reproducen los partes de guerra que envían al Duce los generales Piazzoni, Velardi, Manca, Favagrosso, Roatto, Perti, Frucci, Francisci, Bastico, Teruzzi, Biscanccianti, otra vez Bergonzoli; en marco de honor, por último, dan a la publicidad lo que a su jefe romano telegrafía el “Generalísimo” que fué español:

“Rindo a Su Excelencia el tributo de nuestro agradecimiento y admiración por el valor demostrado por las tropas italianas, sintiéndome orgulloso de vuestros legionarios. El valor y la disciplina de que las tropas de Italia han dado muestras en esta ofensiva han coadyuvado de forma patente a la conquista de Santander, y han ayudado y seguirán ayudando a la victoria final”.

El señor Mussolini replica sin tardanza: “Me siento satisfecho de que los legionarios italianos hayan aportado durante estos diez

días de lucha su poderosa contribución en Santander. La hermandad de nuestras armas unidades es la mejor garantía de la victoria”.

NO HAY MANERA DE VENCER AL PUEBLO ESPAÑOL —AL ESPIRITU
ESPAÑOL— AUNQUE LOGRASEN DOMINAR EN LA PENINSULA
LAS ARMAS EXTRANJERAS

Frente a eso, frente a mensajes de tal jaez, en pugna y en contraste con el “nacionalismo” engalonado, resalta más todavía la elevada moral del pueblo español, del auténtico pueblo español, que sostiene su guerra tenaz de independencia contra Italia, Alemania, Portugal, Francia, Inglaterra, 26 naciones más que se dicen democráticas, la Liga de Ginebra, el Comité beatífico de Londres, militares, alto clero, nobleza, moros y legionarios contratados en el Africa. Hablando de ese maravilloso espíritu inquebrantable me ha dicho el General Miaja:

“No soy más que el relojero. La defensa de la capital, las victorias ganadas, son obra exclusiva de este pueblo que vibra de indignación patriótica. Sin su respaldo yo nada hubiera podido hacer. Pero gracias a su lealtad y a su abnegación ha logrado organizarse lo que usted ve: un poderoso mecanismo humano que con todos sus defectos —por la innovación y por la urgencia con que se tuvo que formar— lleva sin embargo fuerza suficiente en las entrañas para detener a los fascistas. Y es que la masa popular tiene un gran sentido de la justicia que determinará, no cabe duda, la derrota final de los facciosos”.

Me refiere a continuación el General Miaja actos de valor de sus soldados, hazañas de heroicidad y de bravura, que podrían contarse por millares. Sigue un rato más la charla sobre distintos temas, en la amable compañía de Amaro del Rosal y de José Maltrana, quienes me han presentado al gloriosísimo defensor de Madrid y al Coronel Rojo. Observo, entretanto, al estratega: alto, fornido, sereno; ojos pequeños que se apagan y se encienden detrás de las gafas; modestia, jovialidad, señorío sin petulancia.

Sus palabras, dichas con reposo, son un reflejo exacto de lo que voy viendo en todas partes. Cohesionadas están las fuerzas de vanguardia; cohesionada la retaguardia; cohesionados, llenos de abnegación y de entereza —también de una jovialidad extraordi-

naría, a pesar de su inmenso dolor— hombres y mujeres, niños y ancianos, soldados y civiles.

Se les oye comentar las noticias de los periódicos y de la radio. Los avances en un frente. La caída o la toma de una plaza. El bombardeo de otra. La evacuación de una ciudad. No se demoralizan. Ayudar es lo que quieren.

Discuten con natural indignación la política internacional. Las maniobras de la plutocracia en Londres y en París. La doblez de Inglaterra. La indecisión de Francia. Las respuestas de Eden a Alvarez del Vayo. Las interpelaciones sobre el pacto de neutralidad en la Cámara de los Comunes. La contestación de que Italia y Alemania “no han violado” aquel “convenio de caballeros”. La actitud de la Sociedad de las Naciones, cuyo formulismo desesperante quiere “dar tiempo” a los invasores para que dominen en España. Y coinciden todos en que la República Española sólo puede contar consigo misma, teniendo que cuidarse de Inglaterra.

Sobre el particular me declara don Jacinto Benavente: “Se explica uno que la Gran Bretaña trate siempre de defender sus intereses, de sacar provecho de toda situación, de pensar únicamente en su propia conveniencia. Lo que no se comprende es que haya podido mantener su situación durante tantos años y que lo hayan consentido las demás naciones”.

Se pone a prueba la cohesión antifascista al formarse un nuevo Gabinete, el del doctor don Juan Negrín. Ha renunciado Largo Caballero. Obtienen mayoría en el Gobierno los socialistas de derecha. Nadie aprovecha la crisis para hacer política de grupo con perjuicio de España. Los cuatro millones de trabajadores sindicalizados saben que lo primero es batir al invasor.

Y en medio de la lucha, en medio de la tragedia, en plena guerra, conferencias universitarias, funciones teatrales, mítines, revistas, tertulias de hombres de letras, de artistas, de funcionarios. ¡Y también los más emocionantes cuadros de dolor y de sangre, de hondo dramatismo, de maternal ternura o de comicidad estrafalaria!

El sultán de Ifni que inaugura en Sevilla una mezquita para los combatientes musulmanes, y que implora ante Alá por el triunfo de Franco. La pequeña niña que después de presenciar la muerte de sus padres y hermanos en un bombardeo sobre Almería,

realizado por la aviación extranjera, estrecha entre sus brazos infantiles una muñeca, el único sér querido, el único superviviente que le queda. La voz de 1,500 niños vascos en París, durante un concierto retransmitido por las emisoras de Valencia. ¡Cuántas impresiones que hacen llorar y cuántas que hacen reír, como la del sultán con su Dios y con Franco entremezclados! Eduardo Ruiz Gajá, Secretario General de la Caja de Reparaciones, cuya casa ha sido mi casa y cuya familia ha sido mi familia mientras estoy en España, comenta lo que vamos viendo y oyendo con su franca risa o con su gruesa voz quebrada por una intensa emoción.

¡Y la madre que descubre los despojos de su pequeño hijo, hecho pedazos por "la civilización occidental"! "¡Es mi hijo! ¡Es mi hijo!" Sus sollozos se confunden con la voz de una anciana y con las lágrimas de su nuera. Piden auxilio en la Unión General de Trabajadores. Se les ofrece seguro alojamiento en la zona de evacuación que escojan. "¿Salir de Madrid? Eso no. Cayó mi marido y cayó también mi hijo, el marido de ésta. Pero de aquí no saldremos. Cerca de los muertos tenemos que celebrar la victoria. Y si nos han de aplastar, que la misma tierra madrileña nos cobije a todos".

He de ver más adelante a un joven compañero, capitán leal. Lo encuentro envejecido, pálido, torturado, a los catorce meses de conflagración. Me explican después varios amigos: "¡Horrible tragedia la suya! Cuando entraron los moros en el pueblo donde estaba su familia, un pequeño pueblo desvalido, ultrajaron a su mujer. Ha dado a luz un hijo negro. Ella que es su madre, no puede matarlo y a su blanco pecho le amamanta. El capitán, víctima como su esposa de la barbarie musulmana, prefiere la muerte en las trincheras que la vida en el hogar deshecho".

* * *

Esa es la España desgarrada de 1936, y de 1937, y de 1938, cuyo calvario habría que narrar de tal manera que cada palabra fuese el eco de una protesta, de un grito de dolor, del lamento de los heridos que se desangran en las ambulancias o sobre las aceras y las calles, debajo de las ruinas, después de una explosión.

Esa es la España que piensa y que sueña entre el tronar de los cañones, el tableteo de las ametralladoras, el zumbido de los

aeroplanos, el estruendo de las bombas que estallan y de los edificios que se derrumban.

Esa es la España viviente, sufrida y heroica, que con los puños en alto defiende sus derechos a costa de la vida. ¡El material humano español, tanto o más interesante que las iglesias, el Escorial y los alcázares!

Aquello, el dolor y la batalla, la abnegación y el sacrificio hasta la muerte por mejorar la vida —por hacerla vida en toda su integridad— es el presente que se plasma en porvenir. Y los monumentos, las reliquias históricas, los museos, los castillos que con tan plausible amor se cuidan y conservan, sólo constituyen el pasado de la gran matriz española de civilización y de cultura. ¡Esa gran matriz sangrante que con sentido humano, de alta humanidad, quiere hoy producir hombres en lugar de catedrales!

Cosas son éstas, naturalmente, que no entienden los moros, ni Hitler, ni Mussolini, ni los condes, ni las marquesas de perfumado abanico, ni los rancios señores de España. Tampoco, por desgracia para la Iglesia, los obispos españoles, quienes el primero de julio de 1937 lanzan al mundo su famosa pastoral colectiva. ¡Ni una frase de conmiseración de los preladados para las víctimas inocentes de la guerra! ¡Ni un llamamiento a la paz! ¡Ni una actitud que pueda reconciliarlos con la mansa doctrina de Cristo!

Frases enteras del sacratísimo documento parecen redactadas por el propio doctor Goebels, Ministro alemán de Propaganda, quien no ha tenido reparo de decir en Nuremberg: “Una tarde los comunistas repartieron “beef steaks” a los hambrientos de Madrid. Después declararon cínicamente que habían distribuido la carne de los mahometanos prisioneros, sacrificados por las hordas rojas”.

Mas he aquí que por lo burda corre mala suerte la pastoral colectiva. Católicos, ni más ni menos; los católicos civilizados del resto del mundo y de la misma España, incluso sacerdotes, se encargan de rebatir a los enemigos, con báculo y con mitra, del pueblo español; a los 48 jerarcas que se han atrevido a firmar semejante documento, en el que llaman “guerra santa” la de nazis y mahometanos contra la población católica de España.

Analizan también la carta pastoral y la condenan, por cruel e inhumana, obispos de Estados Unidos e Inglaterra, que sí

merecen el nombre de cristianos. Y los 120 intelectuales que en esos mismos días asisten, en Valencia, en Barcelona y en Madrid, al Segundo Congreso Mundial de Escritores en Defensa de la Cultura. Ellos han visto y han palpado la realidad de España al cumplirse un año de guerra: del 2 al 16 de julio de 1937, durante dos semanas inolvidables de visitar institutos; de asistir a grandes conciertos musicales, dirigidos los de Barcelona por Casals; de llegarse hasta los frentes; de soportar en Madrid cuatro días y cuatro noches de constante bombardeo; de hablar con los campesinos; de oír frases como éstas:

“Nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos están peleando por España. Defendedlos con vuestra pluma”.—Mujeres del pequeño pueblo castellano de Minglanilla, el 5 de julio.

“Así como vosotros defendéis la cultura con la pluma, nosotros la defendemos con un bosque de bayonetas”—Un miliciano en el Auditorium de Madrid, el 6 de julio, cuando se presenta una comisión en la asamblea, con las banderas tomadas a los fascistas en Brunete. Ese mismo día crece el optimismo del Congreso—Congreso de hombres emocionados— al saber que han entrado los leales en Villanueva de la Cañada.

* * *

Tal es el palpitar de un pueblo entero que lucha contra la invasión nazifascista; que se defiende de militares traidores y de cavernarios sin conciencia; y que puede ir forjando al mismo tiempo su gran revolución. ¡Que puede forjarla como ningún otro pueblo hubiera podido hacerlo! Ni hordas rojas, ni “manos arriba”, ni corbatas y cuellos arrancados al que los usa en Cataluña, ni marxistas rabiosos, ni nada de lo que a grandes títulos publican en el exterior los diarios capitalistas.

Los compañeros del Congreso de Escritores, los hombres de ciencia, los políticos, los maestros, los parlamentarios extranjeros que han visitado el territorio leal han visto y han sentido ese palpitar profundamente humano del pueblo español.

Yo también lo he visto y lo he sentido. He hablado con centenares de españoles: obreros, campesinos, hombres y mujeres de la clase media, profesores, periodistas, poetas, pintores, estudiantes, altos funcionarios.

He cambiado impresiones repetidas veces con el Presidente de la República, don Manuel Azaña, con el General Miaja, Alvarez del Vayo, Araquistáin, el Presidente Companys, el Ministro Esplá, como antes lo había hecho con Largo Caballero, Pasionaria, Alborno, de los Ríos, con los elementos más destacados del Gobierno y de los partidos del Frente Popular.

He auscultado, pues, el valor y el dolor del pueblo. Y la abnegación emocionante de las mujeres. Y el heroísmo legendario de los milicianos, soldados hoy del gran ejército popular, "muy señores siempre de sí mismos". Y puedo entonces afirmar, rotundamente, que al pueblo español —al espíritu español— es imposible derrotarle, que no hay manera de vencerlo, así llegasen a dominar en la península las armas extranjeras.

* * *

Lo escrito, por lo tanto, en éstas y en subsiguientes páginas, es la dolorosa y heroica realidad de España. No me he basado para redactarlas en noticias cablegráficas difamatorias. Se trata de hechos irrefutables, que he creído necesario analizar y publicar, como cooperación obligatoria de un hispanoamericano a la causa de la democracia española, a la causa del pueblo español, que es en esta crisis de todos los valores la causa del derecho, de la justicia y de la humanidad.

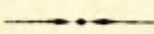
Y que digan cuanto quieran aquéllos "de la raza" que por viles y bajos apetitos traicionan a su patria, traicionan a su Dios, traicionan lo más noble de nuestra historia, de nuestra tradición y de nuestra sangre. Pueden ellos quedarse con los mahometanos. Pueden quedarse con los pilotos incendiarios del fascismo internacional. Pueden quedarse, en fin, con tricornios, espuelas y espadas que no han sido leales a su propio acero ni a su propia carne. ¡Espadas cuya cruz no redime sino que mata y que deshonra!

Los que creemos en la justicia, en el derecho, en la razón humana, en la cultura para todos: la cultura de los más prestigiosos intelectuales, la de los pensadores y artistas, la de los hombres que trabajan y que sufren, vamos con el pueblo español que da su sangre por la democracia efectiva, por la transformación social,

por la libertad económica que es libertad del pensamiento y del espíritu.

Estamos en 1938. Hará pronto dos años que se está librando la gran batalla. ¡En España, en la España gloriosa de nuestros antepasados! Y el triunfo a la postre tendrá que ser del pueblo, a pesar de Italia, a pesar de Alemania, a pesar de Inglaterra, a pesar de los reaccionarios franceses enemigos de Francia, a pesar de la Liga de las Naciones, y del Comité de Londres, y de todas las fuerzas imperialistas confabuladas.

¡Llor a ese pueblo heroico que con una simple lanza de caballero armado, lleno de fervor y de fe, detiene el empuje de traidores y de mercenarios!



CAPITULO DECIMOSEGUNDO

Síntesis muy breve de historia europea en 1938

Capítulo corto será éste. Resumen en muy pocas frases, que podrían sintetizarse en una sola: Hitler y Mussolini, amos totalitarios de la civilizada Europa en 1937 y en lo que va de 1938, rejoneadores implacables de Francia y de Inglaterra, no han podido vencer a España en casi dos años de agresión.

Todos los tratados, todas las convenciones sobre deberes y derechos internacionales, todos los convenios anteriores o posteriores a la gran guerra han sido violados en Europa: el de las Nueve Potencias, el Pacto Kellogg, el de Versalles, el de San Germán, el de Triánón, el de Sevres, el de Lausana, el Pacto de la Sociedad de las Naciones, cuyo artículo décimo establece que "los miembros de la Liga se comprometen a respetar y a mantener, contra toda agresión exterior, la integridad territorial y la independencia política de las naciones asociadas". Nada se respeta. Ni las reglas universalmente aceptadas de neutralidad que sólo pueden aplicarse, en caso de guerra civil, cuando se haya concedido beligerancia a los facciosos.

Sin ley que ampare a los débiles; sin Derecho Internacional; burlada y escarnecida la institución wilsoniana de Ginebra, prevalecen el terror y la anarquía en el viejo mundo. Allí se habla únicamente de acorazados, de cañones, de fuerza. Y ante las bélicas amenazas de los Estados fascistas, ante las palabras de desafío que lanzan Hitler y Mussolini, ceden peliparadas las potencias democráticas —que lo son capitalistas— porque atronadora es la audaz vocinglería totalitaria. Y se convierten así las democracias en cómplices del crimen y de la barbarie.

Pronuncia Hitler un discurso fulminante contra la política exterior inglesa. Se asustan en Londres y cae el Ministro de Relaciones por el suelo, el señorito Eden, quien para Berlín resulta demasiado antinazi siendo fascista. Toma entonces sobre sí las funciones de canciller británico, con el hitlerista Halifax como ayudante, el Jefe del Gobierno Neville Chamberlain. Anuncia Chamberlain que quiere hacer "política de realidades". Y tiende sus largos brazos al Fuehrer y al Duce.

Berlín le contesta entre apretones efusivos y sonrisas, apropiándose del territorio y de los habitantes de Austria. ¡Aunque bien es cierto que en forma pacífica, con 100,000 soldados de choque, tanques, ametralladoras y aeroplanos en viaje de inspección!

El 14 de marzo entra Hitler en Viena. Regocijadamente lo reciben los austriacos que son paisanos suyos. Asegura estar cumpliendo una misión que Dios le ha encomendado. Y gana un famoso plebiscito que realiza "libremente", cuando ya es dueño de la plaza. ¡Celebraciones, música, discursos, alegría! ¡Pero no! ¡Hay que darle color heroico a la conquista! ¡Encarcelamientos, suicidios, persecución de "los perros judíos", a quienes no toleran los que fueron engendrados y siguen engendrando en ario!

Resulta todo tan fácil que Hitler se cree. También le manda Dios que libere de penas a Checoeslovaquia. Francia se dirige a Londres para evitar nuevos avances del Reich. La Gran Bretaña no se compromete. Burlado Chamberlain por los nazis en Austria, responde con el reconocimiento británico de la anexión. ¡Desea ceñirse a su "política realista" con el Fuehrer de los alemanes y con el Duce de los italianos! ¡También con el Japón!

Surge otro incidente: Polonia contra Lituania. Arreglan el conflicto Francia y Rusia. Chamberlain, que sirvió de consejero, tiene tiempo al fin para empezar negociaciones con los funcionarios del Mikado. Reconocerá Inglaterra la conquista japonesa de la China del Norte —como si fuese la China propiedad inglesa— a cambio de protección nipona para los intereses comerciales de Londres.

E inicia Chamberlain, al mismo tiem-

po, conversaciones con Italia que habrán de parar, un mes más adelante, en el acuerdo anglo-italiano del Mediterráneo. Lo que será ese acuerdo se puede advertir al empezar las pláticas: Mussolini promete retirar de España sus "voluntarios" y su material de guerra —confesando implícitamente que ha violado el pacto de neutralidad—, siempre que la Gran Bretaña reconozca la conquista de Etiopía. ¡Pero agrega el Duce que se retirará de España cuando termine la guerra civil! Es decir, cuando las armas italianas crean tener asegurada la victoria de los insurrectos.

¿Qué ocurre, mientras tanto, en las trincheras españolas? Dominado el norte de la península por los invasores, anunciaba el "Generalísimo", desde noviembre de 1937, su gran ofensiva sobre el territorio leal. He aquí sus contingentes, sus fuerzas "blancas": 30,000 africanos, 100,000 italianos, 20,000 alemanes, 10,000 portugueses, rusos anticomunistas y mercenarios de otras nacionalidades. A estos 160,000 hombres —fuerzas de choque "nacionalistas"— hay que agregar los requetés, falangistas, guardias civiles y reclutas españoles de once quintas forzadas a luchar.

Frente a toda esa amalgama está en pie el ejército del pueblo, el gran ejército republicano, que ya en julio era de medio millón de soldados. Y trabajan sin descanso millares de obreros en 293 fábricas, sólo en Cataluña, destinadas a industrias de guerra. Esperan los leales la tan anunciada ofensiva. Mas como el frío y la nieve retrasan a los extranjeros, son ellos entonces, son los españoles quienes lanzan el ataque, tomando Teruel en pocos días. Así termina el año 1937.

Italia y Alemania reconviene a Franco y a sus generales "nativos" de España. ¡No pueden seguir esperando indefinidamente la derrota final de "las hordas comunistas"! Envían entonces lo que pide Burgos: más legionarios, más alemanes, más aeroplanos, y tanques, y ametralladoras. Así logran recuperar Teruel los fascistas internacionales. Así pueden avanzar sobre el Mediterráneo para dividir a España en dos, aislando a Madrid de Barcelona, nueva sede del Gobierno republicano desde octubre de 1937. Avanzan en divisiones y en columnas motorizadas a razón de 25 millas por hora. ¡Aplastar sin cuartel al pueblo español! ¡A sangre y fuego!

Esa es la consigna y eso es lo que tratan de hacer los invasores "blancos".

El Gobierno parlamentario, el Gobierno constitucional de España, por medio de su Presidente el doctor Negrín, hace un nuevo llamamiento a las potencias llamadas democráticas. España, la verdadera España, no solicita intervención de nadie. No pide hombres. No ha menester de auxilios que serían deshonorosos. ¡Reclama solamente su derecho de comprar armas para defenderse!

Cuando el doctor Negrín habla personalmente con León Blum, éste se comunica con el imponderable Chamberlain. Son los días agitados de la irrupción del Reich en Austria. "¡Lo único que Inglaterra puede hacer es no quebrantar el pacto de neutralidad!" Y le recuerda Chamberlain a Blum que aquel convenio fué firmado como "pacto de caballeros". No debe Francia, por consiguiente, abrir la frontera de los Pirineos para ayudar con apoyo en el derecho al pueblo español. Ambos le contestan al doctor Negrín que seguirán siendo neutrales.

Mussolini, seguro de "la caballerosa lealtad británica", grita entonces para acabar de dominar a los franceses, que cualquier ayuda al Gobierno español sería la guerra con Italia. Así declara el Duce: "Si Francia quiere dar un golpe de mano a favor de nuestros enemigos, que se prepare a enfrentarse con otros golpes. Si Francia mueve un solo dedo a través de los Pirineos, si pierde la cabeza, nadie puede decir en donde la encontrará".

¡Más aparatos Heinkel de bombardeo, tipo 111, tipo 45, tipo 51, para que el "Generalísimo" pueda darse prisa; y nuevos aeroplanos Dornier-Wal y Messerschmidt de persecución, tipo 109! Ese es el apoyo efectivo que presta Hitler a las palabras de Mussolini. ¡Y los comandantes de los distintos escuadrones aéreos: General Veidt, Comandante Neudorfer, Comandante Hermann, Comandante Scholtz, Comandante Schroder, Comandante Fischer, Comandante Zeilberg! Al publicar esta información el 15 de marzo de 1938, agrega el corresponsal del *New York Times*: "Todos los oficiales y soldados de las unidades nazis pertenecen al ejército regular alemán".

Mientras Londres y París se acogen al "pacto de caballeros", ya se ha visto que siguen los otros dos caballeros, el de Berlín y el de Roma, reforzando la ofensiva contra el pueblo y el Gobierno legítimo de España. Aparte de los contingentes alemanes referidos por el *New York Times*, solamente en febrero han llegado de Alemania 280 aviadadores, 400 artilleros y 120 técnicos con enormes cantidades de material de guerra y con otras partidas de aviones: Falke, Brummer, Desaw y Rumppe. A los del Reich se pueden sumar 700 aparatos italianos de las siguientes marcas: Stormi, Issota-Fraschini, Romeo, Fiat, Savoia-Marchetti, Caproni, Alfa y Masurati. El renglón de "voluntarios" está casi duplicado para llegar a Barcelona: 120,000 legionarios del Duce, 90,000 africanos de Mahoma, 50,000 alemanes del Fuehrer y 35,000 fugitivos de cárceles europeas, no sin advertir que hay también algunos españoles en la heterogeneidad del amontonamiento. ¡Hitler y Mussolini desean saber qué más necesita Franco para vencer a España!

¡A cumplir su misión el otro grupo de caballeros: los caballeros del aire! Barcelona es la meta. Y sobre Barcelona se dejar ir los pilotos extranjeros. Tres días seguidos de feroz bombardeo: 17, 18 y 19 de marzo, día de San José, padre de Jesús. Sólo el 17 pasan de mil los muertos y de tres mil los heridos de la población civil. 57 grandes edificios quedan destrizados. El mundo de la civilización y de la cultura contemporáneas se estremece, como se estremece con anteriores bombardeos. Pero el mundo—el mundo oficial, el mundo de los gobiernos— parece que no tiene conciencia. Tiene miedo. ¡Y ambiciones, codicias, intereses: las cosas reales de que habla Chamberlain!

¡Ah!, pero Neville Chamberlain también se ha emocionado con la masacre criminal de Barcelona. Anuncia en la Cámara de los Comunes que la Gran Bretaña y Francia están buscando el apoyo del Vaticano para pedir, "a las dos facciones españolas", que cesen tales bombardeos. Por fin, el 23 de marzo, da instrucciones Pío XI a su representante diplomático ante los facciosos, Monseñor Antoniutti, para que se pronuncie ante el "Generalísimo" contra el bombardeo de ciudades indefensas en España. Dice el *Osservatore Romano* que "Franco se emocionó hon-

damente al recibir la nota de Su Santidad, al que envió una contestación filial". En ella explica lo acaecido de lo cual no es responsable.

Desde Nueva York, al mismo tiempo, 61 obispos de iglesias cristianas piden a los católicos de su país que usen su influencia religiosa para poner fin al asesinato en masa de civiles. No está conforme con esa petición el Cardenal Hayes, quien como respuesta a los que condenan la matanza celebra una gran misa solemne en la Catedral de San Patricio, pidiendo a Dios por la victoria de Franco. ¿Rezará el Cardenal Hayes por algún General Franco norteamericano, que con aviones y pilotos nacionales o extranjeros, quisiera derrocar al Presidente Roosevelt por su política del "nuevo trato", bombardeando Nueva York, Chicago, Filadelfia, Boston, Washington, los pueblos y ciudades de la gran Federación norteamericana? ¿Cree Su Eminencia que Mussolini hubiera tenido paz si la marcha sobre Roma hubiera implicado la matanza de mujeres y de niños italianos, el bombardeo de Nápoles, de Roma, de Milán, de Florencia, del Vaticano? ¿O que Hitler habría podido ser el Fuehrer con ejércitos del Africa, o mongoles, o ingleses, o franceses, violando mujeres arias, asesinando teutones, destruyendo pueblos y ciudades alemanas? Eso es lo que hay que preguntarse y contestar honradamente en el caso de Franco y de sus aliados extranjeros, para llegar a la conclusión de que no podrán nunca dominar a España ni gobernar en ella.

Contra el modo de pensar del Cardenal Hayes, Cordell Hull, Secretario de Estado, y Henry L. Stimson, y el senador Borah, y el Colegio de Abogados, y los universitarios, y los escritores de mayor prestigio, y la opinión pública de los Estados Unidos, y el propio Presidente Roosevelt han protestado reiteradamente por los bombardeos y la barbarie nazifascista. Sí. Han protestado la Casa Blanca y Cordell Hull, Y Chamberlain. Y el Vaticano. Y el nuevo Gobierno francés que ha sucedido al de León Blum. Sí. Todos han protestado con un gesto de horror. ¡Pero no levantan el embargo de armas para que puedan los agredidos defenderse de los agresores! No lo levantan a pesar del sentimiento mundial antifascista. Los testafierros militares de Burgos, en

cambio, reciben bombas fabricadas en las propias naciones democráticas; aceite y gasolina de ultramar para sus aviones; productos químicos de Norte América, de Francia, de Bélgica, de Holanda, de Inglaterra; reciben todo lo que necesitan para seguir matando españoles, todo lo que les hace falta a través de Italia y de Alemania. "Italia y Alemania —dicen las cancillerías— no están en guerra".

En esa forma, con la complicidad de las potencias, con el desenfadado espectacular de las dictaduras totalitarias, continúan avanzando en abril los invasores internacionales de España. Van hacia Levante. Se acercan al Mediterráneo. Están a pocos kilómetros de Cataluña. En el exterior, por las noticias de los diarios, parece todo perdido para la causa leal. Los periódicos del Duce celebran anticipadamente "la gran victoria" italiana: *Stampa*, *Corriere della Sera*, *La Tribuna*, *Il Popolo*. Este último, el 8 de abril, hace una conmovedora exaltación fascista de la heroicidad de las alas negras: "La gloriosísima aviación italiana ha volado seis veces sobre Barcelona en una sola jornada, dejando caer con precisión matemática toda su carga de explosivos".

Chamberlain está nervioso. Mussolini —piensa— será el amo de España. Hitler, en su próxima visita a Roma, le dejará manos libres y todas las ventajas que puedan obtenerse del "Generalísimo", a cambio del apoyo de Italia para que el Fuehrer extienda sus dominios a Checoslovaquia. ¡Hay, pues, que adelantarse! ¡Y Chamberlain se adelanta! El 16 de abril de 1938 —fecha que no debe olvidarse— Londres y Roma firman el Pacto del Mediterráneo que durante varias semanas ha estado en gestación. Mussolini gana todos los puntos que estaba defendiendo: retirará sus "voluntarios" de España cuando termine la guerra civil. Inglaterra, por su parte, toma a su cargo el compromiso de liberar a los miembros de la Liga del acuerdo que suscribieron de no reconocer la soberanía de Roma sobre Abisinia.

He aquí que los acontecimientos se suceden a cada vuelta de la luz o de la sombra. 48 horas han pasado del convenio angloitaliano, 48 horas escasas, cuando Francia, el 18 de abril de 1938, pide por merced a Mussolini le haga

saber si estaría dispuesto a negociar con los franceses un tratado similar al que firmó con Inglaterra. Si la respuesta es favorable, el Gobierno de París enviará un nuevo Embajador a Su Majestad y al Duce, en cuyas credenciales podrá leerse desde luego esta leyenda: "Ante Vittorio Emmanuele, Re de Italia y Emperador de Etiopía".

Ya las "democracias" han dispuesto de Abisinia como de cosa propia. Ya están negociando también el porvenir de España, dando por segura la victoria de los invasores y de sus cómplices de adentro. Ya Inglaterra está en tratos con el Japón para dejarle a China. ¡Inglaterra dispone de lo que no le pertenece, con británica flema! Pero ha ido muy de prisa el caballero Chamberlain. Ahí están los ejércitos chinos deteniendo al Japón en las trincheras. Y aquí está España resistiendo al enemigo hasta vencerle, que de algo servirá el millón de seres humanos que en su territorio ha sacrificado la barbarie.

¡Entre Inglaterra y Francia, entre la ratificación de un pacto y la propuesta de otro, la sombra del Vaticano sobre Burgos y sobre Salamanca! El 17 de abril recibe Franco la bendición apostólica del Sumo Pontífice, con motivo de la canonización de Salvador de Horta, santo peninsular. Así termina el mensaje de Pio XI para su amadísimo hijo, al cumplirse un mes cabal de la matanza horrible de Barcelona: "Desde nuestro corazón enviamos a Su Excelencia la bendición apostólica, propiciatoria de los favores divinos". El mismo día viene a saberse que los bombardeos aéreos de la aviación facciosa, hasta el 31 de marzo, han matado en España 10,709 niños y han herido a 15,322. ¡Niños solamente, sin contar adultos, ancianos ni mujeres! Léase bien la cifra: ¡26,000 niños asesinados o heridos! ¡Más ha de oír el Nazareno a los 26 mil padres y a las 26 mil madres de esos niños, y más le moverán a piedad sus lágrimas y su dolor y su terrible angustia —angustia humana— que las oraciones eclesiásticas por el "Generalísimo" español!

Termina el mes de abril. Inglaterra y Francia dominadas. Hitler y Mussolini abrazados y sonrientes. Así está Europa, así está la conciencia del mundo o "el mundo sin conciencia", que ha dicho un escritor, al iniciarse el mes de mayo de 1938.

LIBRO COMPLEMENTARIO

*(RECOPIACION DE ALGUNOS
TRABAJOS YA PUBLICADOS)*

Palabras de don Manuel Azaña, Presidente de la República Española

LOS REBELDES NO SABRIAN EXPLICAR A CIENCIA CIERTA
CONTRA QUE SE HAN SUBLEVADO

SI, ESPAÑA se desangra. Miles de víctimas han caído en los frentes, en las ciudades bombardeadas, en las poblaciones que están en poder de los facciosos. Los fusilados —¡solamente los fusilados!— se cuentan por decenas de millar.

“Para darse una idea de esta tragedia habría que recordar el caso de Navarra. Allí perdimos las elecciones; estábamos en minoría; treinta y seis mil votos escasos, de hombres y de mujeres, obtuvo el Frente Popular. Pues de esos treinta y seis mil izquierdistas quince mil han sido cruelmente ajusticiados.

“Proporciones semejantes se pueden calcular en Badajoz, en Granada, en Sevilla, en Málaga, en todas las provincias bajo el dominio militar. La consigna de los rebeldes es muy clara: acabar con los republicanos, con los socialistas y comunistas, con los catedráticos, con los maestros, con los intelectuales que no estén a su servicio.

“Porque no conocen al pueblo español, porque no lo comprenden, se lanzaron las derechas en esta terrible aventura, provocada sin necesidad. ¿Cómo concebir, de otra manera, que hayan desatado sobre España, sobre su patria, esta guerra feroz e inhumana?

“¡Sobre un país que no quería la guerra en forma alguna; que no pensaba en ella; que la rechaza y la condena en su Constitución; que ni siquiera tenía una política internacional, para no verse envuelto en compromisos ni en tratados que pudieran perturbar la paz de la República!

“La perturbaron, sin embargo. Pero todo habría terminado con las jornadas del 19 y del 20 de julio en Barcelona y en Madrid, si no hubiesen tenido los militares el respaldo de fuerzas extranjeras, el auxilio, la intervención decidida y comprobada de poderes extraños. Esa ingerencia prolonga el cruento sacrificio del pueblo español, que no hace más que defenderse del ataque con las armas en la mano”.

* * *

Ha dicho las palabras anteriores don Manuel Azaña, Presidente de la República Española. O ese, al menos, es su pensamien-

to, que trato de reconstruir en la mejor forma posible. Y las ha pronunciado con una gran serenidad, no obstante que nuestra conversaci3n tiene lugar en plena guerra, al d3cimo mes de matanza de espa1oles por la caverna insaciable y por los ej3rcitos que invaden la península.

Recia figura la de este castellano sobrio y austero, personaje central de la hora dramática de Espa1a. Recia figura la de este ilustre vecino de Cervantes, a tres siglos y medio de distancia, ya que ambos nacieron y crecieron en Alcalá de Henares. Vecino, dije, del padre genial de Don Quijote; y profundo y devoto glosador de la obra cervantina, pues que hombre de letras antes que político —político de altura— ha sido don Manuel Aza1a.

Estoy en su oficina del Parlamento Catalán, el suntuoso palacio que la presidencia ocupa en Barcelona. Suntuosidad en la construcci3n, en los mármoles, en los cuadros, en los tapetes, en las joyas de arte que adornan los salones y las galerías. Es, si así pudiera llamársela, una vetusta suntuosidad pasiva, en desacuerdo con la democrática sencillez del primer magistrado de la República Espa1ola.

Hablamos largamente de la horrible conmoci3n que sufre Espa1a; de su resonancia en América; de lo que significa para Europa y para el resto del mundo. Don Manuel Aza1a, en cada una de sus frases, en cada uno de sus comentarios, se revela como el hombre superior que ha podido aglutinar el mayor número de votos y las más disímboles agrupaciones del viejo solar espa1ol.

* * *

“Vea usted —me dice— a qué dolorosos extremos conduce la intransigencia. ¡Y no había raz3n para que existiera! El Frente Popular gan3 las elecciones en febrero de 1936; pero las organizaciones obreras no tomaron el poder, dejándonos a los republicanos la responsabilidad de formarlo.

“Tenía que ser así porque también resultaron electos unos doscientos diputados de distintos matices políticos, a quienes bien se podría agrupar bajo la denominaci3n general de conservadores, aceptando que los de centro estuviesen más a la derecha que a la izquierda.

“Esos diputados representaban un gran sector del sentimiento espa1ol; y para evitar serios y seguros conflictos no era posible ignorar su voluntad en una democracia como la nuestra.

“Los partidos de izquierda procedieron con sensatez. ¿Hicieron lo mismo las derechas? ¿Se dieron cuenta de la situaci3n, de las necesidades, de los justos anhelos de la mayoría? ¿Fueron capaces de comprender que nosotros los republicanos podíamos ser,

desde arriba, los encauzadores de la nueva sociedad? La respuesta, la trágica respuesta está en la rebelión”.

* * *

Quiere decir que numéricamente, de acuerdo con lo que acaba de expresar el Presidente Azaña, aquellos grupos sumarían un cuarenta por ciento de las actas parlamentarias, si tratándose de la nación y de sus graves problemas se pudiese hablar en cifras.

Mas su fuerza era mayor: por su dinero, por sus propiedades, por el dominio de la banca y de la prensa, por su desarrollo económico, por todo lo que hace más poderoso a un grupo de capitalistas y de clases privilegiadas que a un grupo de trabajadores, cuando apenas se están organizando o se encuentran por desgracia divididos.

Con el respaldo de su poderío se rebelaron los vencidos en las urnas. Su respuesta a la voluntad del pueblo ha sido una respuesta trágica, como muy bien dice don Manuel Azaña. Y al decirlo, al exponer con sus palabras castizas la verdad de lo que ocurre, una sombra de preocupación, de amargura, de indecible pena por el desgarramiento de España —que se refleja en su corazón y en su espíritu—, nubla la frente del estadista, del intelectual español a quien el destino ha colocado a la cabeza de su pueblo en el más trágico período de su agitada historia.

¿Y a qué se debe la espantosa convulsión? ¿Contra qué, contra quién se levantaron las fuerzas reaccionarias? ¿Qué razón había para que se echaran brutalmente sobre la República, sobre la democracia, sobre el patriotismo de millones de españoles, con el apoyo de las bélicas dictaduras fascistas, salto atrás en Europa de todo vestigio de civilización y de cultura?

* * *

“Ellos mismos no sabrían explicar a ciencia cierta contra qué se han sublevado —comenta el Presidente Azaña—. Cuestión de soberbia, incomprensión, desconocimiento de la realidad.

“No quisieron someterse al voto de la mayoría ni a perder la costumbre de mandar. No se resignaron por las buenas a su derrota, a pesar de que las elecciones de febrero fueron preparadas, dirigidas y financiadas a manos llenas por la propia reacción que entonces estaba en el poder.

“Creyeron, sin duda, cuando tomaron las armas para combatir al pueblo, que se trataba de un alegre paseo militar; y que en breve plazo darían buena cuenta de nosotros”.

* * *

Eso es. Los enemigos de la República esperaban un triunfo

cuartelario rápido y seguro. No se imaginaron que España hubiera podido compactarse nuevamente de 1823 al 18 de julio de 1936.

Nadie, en otras palabras, les hubiera convencido de que al cabo de más de cien años el pueblo español, a los acordes del Himno de Riego, apoyaría al Gobierno contra la nueva Santa Alianza, contra los nuevos invasores, contra los cien mil hijos contemporáneos de San Luis.

¡Consistió el pequeño error de los privilegiados en confundir la Monarquía de Fernando VII con la República del Frente Popular! ¡Y al siglo XIX con el siglo XX!

EL PROBLEMA BASICO DE ESPAÑA HA SIDO SIEMPRE
EL PROBLEMA DE LA TIERRA

Mi conversación con el señor Azaña gira en torno de las mínimas conquistas obtenidas por el proletariado después de mucho batallar. Mínimas en realidad lo eran. Menores que las alcanzadas en otros países europeos, monarquías inclusive, sin la violencia revolucionaria.

¡Ni siquiera las que establecen los artículos 46 y 47 de la Constitución para que la República efectivamente asegurase, a todo trabajador, "las condiciones necesarias de una existencia digna"! ¡Ni esas siquiera, por el retraso, por la interrupción de la marcha hacia adelante durante el bienio negro de Lerroux y de Gil Robles!

Letra muerta fué en aquel bienio lo que ya estaba legislado en favor de las clases proletarias. Letra muerta, por lo tanto, la Ley Agraria de 1932, tan combatida por los detentadores de más de media España, a pesar de que reconoce, puesto que los indemniza, derechos bien o mal adquiridos: por herencia desde los tiempos medioevales, por concentración a través de los mayorazgos, por traspasos posteriores en el registro de la propiedad. Y letra muerta, en relación con las órdenes religiosas, las disposiciones constitucionales del artículo 26.

¿Convertiría todo eso en letra viva el Gobierno democrático, liberal, humanista del Frente Popular? He aquí la interrogación, una simple interrogación, a la cual contestaron anticipadamente las derechas con la violencia y con el crimen atroz de la guerra, que tenían preparada de antemano con las propias armas de la República.

De manera que la rebelión estalló por temor de que el Frente Popular hiciese un poco de justicia social, ciñéndose a la Constitución. Y por ese temor, por abstracciones que no entran en el terreno de los hechos, o por lo muy moderado que había podido realizarse, sufre España esta hecatombe que transformará totalmente, aceleradamente, su vieja estructura cavernaria.

¡Hay que creer con el señor Azaña que los facciosos no sabrían explicar, a ciencia cierta, en forma concreta, contra qué se han sublevado! ¡Pero sí saben ahora que lo han perdido todo!

Procuraré sintetizar, en las frases que siguen, el pensamiento del gobernante español sobre la Reforma Agraria arriba citada, sobre la riqueza de los capitalistas y sobre la economía eclesiástica, que nada tiene que ver con creencias religiosas ni con cuestiones metafísicas.

* * *

“El problema básico de España, nación agrícola, es el problema de la tierra. Más del setenta por ciento de la masa productora del país se dedica a la agricultura. Sin embargo —y ésta es la causa más honda de todos los conflictos que aquí se han suscitado— solamente un reducido porcentaje de españoles ha dispuesto de la gran fuente natural de riqueza que es la tierra.

“En algunas regiones se halla de tal modo subdividida —en el noroeste, principalmente— que la labranza en pequeño no ha sacado de su ancestral pobreza al laborioso campesino. En el sur, por el contrario, se encuentra acaparada por una minoría de señores latifundistas. Y entre los dos extremos está el mediano propietario, lo que hace más difícil todavía y más complicada una solución justa del problema.

“La Reforma Agraria contempla los distintos aspectos de tan irregular y antieconómica situación, dando ayuda técnica y financiera, abonos, semillas y aperos a los dueños de ínfimas parcelas, para que mejoren sus cultivos y aumenten sus cosechas; defendiéndolos del rentista que les alquila el terreno; tratando, en fin, de llegar a una distribución menos irritante de la enorme propiedad rural, allí donde el feudo, el latifundismo hereditario, ha producido esa miseria pavorosa y esa esclavitud infamante que constituyen el campo más fecundo de los conflictos sociales.

“Ahora bien, para llevar a cabo esta política de reajuste de la propiedad territorial no era necesario, dentro de la tesis republicana, expropiar violentamente a los grandes poseedores. Se les indemnizaría de acuerdo con la ley, por las pocas o muchas hectáreas que se distribuyesen a centenares y a miles de trabajadores agrícolas.

“Es tan cuidadosa nuestra legislación agraria que ningún terrateniente, ni el más apasionado, ni el de mayor codicia, podría afirmar de buena fe —para explicar su rebeldía contra la República— que con aquella legislación se trataba de arruinarlo.

“En cambio —continúa diciendo el Presidente Azaña— donde la dotación de parcelas pudo aplicarse, en parte al menos, se

evitaron conflictos y altercados que en otros lugares era difícil sofocar. Tal fué el caso, por ejemplo, de Extremadura”.

* *

¡Salta de ello a la vista que un pedazo de tierra y los elementos necesarios para cultivarla; una relativa honanza económica, habían obrado el milagro de apaciguar los ánimos y de hacer menos peligrosa la agresividad injustificada de los reaccionarios que querían obstaculizar la labor de la República!

Analizados así, a grandes rasgos, los alcances, la finalidad humana y la moderación de la Reforma Agraria, parece imposible que esa ley haya podido ser motivo lógico de una guerra civil. Tierra necesitaban angustiosamente varios millones de españoles para poder vivir. Tierra tenían en abundancia unos pocos privilegiados, con extensas reservas para sus cacerías y sus deportes. Se les tomó lo indispensable; se les pagó sin regateo; se iba pues democratizando, sin violencia, el derecho de propiedad.

¿Cuál era, entretanto, la actitud del capital financiero, de los empresarios, de los dueños de la industria y de los grandes rentistas?

* *

“Caso semejante de incomprensión —contesta don Manuel Azaña— ofrecen las demás fuerzas capitalistas, aliadas de los rebeldes.

“¿Pues no disfrutaban de sus anteriores privilegios? Las industrias, la banca, los ferrocarriles, las empresas de toda índole seguían funcionando normalmente con el régimen del Frente Popular.

“Los accionistas retiraban sus dividendos. Cobraban sus rentas los dueños de fincas urbanas. Y el Estado hacía frente a sus compromisos en favor de los capitalistas, con un presupuesto mayor de mil millones de pesetas anuales para el pago de amortizaciones e intereses sobre valores, cédulas y bonos que no estaban precisamente en manos del proletariado”.

* *

¿Qué querían entonces? ¡El temor, siempre el temor del avasallamiento, que oye en su conciencia la voz que lo condena por los medios empleados para enriquecerse! ¡El temor del codicioso que tiembla por adelantado ante el peligro de ver su fortuna disminuída!

Se hizo, tal vez, más agudo ese temor, porque los salarios de hambre, salarios indignos de una nación civilizada, estaban alcan-

zando legislativamente el justo, el humano, el cristianísimo nivel de salarios vitales.

¡Tremenda incomprensión, no cabe duda, la de los amos de las finanzas, apenas comparable a la de los terratenientes! ¡Torpeza, como la de los militares, que ordenan el bombardeo, la destrucción de pueblos y de ciudades abiertas, inclusive Madrid, la capital, en la que pensaban entrar y establecer su gobierno. ¿Sobre qué? Sobre ruinas. En medio del rencor y el odio de los supervivientes.

* * *

“Incomprensión y torpeza porque el aumento de la producción agrícola con la Reforma Agraria —dice el Presidente—; el pagar jornales adecuados, pudiendo sobradamente hacerlo; el promover, en suma, un más alto nivel de vida de las masas productoras, que también lo son consumidoras, hubiera redundado en beneficio de todos al mejorar y desarrollarse la economía general de la nación, tan lenta y retrasada por la falta de iniciativa, por la incapacidad o el abandono de estas minorías parasitarias”.

SOLAMENTE POR CODICIA, POR INTERESES MATERIALES, APOYA
EL ALTO CLERO A LOS FACCIOSOS

Lo mismo —trato de seguir interpretando el pensamiento del señor Azaña— se puede decir de la actitud del clero. Nadie con honradez, nadie con sinceridad, sería capaz de acusar al Gobierno de haber perseguido ninguna doctrina espiritual, ningún credo religioso, menos aún el dogma católico.

Se daba cumplimiento al artículo 27 constitucional, que garantiza “la libertad de conciencia y el derecho de profesar y practicar libremente cualquier religión”. Observábase con toda fidelidad el artículo 48, que reconoce a las iglesias “el derecho de enseñar sus respectivas doctrinas en sus propios establecimientos”. El Frente Popular no estaba en pugna con las creencias ni con la mística de ningún ciudadano ni de ninguna agrupación de carácter religioso.

¿A qué se debe, entonces, el odio feroz de los prelados católicos a la República? Únicamente a las disposiciones constitucionales del artículo 26 en su aspecto económico. Es decir, en lo que ese artículo pudiera perjudicar los intereses, los bienes materiales de algunas congregaciones que por sus actividades constituyeran un peligro para la seguridad del Estado.

Mejor dicho, la mayoría del clero está con la traición, con los moros y con los nazis anticatólicos, por el temor de que aquellas disposiciones fuesen puestas en vigencia por el Gobierno del Frente Popular.

¡Simplemente por el temor! Un temor, igual al de los otros, que llevaban también en la conciencia.

* * *

¿Y había razón para tenerlo? Bastará con recordar que la República sólo había aplicado el artículo 26 a medias, en casos tan notorios como el de la Compañía de Jesús, disuelta ya en siglos pasados por regímenes no de izquierda sino conservadores, por monarquías ancestralmente católicas como las que han gobernado a España, por el propio Vaticano.

Y ni aun con los jesuitas estaba cumpliendo el Frente Popular, integralmente, los mandatos del mencionado artículo, pues los hijos de Loyola, en julio de 1936, continuaban en posesión de sus bienes, de sus negocios, de sus industrias, de sus periódicos, de los valores que controlaban en las más importantes y productivas empresas del país.

Tampoco había llegado la España "roja" a la total extinción de partidas para el culto en su presupuesto oficial de egresos. Todavía en 1936, por haberes pasivos de congregaciones eclesiásticas, gobernando el temido Frente Popular, iban a cobrar los prelados alrededor de diecisiete millones de pesetas.

Pero no estaban conformes sin la suma mayor que antes recibían, hechos a la costumbre de que el Estado pagase la absolución de las almas y el reparto de indulgencias con más de sesenta millones de pesetas en cada período semestral. Y por esa inconformidad, en compañía de militares, aristócratas, capitalistas y terratenientes, sus clases afines, se lanzaron a la revuelta.

* * *

Tratarán de seguir impresionando con la destrucción lamentable de iglesias y de conventos. Es verdad —y así lo reconoce don Manuel Azaña— que algunas iglesias y que algunos conventos han sido destruidos en el fragor de la lucha, pero a pesar y no con instrucciones del Gobierno, no obstante que muchas casas de Dios se habían convertido en fortalezas. Reacción análoga del pueblo se ha visto en varias épocas de la historia de España, sin que hubieran podido evitarla los reyes ni las autoridades más católicas de la Monarquía.

La explicación no debe buscarse en causas religiosas o anti-religiosas, ni tampoco en prédicas rojizantes o comunistas, cuando Marx no había nacido. Responden esos hechos —que el Gobierno no justifica y que ha sido el primero en condenar y en reprimir— a la opresión económica, al poder político de la Iglesia sobre la ciudadanía española, a su alianza con las altas clases sociales que

tanto han explotado y humillado a los de abajo.

Pensemos en Euzkadi, en esa vigorosa nación vasca, profundamente católica, con un clero ejemplar que defiende los derechos de los trabajadores, que condena a los rebeldes y lucha contra la invasión extranjera. ¿Se sabe allí de iglesias o de conventos asaltados por "las hordas marxistas"? ¿Persigue alguien del Frente Popular a los sacerdotes, a las monjas, a las congregaciones religiosas de Vasconia? ¿Se opone a sus creencias? ¿Impide sus oficios eclesiásticos?

No. El Gobierno de la República está con los católicos de Euzkadi, porque los católicos de Euzkadi no han traicionado a España. Y están contra ellos —¡paradoja extraordinaria!— los que se dicen defensores de la fe católica.

*
* *

Es curioso todo esto. Los fascistas atacan a los hombres de izquierda pretextando que "los rojos" son enemigos de la religión. ¿Por qué, entonces, ametrallan y asesinan a los vascos, tradicionalmente religiosos? ¡La paradoja antes referida! Contra los católicos de Euzkadi se han enfilado los generales que rezan a la Virgen del Pilar y caen de hinojos ante la Macarena. Y las mitras que los bendicen. Y los "blancos" aviadores que bombardean ciudades indefensas y destruyen —sin que se oiga la voz condenatoria de los prelados de la península— iglesias y conventos de Bilbao, de Durango, de Guernica.

¿Podría decirse que estos hombres matan e incendian por reacción anticlerical, por enfrentarse al poder político y económico de la Iglesia? ¿Por reacción —para mayor exactitud— contra la falta de espiritualidad de algunos obispos españoles, su falta de religión, su falta de pureza, su codicia, su materialismo (no en filosofía sino en la vida real), su completa y antiquísima ruptura con la doctrina cristiana, con la doctrina de Jesús, hijo de obrero, obrero él mismo, obreros sus apóstoles y sus discípulos? ¿Tienen pues la excusa, por lo menos la excusa, de haber procedido cegados por la furia y por la desorientación de los primeros días de la guerra?

Bien sabemos que no. El lanzamiento de bombas incendiarias sobre templos y claustros lo han hecho a sangre fría. El asesinato de monjas, sacerdotes, niños, mujeres y ancianos, ha sido meditado y ejecutado de acuerdo con instrucciones del alto mando rebelde, que es como decir el alto mando extranjero. Y todos ellos, hasta los invasores arios que desconocen al Papa, hasta los sarracenos de Mahoma, proclaman que son cruzados del catolicismo español.

¡Hay diferencia, no puede negarse, entre la responsabilidad del Gobierno por atentados que no fué posible evitar al comienzo de

cuando llegan a España contingentes armados de otros países; cuando ya no se trata de una lucha entre españoles, sino que la República está en presencia de una invasión extranjera; cuando lo que peligró no es solamente el régimen político sino la independencia nacional, me cuesta trabajo creer —decía en aquella ocasión el Presidente— que entre los militares facciosos no haya muchos a quienes les repugne y les horrorice ser delincuentes, no contra las instituciones republicanas: contra España, contra la esencia viva de su propia patria.

“Rebelarse contra un gobierno no será legítimo pero sí puede ser natural. Lo que es antinatural, lo que es monstruoso es facilitar la invasión, hacer llave de la rebeldía para abrir la puerta del territorio de la patria a los ejércitos extranjeros”.

* * *

¡Y ésta es la actitud de espuelas y de tizonas, de militares taconeadores con cruces de sufrimiento, tan pródiga y generosamente tratados por la República!

Se ha dicho que el Gobierno del Frente Popular debió haberlos separado de sus puestos, como si las traiciones pudieran preverse y se pudiese de antemano señalar concretamente a los traidores. No, no era posible hacerlo, sin peligro de caer en graves equivocaciones, comenta don Manuel Azaña.

Y de haberlo hecho tendrían motivo los llamados blancos para decir que el Gobierno “rojo”, “los sanguinarios comunistas” del Frente Popular, provocaron la guerra por el enjuiciamiento y la persecución de inocentes militares. Porque el conflicto de todos modos habría estallado, preparado como estaba interior e internacionalmente.

Como han ocurrido lo hechos tiene el Frente Popular —muy bien lo dice el señor Azaña— una justificación moral de primer orden, inatacable, indiscutible. En esta guerra de invasión, el pueblo, la República, el Estado, son los agredidos. Su justificación es plena ante la conciencia más exigente, ante la historia más rigurosa, ante propios y extraños de hoy y de mañana.

* * *

De lo anterior se saca en conclusión que los militares, acostumbrados a ser los amos, no estaban satisfechos con la democracia, con la República, que cometió el error de guardarles excesivas consideraciones, sobre todo en lo económico.

En el primer semestre de 1936 la entorchada casta militar española consumió cerca de ochocientos millones de pesetas. ¡La tercera parte del presupuesto general de gastos! Y una suma equivalente se le tenía asignada para el segundo período del mismo año.

Mas ya se ha visto que los galones no estaban satisfechos. Como no lo estaba la Iglesia con las cantidades que podía seguir retirando del tesoro. Como no lo estaban los terratenientes con la disminución, bien indemnizada, de sus grandes latifundios.

¡Y en su afán de mando y en su codicia de millones, en esta baja lucha de apetitos materiales, optaron por la rebelión y la matanza fratricida, en nombre de lo que ellos llaman patria, sentimientos religiosos, espiritualidad e idealismo!

OBJETO DE LA PROPAGANDA FASCISTA EN EL PLANO INTERNACIONAL

¡Claro! Las derechas cerriles sostienen que sus generales — los pupilos españoles de Berlín y de Roma— combaten a los ateos enemigos de Dios, de la familia y de la patria. Y las radioemisoras facciosas y los periódicos capitalistas, para engañar y desconcertar a la opinión del mundo, continúan clamando contra las izquierdas, “las hordas marxistas disolventes”, “los monstruos del Frente Popular”, “los cien mil rusos que pelean en España”.

¡Cien mil rusos! No los he visto en Barcelona, ni en Valencia, ni en Madrid, ni en ninguno de los frentes que he podido visitar. Al General Miaja le pregunté por ellos, después de haber leído las declaraciones “trascendentales” del cabecilla Franco en periódicos del exterior, diciendo que “sus” aviadores bombardean Madrid por humanidad. ¡Para conseguir que los rusos, únicos defensores de la capital, permitiesen la evacuación de las mujeres y de los niños madrileños, prisioneros de más de cien mil soldados moscovitas!

Sonrió ante semejante afirmación el invicto General Miaja, como ha sonreído ahora el Presidente Azaña. “Usted mismo puede comprobarlo” fué en ambos casos la respuesta—. Y lo he comprobado. ¡Españoles, españoles en todas partes, a quienes la falacia de los traidores quiere discutir hasta el mérito de luchar heroicamente por la libertad de España! Miles de hombres que ofrecen sus servicios con fervoroso entusiasmo, que todavía no han podido utilizarse, que están esperando turno para que se les llame a filas.

No, no hay rusos ni ejércitos regulares extranjeros en el territorio leal al Gobierno legítimo de España. Grupos de voluntarios, sí, de distintas nacionalidades, que se pierden en la gran masa de combatientes españoles y que han venido por su cuenta y riesgo a tomar las armas contra el fascismo. Algunos técnicos también, indispensables desde luego, por la defección de los militares. Y nada más, por mucho que digan los facciosos.

¿Pues no dieron la noticia de que el Presidente Azaña había salido para Colombia? ¿Y no informaron, poco después, de su

petición de asilo a la Argentina y del acorazado que lo estuvo esperando en Valencia? “También dijeron por radio —agrega el señor Azaña comentando esa campaña escandalosa— que yo me he vuelto loco y que con camisa de fuerza me tienen encerrado en un manicomio”.

Da pena que se hablen y escriban estas cosas, cuando se trata de valores respetables que defienden la independencia de su patria. Cuando lo único cierto son los crímenes y los destrozos causados por más de doscientos mil invasores, entre alemanes, italianos y moros. Cuando veo y escucho al Presidente de la República Española, escritor, pensador, intelectual de amplia cultura. Cuando gobiernan a España estadistas civilizados, políticos demócratas y liberales, en pugna alguna vez con la impaciencia de los que deseáramos que fructificase rápidamente la doctrina socialista.

* * *

“La propaganda que tan intensamente han hecho los enemigos de la democracia tiene su explicación muy clara —dice el Presidente Azaña— en el plano internacional:

“Debilitar la posición del Gobierno español, presentándolo ante el mundo como un régimen desorbitado, caótico, indigno de la simpatía y del apoyo de las demás naciones.

“Conseguir que el golpe de cuartel se considerase como una lucha armada entre dos bandos.

“Lograr que no pudiéramos adquirir el material bélico necesario para debelar el movimiento rebelde.

“Atarnos, en una palabra, de pies y manos, puesto que los militares disponían de casi todo el arsenal de guerra que España les entregó para resguardar sus instituciones”.

* * *

Los resultados de la ola de difamación están a la vista. Pacto de neutralidad. No intervención. Comité de Londres. Control. Hecho todo por las potencias, discutido por ellas, arreglado por ellas, sin que España, sin que el Gobierno legítimo de la República hubiese tenido voz ni voto en ninguna de las deliberaciones.

¿Habrà que calificar todo esto como una monstruosidad jurídica, expresión acertadísima de Alvarez del Vayo? ¡No faltarán jurisperitos que se nieguen a opinar! Pero lo que sí puede afirmarse es que el problema de España no se ha tratado como problema de Derecho Internacional, sino como problema político europeo, me dice el Presidente.

En tales condiciones no puede esperarse que otros Estados, con grandes intereses capitalistas como lastre, pospongan su con-

veniencia a la justicia de la causa española. Sí, pero tampoco es tolerable que los sacrificios que ha tenido que hacer en su derecho la República, por convenir así a la paz internacional, se conviertan en castigo para el pueblo de España.

La burlada no intervención, la neutralidad, el Comité de Londres, sólo han servido para que los facciosos, a quienes reconocen como Gobierno las dictaduras de Europa, se armen y fortalezcan con nuevo equipo, con material humano, con batallones de esos países que no han sido ni son neutrales; que intervienen desde el comienzo de la conflagración al lado de los rebeldes; y que han estado enviándoles constantemente divisiones enteras de regulares disciplinados, aviadores, aeroplanos, tanques, todo lo que necesitan para conquistar a España.

Al Gobierno legítimo, sin más fuerzas que las suyas, que son las fuerzas del pueblo, le habría bastado con una efectiva neutralidad de las potencias, con una política leal de no intervención, para dominar rápidamente el movimiento cuartelario de los militares.

Así, desde las primeras semanas, el Frente Popular hubiera obtenido la victoria que le daban con su adhesión y su entusiasmo las masas populares; el triunfo de la libertad republicana; la paz que tan firmemente desean los antifascistas y que en España siempre hubiesen querido conservar. Pero que aún no llega porque el Derecho Internacional, en nombre del equilibrio de Europa, ha sido escandalosamente violado en la Península Ibérica.

Para remediar el daño se piensa en el Control. ¡Y precisamente a los Estados fascistas, a los gratuitos adversarios de la democracia española, a sus enemigos declarados, a los que están en relaciones oficiales con Burgos, se les recomienda la vigilancia del Mediterráneo! ¿Puede concebirse nada más sangriento contra el pueblo y el Gobierno de España?

* * *

“¡Dolorosa misión la de mi patria! —exclama el Presidente cuando hemos comentado estos problemas.

“¡Trágico destino el de nosotros, los que siempre hemos soñado con una república de ciudadanos libres, respetuosa de los derechos de la conciencia y de la persona humana!

“¡Heroica misión la de los españoles que defienden a España contra el ataque de los imperialismos extranjeros!

“¡Y contra la infamia sin nombre de aquéllos a quienes sus propios nietos condenarán por la horrenda traición que han cometido!”

¡SUBMARINOS PIRATAS DE ITALIA EN EL MEDITERRANEO!
¡BOMBARDEO ALEMAN DE ALMERIA!

Ha terminado mi conversación de dos horas con el Presidente Azaña. Son las diez de la noche. Por las calles de Barcelona, por las ramblas, por el Paseo de Gracia, circula la gente en grupos animados, dando bromas, comentando las últimas noticias de los periódicos, queriendo olvidar con el bullicio la tragedia que a todos nos envuelve.

¿Qué sucederá más tarde? ¿Qué ocurrirá mañana? Nadie lo sabe pero la retaguardia lo presiente. Están alegres unos y otros, sin embargo. Hay cordialidad: la cordialidad del peligro común, que por la práctica fascista de los bombardeos aéreos es igual en los frentes que en el corazón de las ciudades. ¡Esta maravillosa cordialidad española, que salta también a borbotones en Valencia, en Madrid, en las más castigadas poblaciones de la España leal!

Pocos días después un nuevo peligro amenaza a Barcelona. ¿Fanatismo ideológico de algunos impacientes? ¿Hombres equivocados que no quieren escuchar el llamamiento del Gobierno ni de las dos grandes sindicales de trabajadores? ¿Monárquicos, reaccionarios, miembros, tal vez, de organizaciones de derecha provocando la división en las filas de vanguardia? ¿Honrados luchadores mal dirigidos que obstaculizan la labor antifascista?

Afortunadamente se impone la cordura; se impone el patriotismo; se impone la realidad a la utopía. Al golpe de fuerza que costó preciosas vidas en media semana de intenso batallar, sigue otra vez la calma. Y los paseos, los teatros, los cines, las plazas, los cafés, los restaurantes, transitoriamente abandonados, vuelven a ser invadidos por el público. Un público homogéneo que da lectura, con indignación, a las noticias exageradamente escandalosas publicadas en el extranjero sobre los sucesos de la ciudad condal:

“Miles de muertos y heridos en las calles de Barcelona”. “Refriegas feroces entre los propios marxistas”. “El asesinato es norma invariable de los rojos españoles, desenfundados y anárquicos”.

* * *

¡Siempre los rojos! ¡Siempre los marxistas! ¡Siempre la difamación! Y fueron ellos precisamente, fueron los trabajadores organizados, fueron “las hordas bárbaras” y el ejército del pueblo quienes con su actitud serena, con su disciplina consciente, lograron poner fin a una discordia provocada sin razón en plena guerra. Provocada no por ellos sino contra ellos, contra España, contra la victoria del pueblo español.

Tuve oportunidad de asistir a los funerales imponentes de dos

jefes socialistas. Más de cien mil personas, por medio de los estandartes de sus agrupaciones pedían el castigo enérgico de los incontrolables. ¡Los incontrolables! ¿Quiénes son los incontrolables? ¿Acaso no los hay también en Londres, en París, en Nueva York o en Chicago?

Pero debo ceñirme al caso actual de la revolución española. Y pienso entonces en una frase del Presidente Azaña, que con mis propias palabras voy a reconstruirla:

“Los crímenes que hayan cometido o puedan cometer gentes irresponsables son crímenes secundarios, crímenes menores. Sacudimientos tan hondos como el que sufrimos convulsionan a toda la sociedad. Y despiertan los rencores personales, las bajas pasiones, el afán de lucro, los deseos de venganza, cuya satisfacción violenta debe imputarse al enorme crimen básico del cual España, en todos sus aspectos, es víctima propiciatoria”.

* * *

He regresado a Valencia, la bulliciosa y hospitalaria capital levantina, cuyo medio millón de habitantes se ha duplicado en diez meses de guerra. Un nuevo bombardeo, desde el mar y desde el aire, ha convertido en escombros varios edificios. Las casas de socorro están llenas de muertos, de mutilados y de heridos.

De Mallorca salieron los aeroplanos. De Mallorca, en donde las fuerzas de Mussolini y los pilotos de Hitler, con la cooperación de sus barcos de guerra, preparan todas las incursiones sobre el territorio español de la costa mediterránea. ¡La costa que el Comité de Control ha puesto a su cuidado!

Sobre Tortosa, Castellón, Sagunto; sobre la codiciada capital de Cataluña vuelan en noches subsiguientes “los caballeros del aire”. Centenares de bombas explosivas, centenares de obuses lanzados por cruceros piratas, por buques fantasmas, por acorazados “que vigilan”, tratan de grabar con ruinas y cadáveres, a sangre y fuego, la enseña del fascismo en la España liberal que lo rechaza.

* * *

En los últimos días de mayo se quitan la careta los provocadores constantes de la guerra en Europa, que no otra cosa es la barbarie fascista sino odio a la paz, incitación a la matanza, desprecio a los que siguen creyendo en las ventajas del derecho sobre las atrocidades de la fuerza.

¡Submarinos italianos hunden el velero español *Granada* y la motonave *Ciudad de Barcelona*, con trescientos doce pasajeros de los cuales sólo ciento veinticinco logran salvarse! ¡Simultánea-

mente un crucero y cuatro destructores alemanes, desplegando sin recato la bandera nazi, bombardean con más de trescientos disparos la población inerme de Almería!

Para explicar el atentado mueven Italia y Alemania todo el engranaje de su propaganda. "¡Provocación comunista! ¡Hay que acabar con la hidra roja! ¡Pedimos garantías! ¡No hemos hecho nada más que tomar represalias!"

¿Represalias? ¡Sí! ¡Porque dos aviones republicanos que inspeccionaban Ibiza, territorio español, contestaron el fuego que les hizo sin razón y contra todo derecho el acorazado *Deutschland*, indebidamente anclado en esa rada! ¡Y porque al atacar el Gobierno legítimo de España las posiciones militares, las posiciones rebeldes de Palma de Mallorca, resultaron muertos o heridos seis oficiales de Mussolini al servicio de los facciosos!

* * *

¿Se advierte la monstruosidad de lo que hacen y alegan las dictaduras europeas? ¿Se da cuenta el mundo de su soberbia, de su cinismo, de lo que significa para la civilización humana que se las deje crecer y prosperar, a la sombra de la política de tolerancia que tímidamente prevalece en contestación a sus rugidos y a sus agresiones?

Pueden los fascistas de Berlín y de Roma invadir con sus ejércitos el territorio español. Pueden bombardear y destrozor Madrid, Guernica, Durango, Valencia, Barcelona, Málaga, Almería, Bilbao, todas las ciudades y todos los pueblos de una nación que ningún daño les ha hecho. Pueden asesinar cobardemente miles de hombres, de mujeres y de niños.

¡Y cuando los aviadores del Gobierno de España, en aguas territoriales españolas, contestan los cañonazos de un crucero alemán que les dispara; cuando mueren seis oficiales invasores, seis oficiales culpables que nada son ni nada valen para la cultura universal; que nada son ni nada valen frente a García Lorca o a Leopoldo Alas, frente a tantos profesores y hombres de bien sacrificados, toman entonces represalias contra "la barbarie roja" las dos potencias fascistas, hundiendo barcos de pasajeros y bombardeando la población civil de un puerto desarmado!

* * *


¡Ah! ¡Pero mientras ocurren estas cosas; mientras continúa inmolándose a los españoles, cuyo único delito es la defensa heroica de su patria, seguirán plácidamente discutiendo las levitas

negras del Comité de Londres! ¡Y las altas chisteras de la Liga benemérita de las Naciones!

Está en lo cierto, sin duda, el Presidente Azaña. ¡Trágica misión les ha tocado desempeñar a los españoles! Contra ellos, contra este gran pueblo español, se está cometiendo un crimen como no se registra ninguno de mayor alevosía en los anales de la historia.

Crimen de los militares. Crimen anticristiano de sarracenos y de prelados católicos. Crimen de las fuerzas reaccionarias unidas para que no haya justicia social sobre la tierra. Crimen de las democracias capitalistas, que acaso se arrepientan de su actitud —de su complicidad— cuando en su propia carne, en París o en Londres bombardeadas, vean y sientan las desgarraduras que hoy hacen a España dolorosamente.

Barcelona, Valencia, junio de 1937.



El resplandor de España

ACA, desde España, hombres libres de América!

He querido sumergirme de nuevo en la gran tragedia española que sacude a toda una raza, que sacude al mundo entero.

¡Acá, desde la tierra maravillosa, hoy ultrajada y sangrante, de Alonso Quijano y de Rodrigo Díaz. De miles de Alonsos Quijanos y de Rodrigos Díaz.

Desde pueblos laboriosos de la pampa castellana, con su trigo, sus pinares y olivos, con sus arados y sus mulas que guían fuertes labriegos cantando en plena guerra sus canciones.

Desde Chiva, Requena, Utiel, las Cuestas de Contreras, Motilla de Palancar, Valverde de Júcar, Tarancón, Fuentidueña del Tajo, Villarejo de Salvanés, el Puente de San Fernando sobre el Jarama enrojecido.

Desde Alcalá de Henares, ciudad del inmortal Quijote pobre y manco, el que supo serlo y escribirlo, cuyas cenizas han hecho saltar de su tumba madrileña los pilotos extranjeros incendiarios.

* * *

¡Acá, hombres libres de América, y también aquéllos que nacieron para ser esclavos!

Desde las huertas fecundas de Valencia, pródigas y generosas hasta lo indecible con el pueblo que rechaza la invasión.

Desde Barcelona, la condal metrópoli catalana que con un puñado de valientes dominó al fascismo.

Desde Sagunto, Castellón, Tortosa, las riberas del Ebro, Tarragona, que viven del trabajo sano y fuerte en la costa brava del mare nostrum.

Desde Madrid, la capital gloriosa que asombra y que conmueve y obsesiona, por detener en sus propias puertas el empuje brutal de la barbarie.

Desde los frentes de guerra, los hospitales de sangre, los depósitos de cadáveres, las guarderías infantiles, los pequeños caseríos arrasados por la metralla de Junkers y de Capronis.

* * *

¡Acá, hispanoamericanos! Hombres y mujeres. Viejos y niños. Padres y madres. Hermanos y hermanas. ¡Iluminad vuestra conciencia con el resplandor de España!

¡Hispanoamericanos! Los de Bolívar, los de Sucre, los de

Hidalgo, los de Morelos, los de Sarmiento, los de Juárez, los de Montalvo, los de Martí, los de Maceo, los que luchan contra la opresión y el dominio de la bestia negra.

Y también los sargentones y los leguleyos del otro lado del Atlántico.

Los vendepatrias condecorados.

Los lacayos del imperialismo.

Los sátrapas, rabadanos y traidores, para que aprendan la lección que con las armas en la mano está dando a los cinco continentes el pueblo magnífico de España.

* * *

Habla en lengua de Castilla un escritor de América. Uno de los muchos hispanoamericanos que piensan y que sienten en español.

No por Cortés ni por Pizarro. No por espuelas ni por tizonas. No por capitanes generales. No por reyes ni por virreyes. No por los voraces encomenderos de la colonia

Por Berceo, el Arcipreste de Hita, Santillana, Jorge Manrique, Lope, Calderón, Cervantes, Zurbarán, Murillo, Velázquez, Goya, Las Casas, Pérez Galdós, Larra, Menéndez y Pelayo, Giner de los Ríos, Castelar, Pi y Margall, Blasco Ibáñez, Valle-Inclán, Pablo Iglesias, Benavente, Ramón y Cajal.

Por *Mío Cid*, *El Romancero*, *Fuente Ovejuna*, *El Alcalde de Zalamea*, Don Quijote y Sancho españolísimos.

Por nuestros libertadores del siglo XIX y por estos libertadores indomables del siglo XX.

Por todo lo que ha hecho la grandeza de España y la grandeza de América.

* * *

Pensar y sentir en forma antiespañola cuando la patria de nuestros abuelos se desangra; cuando las clases parasitarias, que sólo defienden su avaricia, pretenden abatirla y destrozarla con el auxilio de fuerzas venidas del exterior, un nombre apenas podría tener: traición.

Traición a nuestra historia: la que consta en libros y la que no ha podido todavía escribirse, porque nada tiene que ver con hechos ni colonizaciones materiales.

Traición a nuestros más altos valores.

Traición a nuestra carne, a nuestra sangre a nuestro espíritu.

¡Traición, diplomáticos españoles!

Los que solían festejar el 12 de octubre con embriaguez de alcohol y de oratoria.

Los que pensaban en pretérito y recibían sueldo de la República en presente.

Los que no quisieron oponer la verdad a la difamación de España.

Los más directos responsables, por lo tanto, de que tomara cuerpo en América, durante largos meses, la desbocada propaganda de Berlín y de Roma.

* * *

¿Y los españoles emigrados en busca de trabajo y de pesetas?
¿Los españoles enriquecidos en las veinte repúblicas del hemisferio occidental?

Me refiero a los que ya olvidaron el sufrimiento de su pueblo y hoy lo atacan para hacer méritos con el verdugo secular de sus antepasados.

Me refiero a los que querían celebrar con bailes y banquetes la entrada triunfal de Franco en Madrid. ¡La matanza de españoles, en otras palabras, por sarracenos, alemanes, italianos, presidiarios internacionales y habitantes de la Somalia con anillo en la nariz!

Me refiero a los que el día de la raza de 1936, al anunciarse en los periódicos reaccionarios la toma de la invicta capital por las huestes invasoras, por las hordas babelescas de negros y de blancos aglutinados, salieron de sus almacenes y pusieron en puertas y vitrinas este rótulo infamante: "Cerrado por Júbilo!"

* * *

¡Cerrado por Júbilo! Contra ese júbilo de almacenistas; contra la amalgama inconcebible de requetés, mahometanos, terratenientes, condes, duques, marqueses, africanos de la selva virgen y obispos de la fe católica; contra los sanguinarios destructores de su patria están los millares de españoles que en ultramar defienden arduosamente a España. Que organizan centros de cultura antifascista. Que editan periódicos. Que dejan parte de su jornal y de su modesto patrimonio en favor de la causa republicana.

Y están con el pueblo martirizado y sonriente de España; con la España que batió a Bonaparte; con estos milicianos que van jubilosos a las trincheras; con la España eterna, invencible y heroica, las más prestigiadas revistas de América, las organizaciones de trabajadores, los partidos de izquierda, todo lo que en el nuevo mundo es dignidad y es decoro.

Y estamos nosotros, intelectuales y socialistas, para gritarles a los gachupines que nos niegan el derecho de opinar:

"Somos españoles de hace cuatrocientos años. No vamos con Francos, ni con Queipos, ni con Molas, como no hemos ido jamás

con los traidores de América.

“Vamos con Bolívar, el español más auténtico del pasado siglo. No con Fernando VII, vuestro “bien amado”. No con los brutales espadones que perdieron las colonias, que las hicieron sublevarse, por tratarlas como han hecho con la propia España, última colonia oprimida por la caverna ibérica.

“Vosotros, en cambio, españoles de la península, que habláis de patria sin sentirla, de raza sin cuidaros de ella, de religión sin profesarla, estáis traicionando a esa patria, a esa raza, a ese Dios en cuyo nombre se cometen los más atroces crímenes”.

* * *

Hablo para los españoles demócratas, para los españoles republicanos, para los españoles de ritmo contemporáneo que así me lo pidieron en América.

Y para los titubeantes y desconcertados por el silencio de sus diplomáticos, de sus ministros cómplices, que dejaron sin respuesta la propaganda calumniosa de los fascistas.

Y para mis compañeros y amigos que desean saber toda la verdad.

Y también —¿por qué no?— para los españoles “indianos” de la falsa cruz y del becerro de oro.

Frases cortas. Breves apuntes. Brochazos. No se puede hacer otra cosa en esta hoguera que tiene por combustible la vida de tantos hombres, de tantas mujeres, de tantos niños, de tantos seres humanos como está llevando sin piedad al sacrificio la guerra desatada sobre España.

¡Apuntes y brochazos que recojan el heroísmo y el dolor de un pueblo!

¡Heroísmo! Todo aquí es heroísmo. Un gran ideal alienta y fortifica a los que luchan en los campos de batalla y a los que trabajan en la retaguardia.

¡Dolor! Todo aquí es dolor. Pero dolor de madre cuando ve nacer sano y robusto al hijo que llevaba en las entrañas.

¡Dolor y heroísmo alegres! ¡Dolor y heroísmo de españoles auténticos, de españoles leales, que van con risas y con cantos en busca de la muerte que a otros españoles les dará la vida!

¡Heroísmo! ¡Dolor! En la nación vasca, en Cataluña, en Castilla, en Aragón, en Valencia, en Levante y en Poniente, allí donde las armas extranjeras no han logrado detener con su barbarie la vibración profunda del espíritu español.

* * *

¡¡Madrid!! Ha dicho el Presidente Azaña:

“¡Asesinados sus hijos, arrasados sus monumentos, en llamas

sus tesoros de arte! La misma excelsitud de su martirio lleva este drama a una grandeza moral como ningún pueblo español había conocido hasta ahora.

“Será menester que transcurra tiempo para que los propios madrileños, todavía no asesinados, alegremente conformes con su tremendo destino, puedan percibir las repercusiones que su resistencia sin límite va a tener en los destinos de España.

“Madrid podrá ser el símbolo de toda la actitud del pueblo español. De sus ruinas saldrá una nueva capital, como de las ruinas del país saldrá una patria nueva.”

* * *

¡Pero qué atrocemente feroces los de la reacción y los del fascio para que esa patria nueva quede sin aliento!

¡Cómo lanzan a sus huestes sobre España para evitar el triunfo de la justicia!

¡Cuánta sangre generosa derramada para mantener sus privilegios!

¡Y cómo les responde un pueblo de experiencia histórica!

¡Un gran pueblo que por sí solo, víctima de la traición cuartelaria y de la invasión extranjera, se levanta contra los traidores y detiene con épica pujanza, a la entrada de Madrid, en el Jarama, en Pozoblanco, en Las Rozas, en Guadalajara, en toda la parte invadida y ultrajada del territorio hispano, a los ejércitos poderosos de “la barbarie científica”!

* * *

¡La barbarie científica! ¡Químicos, mecánicos, ingenieros y sabios, calibanes de laboratorio, en el anca de los potros salvajes de los Cuatro Jinetes!

¡Aeroplanos! ¡Impía matanza desde el aire! Tan impía, tan cobarde, como el hundimiento de vapores neutrales por submarinos piratas durante la guerra europea.

Tanques. Ametralladoras. Minas en los mares. Cañoneo de puertos desarmados. Bombas incendiarias. Bombas explosivas. Lanzallamas. Gases asfixiantes. Ruinas. Explosiones. Fuego. Sangre. Destrucción. Cadáveres.

¡La barbarie científica sobre España y contra España! Sobre pueblos pequeños y humildes alejados de los frentes de guerra. Sobre la población civil de las grandes ciudades, a la que quieren los invasores y sus cómplices de adentro desmoralizar por el terror.

¡El terror! ¡El terror! Fusilamientos en masa. ¡Badajoz, Sevilla, Córdoba, Palencia, Vigo, Zaragoza, Pontevedra, Lugo, Valladolid, Logroño, Málaga!

Vean esta trágica realidad los hispanoamericanos. Es de una elocuencia terriblemente abrumadora. ¡Véanla! ¡Véanla!

Eso es fascismo. Eso es imperialismo. El que también hemos sufrido. El que nos tiene acogotados. El que sacrificó miles de vidas en Manchuria. El que se apoderó de Abisinia. El que acabará con nuestros débiles países si no se enfrentan al capital monopolista que los agobia. Y a los testaferros que le sirven. Y a los gobernantes que lo apoyan.

* * *

¡El terror! ¡El terror! Evacuación torturante de centros urbanos en peligro. Familias enteras que lo dejan todo, que todo lo pierden y abandonan para salvarse.

Han visto entre los escombros de casas vecinas los cuerpos destrozados del pariente, del abuelo, de la madre que dormía con su hijo al pecho, del trabajador que reposaba en su cama con los ojos cerrados y despertó en la eternidad con los ojos desmesuradamente abiertos.

Salen del pueblo los supervivientes, bajo la nieve, bajo la lluvia, con los pies inflamados y el alma deshecha en busca de un lejano rincón que los ampare. Muchos no llegan. ¡Málaga, Málaga, camino de Almería!

A nadie respetan los obuses de los artilleros ni la metralla que lanzan los aviones. Los modernos Fiat, los Savoia, los Romeo, los Junkers, los Capronis, vuelan sobre los evacuados, sobre los montes, sobre las carreteras rojas de sangre y de vísceras deshechas.

¡La barbarie científica está "civilizando"! Y el éxodo se convierte en gritos de angustia, en voces de dolor, en cabezas cercenadas, en mujeres muertas, en niños con las entrañas al sol y al aire.

Sí. Pero hay también en el ambiente un intenso clamor colectivo de protesta. Y centenares de miles de hombres armados en defensa de su patria. Y millones de puños en alto que forjarán la victoria del pueblo español contra los traidores y los mercenarios.

* * *

Los periódicos son un fiel reflejo de ese ambiente. He aquí algunos títulos, cuando Madrid estuvo otra vez en peligro, al iniciarse una tercera invasión de italianos y alemanes por el Jarama y por el norte de Guadalajara.

"Madrid soporta una nueva y bestial ofensiva. Con sus armas, con su técnica moderna, con sus hombres el fascismo se lanza al ataque. Quiere tomar a toda costa nuestra invencible capital. Madrid lucha, sufre y sangra. ¡No caerá! Ayudemos a la gran trinchera de la libertad española. ¡Paz en la retaguardia, trabajo activo,

solidaridad estrecha hacia los bravos compañeros de los frentes del Centro!"

"¡Ni una debilidad, ni una cobardía! ¡La muerte con honor en los campos de batalla, en el frente de lucha, antes que la vergüenza de los campos de concentración y el oprobio de la dominación fascista! ¡España no será jamás una colonia ni será Madrid Addis-Abeba!"

"¡Contra el invasor extranjero! El pueblo está en pie de guerra por la independencia de la patria. ¡Viva España libre! Para ahogar la libertad vinieron en 1823 cien mil franceses. Cien mil italianos han hollado ahora el suelo español para desarraigar la planta liberal. ¡A ellos, españoles!"

"¡Viveres, hombres y armas para Madrid! Las carreteras y los ferrocarriles de Cataluña y de la región valenciana deben ser un convoy interminable de todo lo que necesitan los heroicos defensores de la capital de la República".

"Por la libertad, por la independencia, ¡guerra a muerte y sin cuartel al invasor! Cerremos el paso a los nuevos bárbaros que quieren hacer de España una colonia extranjera. Su planta no profanará jamás la tumba de nuestros antepasados".

"Los partidos republicanos, Comunista, Socialista y Sindicalista, por una parte, y los sindicatos obreros y organizaciones específicas por otra, son el baluarte de la victoria por lo que representan y por la unión de todos ellos en la lucha antifascista. ¡Estrechemos aún más los lazos que nos unen! ¡En estos momentos culminantes, más que nada, unión!"

"Frente a toda Italia, frente a toda Alemania, hemos de plantarnos todos los españoles en haz decidido y heroico. ¡Y así venceremos!"

* * *

Letra y espíritu de algunos de los centenares de carteles que hay en Madrid, en Valencia, en Barcelona, en las más importantes ciudades y en los más remotos pueblos de la España leal:

"Madrid defiende a España. España debe defender y honrar a Madrid."

"¡Mujeres! Trabajad en la retaguardia. Trabajad por los compañeros que luchan."

"¡Companyys Camperolls! Tots a sembrar. ¡Ajudeu els vostres germans del front!"

"¡Hagamos una infancia alegre y feliz! El Ministerio de Instrucción Pública ha fundado cines, clubs y centros para juegos infantiles".

"¡Campesino! Tus enemigos te hicieron trabajar de sol a sol

para alimentarlos. Ahora que la tierra es tuya, trabaja de sol a sol para aniquilarlos”.

“El frente de Madrid es el frente de nuestra independencia nacional contra los invasores”.

“Luchemos por que el porvenir de nuestros hijos no sea tan indigno como nuestra infancia”.

“Es preferible morir en pie que vivir de rodillas”.

“¡Defended la cultura de vuestros hijos, luchando contra el fascismo hasta exterminarlo! El Gobierno del Frente Popular, por medio del Instituto Obrero, abre a los trabajadores las puertas de la cultura superior”.

“¡Todo para la defensa de Madrid! Hombres, armas, víveres y hogares para los evacuados”.

“Las mujeres españolas preferimos ser viudas de valientes que mujeres de cobardes”.

“Luchemos todos para aniquilar a los enemigos del pueblo y construir una España libre y próspera”.

“¡Madrid: tumba del fascismo! ¡Madrid: cuna de la victoria popular!”

* * *

A la vibración emocionante de esas frases que están en todos los corazones y en todos los labios, contesta el ejército del pueblo derrotando a los alemanes; haciendo pedazos a los italianos; armándose con los cañones, los tanques, las ametralladoras, con el formidable equipo guerrero que Hitler y Mussolini han enviado para matar españoles.

De nada sirven las proclamas altisonantes de los generales del Duce a las divisiones que comandan. ¡Su idioma no es el de Garibaldi, que acaso entenderían mejor los pobres “voluntarios” fascistas importados!

Firman Coppi, Manzini, Nuvolini o Bergonzoli. ¡Bergonzoli! ¡El verdugo de los abisinios! ¡El jefe de la columna motorizada que a sangre y fuego entró en Addis-Abeba!

“Comando de la mia Brigata Volontari. Ordine del Giorno.....” Los soldados no quieren oír. Saben que están cavando su sepultura en territorio español. ¡Huyen! ¡Huyen!

Los increpa sin recato el delegado Grandi, desde Londres, en las propias barbas del flamante Comité de No Intervención: “¡El honor de Italia se juega en esta guerra!” Los soldados no se detienen a investigar qué es el honor fascista. Prefieren retirarse para salvar la vida.

Alza entonces la voz, en alemán, Von Faupel. Tampoco puede con los suyos, con los otros “voluntarios” venidos del Reich, quienes

acompañan a los italianos en el fracaso y en la fuga.

Y la gran masa ciudadana española responde por su parte al invasor, con su entusiasmo, con su sacrificio, con su abnegación. Y dice rotundamente en lengua de Cervantes: "¡Venceremos! ¡No pasarán!"

* * *

Los campesinos llegan presurosos a los lugares de abastecimiento, con sus carros y con sus mulas, a ofrecer lo mejor de sus cosechas.

Largas filas de camiones repletos de víveres van y vienen jadeantes por las carreteras.

Hay una estrecha unión, una solidaridad inquebrantable entre soldados y civiles; entre el nuevo ejército, las agrupaciones políticas, los sindicatos y el pueblo; entre millones de españoles alentados por el mismo ideal.

¡Todo para los milicianos! ¡Que nada les falte! ¡Todo para los hombres de las trincheras! ¡Hospitalidad, pan, techo, calor de hogar para sus hijos, para sus mujeres, para los evacuados, para los héroes anónimos de la libertad de España!

Imponentes asambleas en cines y en teatros proclaman la unanimidad antifascista de los leales a su patria y a su historia.

Se organizan enormes manifestaciones de adhesión al Gobierno del Frente Popular.

Y multitudes de mozos y de viejos acuden a inscribirse para que se les mande sin demora a los campos de batalla.

Esa es la realidad de España desde el 18 de julio de 1936.

De la España en armas contra invasores y traidores.

De la España que defiende con arrojo sus conquistas democráticas.

De la España que opone su cuerpo ensangrentado y su espíritu luminoso al avance del conquistador extranjero.

* * *

No perdona el fascismo internacional a un pueblo que tan enérgicamente lo derrota. ¡Nuevos bombardeos!

¡Sobre objetivos militares? No. ¡Otra vez sobre barrios obreros de Madrid! ¡Sobre calles y plazas de Barcelona! ¡Sobre el Hogar del Socorro Rojo Infantil y el Hospital Provincial de Valencia! ¡Sobre Tarancón, Albacete, Andújar, Castellón, Tortosa, Sagunto! ¡Sobre el Sanatorio de Malvarrosa en la Playa de Nazaret!

Ciento cincuenta huerfanitos de la guerra y doscientos niños tuberculosos albergaba ese sanatorio. ¡Tuberculosis de los huesos! No podían moverse de sus camas los pequeños inválidos cuando

explotaron los proyectiles italianos. Lloraban a gritos desgarradores. Pedían auxilio llenos de angustia y de pavor.

Pregunté en Tarancón a un campesino: "¿Cuántos muertos?" "Dieciocho", fué la respuesta. "¿Y heridos?" Se quedó mirándome. Luego dijo: "En Tarancón no hubo heridos. Las bombas hicieron volar tres pobres viviendas con sus dieciocho inquilinos". Y agregó: "La metralla es como los dientes del lobo. Al que hiere lo mata".

De las víctimas de Valencia conservo el recuerdo doloroso de una familia entera hecha pedazos. El padre se había marchado al frente. Hoy descansan los suyos en la misma tumba: un niño de siete meses, otro de tres años, una niña de cinco, la madre de veinticuatro y la abuela septuagenaria.

En Albacete, ciudad indefensa de treinta mil habitantes, veinte aviones estuvieron lanzando bombas incendiarias durante seis horas. Numerosos muertos y heridos quedaron en las calles y en los campos vecinos a donde fueron en busca de refugio.

En Barcelona y en otras ciudades y pueblos mediterráneos la población rinde tributo a los despojos de las mujeres, de los niños, de los hombres que va matando el fascismo desde el mar o desde el aire. Miles de catalanes acompañan a los caídos en procesiones silenciosas, fiera la mirada, levantado el puño.

¡Qué homogénea y qué grande es Cataluña en el valor y en el dolor de España!

* * *

¡Y qué grande la capital sitiada! El estampido seco de la artillería, el tableteo de las ametralladoras, los disparos antiaéreos, las bombas de los aeroplanos no turban la tranquilidad de los madrileños. Continúan en sus quehaceres habituales. Llenan los cafés. Conversan. Ríen. Discuten.

Si de noche se oye el tronar de los cañones, dan media vuelta en la cama para seguir durmiendo. "¡Qué más da! ¡Lo mismo se muere en el sótano que en el principal o en los áticos! ¡Compañero, cómo zumban! ¡El Abuelo! ¡El Felipe!"

Los obuses cruzan silbando la oscuridad y atraviesan fachadas y altos pisos. El Felipe y el Abuelo contestan con sus roncadas detonaciones, hasta que guardan silencio las baterías de Hitler y de Mussolini.

* * *

Los varones en edad de ser soldados van al frente. Sus mujeres, sus hijas, sus hermanas, ayudan en la retaguardia. Se hacen cargo de las guarderías infantiles; confeccionan los uniformes de

los milicianos; atienden a los heridos.

No es posible hacer que las mujeres madrileñas abandonen la ciudad. Se les dice en los periódicos, en las difusoras, en las revistas, en los teatros, en los tranvías por medio de carteles ilustrados:

“¡Mujeres, evacua Madrid! Los fascistas redoblarán su saña criminal. ¡No permitáis que los niños caigan ametrallados por los aviones alemanes e italianos!”

“La evacuación de Madrid, procurando alejar a los niños del peligro, es una necesidad imperiosa. ¡Mujeres, superad vuestros sentimientos maternos! ¡Debéis colaborar en la defensa de Madrid salvando a vuestros hijos!”

El Gobierno suministra todo lo necesario para los evacuados. Pero las mujeres no salen. No quieren salir. Soportan el crudo invierno sin calefacción. Pasan increíbles privaciones por escasez de alimentos. Nada de eso les preocupa. No protestan.

Y de madrugada forman en las interminables, en las bulliciosas colas de la leche y de la carne cuando las hay, del carbón, del pan, de lo más indispensable que pueden conseguir para llevar un bocado al anciano, al niño, al enfermo, a esa familia que tanto aman y de la cual rehusan separarse.

¡No tiemblan con los cañonazos ni con el estallido de las bombas! ¡Pero están temblando de frío, mal abrigadas y a ración mínima de guerra, estas heroicas mujeres madrileñas a quienes sin duda levantará la Revolución un monumento!

* * *

Sí. Heroicas mujeres. Heroicos los bomberos. Heroicos los tranviarios que no han suspendido el servicio de los trenes eléctricos un solo día. Heroica ciudad la capital de España. ¡Mas cuánta pena en cada calle, en cada hogar, en cada habitación!

Barrios enteros destruídos. Edificios en ruinas. Familias disgregadas. ¡Y los hospitales de sangre! ¡Y los depósitos de cadáveres! ¡Y las escenas conmovedoras cuando padres y madres identifican a sus pequeños muertos, que jugaban despreocupados y alegres en la cercana plaza cuando pasaron los aviones!

Siento en lo más profundo de mi espíritu el dolor de los hombres y la desesperación sollozante de las mujeres. ¡Hombres y mujeres que van a las clínicas; que se asoman a las salas de cirugía donde está sangrando el hijo; y que reciben su cuerpo inanimado envuelto piadosamente en una sábana!

* * *

Por trances como esos he pasado. Dentro del alma llevo la

imagen de mi más pequeña hija, por segunda vez tendida sobre una mesa de operaciones. Nerviosa, pálida, mirando con terror a médicos y enfermeras, apretábase contra mí poco antes de recibir con engaños la anestesia.

¡Cómo resuena en mi cerebro y en mi corazón el golpeteo escalofriante del cincel y del martillo abriéndole el mastoides!

¡Ah!, pero la ciencia, la ciencia que no es barbarie, le salvó la vida. ¡A estos pobres niños, en cambio, la ciencia, la otra ciencia, los ha despedazado!

Yo también, como estos padres españoles, perdí a un hijo de diez años en quien había concentrado toda mi ternura. ¡Noventa horas, que blanquearon mi cabeza, estuvo agonizando!

Hasta que una mañana mi mujer y yo le cerramos los ojos, sus grandes ojos negros nublados para siempre. Y en un ataúd blanco lo llevé por la tarde al cementerio.

¡Cuántos ataúdes blancos en los panteones de España! ¡Cómo traen a mi memoria la visión del hijo muerto! ¡Y cómo me hacen recordar el dolor inenarrable que sentí cuando los sepultureros lo bajaron a su nuevo lecho de tierra, cubierto con ladrillos!

¡Ah!, pero queda el consuelo de que la ciencia hizo cuanto pudo por quitárselo a la muerte. ¡Qué sentirán estos padres y estas madres al ver que la ciencia, la otra ciencia, les mató a sus hijos!

¡La barbarie científica! ¡La barbarie científica!!

* * *

Después de cada bombardeo se pone en práctica la consigna de Berlín y de Roma: "¡Intensificar la campaña de difamación!" Y para disculpar sus crímenes ante el mundo, aceleran los fascistas el movimiento de la gran máquina de propaganda que tienen a su servicio.

El radio, el cable, las agencias de publicidad repiten las mismas frases: "¡Marxistas desenfrenados! ¡El peligro ruso! ¡Hordas rojas! ¡Bolchevización de España!"

Pues esos rojos salvaron las obras más valiosas del Museo del Prado, en constante peligro de incendiarse por el bombardeo de los aviones fascistas.

Rescataron, entre llamas y escombros, lo que aún quedaba del Palacio de Liria, sobre el cual lanzaron los Junkers y los Capronis toneladas de materias inflamables.

Protegeron a los sabios y a los intelectuales, que representan la cultura superior de España, hasta dejarlos instalados en Valencia con sus laboratorios y con sus instrumentos de trabajo.

En las actividades guerreras llaman la atención los regimientos de la hoz y el martillo, por su disciplina, por su valor sereno,

por la abnegación con que van los comunistas a la muerte en defensa de la República democrática.

* * *

Miles de hombres armados hay en las grandes ciudades: oficiales y milicianos en continuo movimiento. Pero no se sabe de soldados ebrios, ni de riñas callejeras, ni de heridos o de muertos en restaurantes o cantinas.

Cuatrocientos obreros y cincuenta metalúrgicos desalojaron seis mil millones de pesetas del Banco de España. Ni un grano de oro se quedó entre las manos de estos socialistas o de estos comunistas, quienes velaron —mosquetón al hombro— por las riquezas de España, por las reservas económicas de todos los españoles y no ya solamente de las castas privilegiadas.

Las empresas de transporte, las instituciones bancarias, las compañías de seguros, los teatros, los principales comercios e industrias siguen funcionando con rigurosa normalidad, intervenidos por sindicatos de obreros y empleados.

No hay sueldos de lujo. Pero tampoco los salarios de hambre que beneficiaban a los accionistas. Todos viven mejor. ¡Y la plusvalía se aprovecha para ganar la guerra!

Puede afirmarse que la Caja de Reparaciones es la columna vertebral de la formidable revolución económica que se está operando.

Valores, piedras preciosas, tesoros que significan trabajo acumulado de muchos años, la codicia hecha materia de los detentadores y de los parásitos de varios siglos, está hoy bajo la dirección y la custodia de funcionarios intachables.

Lo que ganan apenas les alcanza para sostenerse decorosamente. ¡Ni un alfiler de corbata, ni una perla, ni un brillante que podría ocultarse en cualquier sitio se ha extraviado!

¿Incontrolables? Los ha habido, no cabe duda, sobre todo en las primeras semanas, por el desconcierto que produjo la traición de los militares.

¿Abusos, violencias, sacrificios inútiles? También.

Pero la Revolución es un crisol que lo limpia todo de impurezas.

Y ningún otro país hubiera podido transformarse como lo hace España, tan profunda, tan definitivamente, y con tan generosa humanidad al mismo tiempo.

* * *

Más fuerza que las difusoras Telefunken y que los corresponsales anónimos tienen estos hechos. Y si a los escritores y artistas

españoles se les creyese parciales —¡parciales en favor del pueblo!— óigase la voz de Tagore, Einstein, Wells, Rolland, Malraux, Cassou; la de los universitarios y los delegados internacionales que han venido a estudiar la situación de España; la de los más altos e insospechables exponentes de la cultura mundial.

Ellos saben la verdad y la proclaman: “El trabajo tiene derechos; la libertad tiene derechos; el hombre tiene derechos”.

Por esos derechos, derechos humanos, lucha el pueblo español.

Y lo hace con valor y disciplina, transformando a su patria en una España nueva: sin gazpacho como único alimento; sin esclavitud; sin trabajadores desnutridos; sin chozas, cuevas ni pocilgas como habitación de los menesterosos. ¡Con escuelas, con hogares, con un alto sentido de la justicia y de la dignidad humana!

Dignidad humana, democracia integral, que no acepta el despotismo cuartelario de los espadones.

Ni el Volkstum permanente y eterno de los alemanes.

Ni el Estado Totalitario de Mussolini.

Ni el funcionamiento ignominioso de Ovras ni de Gestapos.

Ni doctrina alguna de panteísmo estatal, enemigo rabioso de los derechos del hombre.

* * *

¡Españoles de América! ¡Hispanoamericanos! El resplandor de España ilumina a nuestro continente. A los cinco continentes.

Y como el triunfo de España es nuestro triunfo, el triunfo de la justicia social, el triunfo de la democracia, la derrota de la barbarie y del fascismo, con España estamos y con España venceremos, hoy o mañana, los que siempre hemos luchado por la libertad de América.

Valencia, Barcelona, Madrid, 1937.

Galicia Mártir

GALICIA *Mártir*. Album de estampas de la guerra. Alfonso R. Castelao, el hondo artista, político y escritor gallego, las ha concebido y dibujado.

“Van dirigidas a vosotros que siempre amásteis la libertad y sois la única reserva que nos queda para reconstruir el hogar deshecho”. Así les dice Castelao a los trabajadores galaicos que andan por el mundo.

* * *

No acierta a comprender la humilde abuela, de rodillas ante la cruz, que en nombre de este símbolo de redención se mate sin piedad al prójimo: “Queiman, rouban e asesinan no teu nome”.

Al aire libre musita su plegaria. Al aire libre, fuera de la iglesia, cuyas campanas se oyen en la lejanía. A la sombra de los árboles o sobre los verdes trigales, “porque Dios se encuentra en todo sitio”.

También al aire libre, con el agua fresca y pura de las vertientes, se da en aquellos campos la bendición al hijo que lleva la mujer embarazada en las entrañas.

* * *

¡La última lección del maestro! “A derradeira lección do mestre”.

Tendido está en la celda que la bota militar le reservó para ultrajarlo, abiertos los ojos y las heridas, el abnegado forjador de la nueva conciencia juvenil de España.

Los alumnos rinden silencioso homenaje al cadáver del maestro, quien con el sacrificio de su vida les está enseñando la última lección.

¡La más ejemplar y elocuente de su largo, de su penoso apostolado!

* * *

Montones de restos humanos todavía insepultos. Frente a ellos, cerrando los ojos y golpeándose el pecho, exclama un reaccionario: “Así aprenderán a no tener ideas”.

Palabras, en la cárcel, de los condenados a muerte: “Van a matarnos; pero venceremos”.

En los cementerios de toda Galicia se oye un clamor que sale

de las tumbas, y que recogen y repiten los hombres del campo para llevarlo a sus millones de hermanos oprimidos: "No entierran cadáveres: entierran simiente los enemigos del pueblo".

Un trabajador herido, ametrallado, tiene valor para gritar: "¡Arriba los pobres del mundo!"

Hinchado de calaveras está el dios de los fascistas, el dios de la matanza, el monstruo de la guerra.

Pequeños supervivientes en la miseria, sin sus padres, sin techo que los abrigue, deambulan vestidos de negro por valles y colinas.

Mujeres ultrajadas, maniatadas, mutiladas, con la cabeza al rape, tienen que asistir al tormento inquisitorial de sus maridos que se desangran en los calabozos.

Madres gallegas, ancianas campesinas, nobles mujeres que todo lo perdonan, están sintiendo y comprendiendo ahora, con el hijo muerto en los regazos, que la resignación cristiana no habrá de curar su pena.

* * *

Al ver las estampas de Castelao entra por los ojos y llega al corazón un gran dolor: el dolor inenarrable del pueblo que inspiró al autor de las *Cantigas de Santa María*.

¡Pueblo generoso, sencillo, hospitalario! ¡Pueblo el de Galicia sano de cuerpo y de espíritu, sin contagio de corrupción, sádicamente inmolado por la ferocidad sin nombre de los fascistas!

* * *

¿Es posible que ni Galicia —¡Galicia siquiera!— haya podido escapar a los horrores de la barbarie? ¡Porque Galicia debió ser invulnerable!

Si el ataque hubiese venido de hombres y no de fieras, de seres humanos y no de lobos, se habrían salvado de tanta infamia los gallegos.

Se habrían salvado, sí: por su bondad, por su mansedumbre de siglos, por su doliente música gaitera, por el sabio rey poeta, por Rosalía de Castro, por el bucólico arcaísmo de su lengua galaica.

As de cantar,
Meniña gaiteira;

As de cantar
Que morro de pena.

Canta, meniña
Na veira da fonte;

Canta, dareiche
Boliños do pote.

Papiñas con leite
Tamén che darei,

Sopiñas con viño,
Torrexas con mel.

Castellanos de Castilla,
 Tratade ben os gallegos:
 Cando van, van como rosas;
 Cando ven, ven como negros.

Cantan os galos pr'ó día.
 Erguete, meu ben, e vaite.
 —¿Cómo m'ei d'ir, queridiña,
 Cómo m'ei d'ir e deixarte?

¡Adiós, gloria! ¡Adiós contento!
 ¡Deixo á casa onde nacín,
 Deixo á aldea que conoço
 Por un mundo que non vin!

¡Adiós tamén, queridiña,
 Adiós por sempre quizáis!
 Dígoch' este adiós chorando
 Desd'á veriña do mar.

Deixo amigos por extraños,
 Deixo á veiga pó- lo mar,
 Deixo, en fin, canto ben quero.....
 ¡Qué pudiera non deixar!.....

Non m'olvides, queridiña,
 Si morro de soidás.....
 Tantas légoas mar adentro.....
 ¡Miña casiña!, ¡meu lar!

He aquí reflejada, en toda su simplicidad y en toda su pureza, el alma diáfana del pueblo de Galicia.

He aquí la angustia del emigrante, de los centenares de miles de emigrantes que dejan "la vega por el mar" —su suelo que es de otros— en busca del horizonte prometedor de América.

¡Y la queja sin odio contra el castellano: "Castellanos de Castilla, tratade ben os gallegos"!

* * *

Pero no, no era el castellano, el trabajador castellano, quien despreciaba y oprimía al trabajador gallego; no era su verdugo el campesino del centro, con las manos callosas, con sudor en la frente tostada por el sol; no era el hermano expropiado, el hermano proletario de la vieja Castilla quien trataba como siervo al de Galicia.

Era el régimen que imperaba en toda España. Régimen de señorío feudal; de explotación antieconómica, cerril y sin mesura; de codicia sin freno; de ignorancia y fanatismo adrede cultivados; de señoritos, curas, espuelas y tizonas; de cuadrilleros de la Santa

Hermandad metidos en uniformes que nunca soñara San Fernando.

* * *

Cae la Monarquía.

Surge la República.

Se abren escuelas.

Se construyen caminos.

¡Reforma Agraria!

Un poco de luz ilumina los valles y los montes de Galicia.

Educadores e ingenieros van hasta sus más remotos caseríos.

Salto atrás con el paréntesis lamentable del bienio negro.

¡Arriba el Frente Popular!

Otra vez escuelas.

Otra vez caminos.

Otra vez cultura.

Otra vez progreso.

De nuevo la Reforma Agraria.

* * *

Y cuando a esa cultura y a ese progreso se incorporaba con decisión Galicia, la caverna y los mandobles se echan sobre España. Y no perdonan al pueblo gallego sus ansias de cultura, de libertad y de justicia.

A sus hombres y mujeres de vanguardia, a sus intelectuales, a sus educadores los torturan y asesinan. ¡Ni para los pequeños y humildes zagales hay clemencia!

En Coruña, solamente en Coruña, muy pocos quedan de los nueve mil afiliados del ramo de la construcción. Y con igual saña se ultima despiadadamente a los obreros de los otros sindicatos.

Hasta el séptimo mes de barbarie fascista han sido ejecutados los gobernadores de las cuatro provincias de Galicia, los alcaldes de ciudades, villas y aldeas, escritores, médicos, maestros, ingenieros, abogados, farmacéuticos, telegrafistas, todo aquel en pugna con la vileza y con el crimen.

¡Basta ser republicano para perder la vida!

* * *

Galicia que debió haber sido invulnerable es hoy Galicia mártir. ¿No ha de repercutir su martirio en toda mente civilizada?

¿No ha de repercutir de la Argentina a México, en la gran entraña hispanoamericana, nutrida con la savia roja y buena de tantas generaciones de gallegos?

Sí, El dolor de Galicia es nuestro propio dolor, como la tragedia de España es tragedia de América.

Y la voz de veinte pueblos tiembla emocionada, porque la sangre que el invasor derrama en la península es la misma que regó las faldas y las cimas de los Andes, mezclada con sangre de Caupolicán y de Cuauhtémoc, en épica lucha contra el despotismo explotador e infamante de los bárbaros de ayer que son los bárbaros de hoy.

Valencia, Barcelona, julio de 1937.

Reconstrucción abreviada de tres discursos

ANTE EL MICROFONO DE LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES

COMPAÑEROS de América y de España:

Llegué hace pocas semanas a este país, con ánimo de explicar en altas tribunas cuál es la situación de Hispano América; y con el firme propósito de hacer un estudio directo de la realidad española, de tal modo que la obra revolucionaria del Frente Popular pudiera servirnos de experiencia al otro lado del Atlántico.

Para formarme un juicio exacto de la España de hoy, de la nueva España, tenía que observar sobre el terreno los avances de su transformación social y económica. Tenía que ver con mis propios ojos las conquistas obtenidas por la República en beneficio de los trabajadores. Tenía que darme cuenta cabal del mejoramiento de las masas explotadas. De esas masas que, bajo el régimen capitalista, son dueñas únicamente de su dolor y de su miseria, no obstante que todo lo producen con la fuerza de su trabajo.

Era de suponer que con el triunfo de las izquierdas hace cinco meses; que después del bienio negro y de la sangrienta represión de Asturias; que con la victoria en Francia de los partidos de vanguardia y con la cristalización ejemplar del socialismo en Rusia, avanzaría rápidamente España hacia una vida mejor para todos, removiendo con valerosa decisión su carcomida, su vieja estructura medioeval.

¡Y yo quería palpar la grande obra! ¡Y regresar lleno de entusiasmo a Hispano América, a nuestra América, con fe y optimismo, con la lección aprendida para que la aprovecharan aquellos pueblos que también están librando —o tendrán que librar— una trascendental batalla renovadora!

¡Aquellos pueblos aherrojados y escarnecidos por el capital doméstico, en contubernio escandaloso con el capital monopolista de poderosas compañías extranjeras!

* * *

Mas pude comprobar, desgraciadamente, a los pocos días de mi llegada a España, que aquí la revolución social no había empezado.

Los mismos privilegios del siglo XIX.

Grandes empresas de transporte en manos de sociedades anónimas privadas: tranvías, ferrocarriles, autobuses.

La banca en poder de un grupo de financieros, de aristócratas y de prelados, cuyos dividendos anuales son fantásticos.

El negocio de seguros, doblemente protegido por la ley en virtud de su carácter social, controlado igualmente por particulares.

La vasta red telefónica explotada por una empresa del exterior, de la cual son tributarios forzosos todos los españoles que necesitan aquel servicio.

Los militares de la Monarquía, jubilados.

Jubilados, también, miles de antiguos funcionarios, enemigos descubiertos o encubiertos de la República democrática.

En pleno disfrute de todos sus bienes y de todas sus rentas, como si nada hubiese ocurrido con el cambio de régimen, títulos nobiliarios y señoritos herederos de inmensas fortunas, amasadas con el sudor y con el hambre del pueblo.

¡La revolución, por consiguiente, no había empezado!

* * *

Pero he aquí que llegan estas gloriosas jornadas de julio.

La reacción, en respuesta a la generosidad ilimitada del Gobierno republicano, cree llegado el momento de hacer que España dé un salto atrás.

A la época de los señores de horca y cuchillo.

A la época del poder absoluto del Vaticano y de sus aprovechados lugartenientes.

A la época de la servidumbre infamante.

Y se atrinchera en los cuarteles todo lo viejo y carcomido de España.

Y lanza el grito de guerra.

Y se echa encima de la República con el apoyo de los más altos jefes militares, con el auxilio de los califas musulmanes y con la bendición apostólica de los jerarcas anticristianos del catolicismo español.

De nuevo la Inquisición.

La cruz y el cadalso.

La crueldad.

La barbarie.

El pasado ya muerto que quiere revivir.

¡Y no se oye la voz del Santo Padre diciendo a sus ovejas que condena la matanza!

¡Y se hace más fuerte la lucha con el nombre de fascismo y con el respaldo que dan a los traidores, a los que atacan a su propio pueblo, los regímenes totalitarios de Italia y Alemania!

* * *

¡Ah!, pero no contaba la reacción con la actitud heroica del pueblo. No contaba con las organizaciones de obreros y de campesinos. No contaba con estos ejércitos de hombres y de mujeres que toman las armas, que dan jubilosamente su vida por la libertad, entre vítores y aclamaciones al Frente Popular.

Ahora sí empieza la revolución. Ahora sí toma contenido social la caída de la Monarquía. Ahora sí podrá llamarse a España república de trabajadores.

Y el mundo entero tiene puestos sus ojos en la gesta española. Y los luchadores de América saben que sus compañeros de España —hijos todos de los mismos padres, nietos de los mismos abuelos— están escribiendo con su sangre la página más luminosa de la historia de esta patria común.

¡De esta patria que dió a luz un continente y que, sin embargo de su alumbramiento, ha dejado de ser nuestra madre —matrona envejecida— para convertirse en la hermana que vibra, en nuestra hermana vigorosa con experiencia de madre!

* * *

Esta heroicidad emocionante, esta epopeya, este dolor y estos muertos reconcilian a España con las que fueron sus colonias. Ya saben las milicias españolas cómo hay que vencer al pasado para forjar el porvenir.

Contra ese pasado, contra ese régimen de privilegios, contra el feudalismo monárquico, contra la tiranía brutal de un gobierno cerril e intransigente lucharon los próceres de la independencia en América.

No fué la suya una guerra contra España, contra el pueblo de España, sino una guerra civil contra el poder de las castas dominantes que ahogaban también al pueblo español.

Miranda, Bolívar, Morelos, Sucre, Hidalgo, San Martín, los miles de criollos y de españoles "indianos" que en Colombia, en México, en Venezuela, en el Perú, en Chile, en Argentina y más adelante en Cuba tomaron las armas para batir al opresor, hechos estaban de la misma pasta e inflamados con el mismo espíritu de estos bravos compañeros que hoy defienden a la República Española.

* * *

Aquellos soldados fueron los precursores de estos milicianos que en 1936, a más de un siglo de distancia, defienden sus derechos a la libertad y a la vida con igual arrojo y entereza.

Si pudieran removerse las cenizas del Libertador; si pudiera traérsele a esta época de aguda crisis y a esta situación en que Es-

paña se debate, una vez más pondría su espada al servicio de la libertad. Pero no de la libertad política sino, sobre todo, de la libertad económica de las masas oprimidas.

Porque la plutocracia contemporánea ha esclavizado a las mayorías trabajadoras. Y frente a la esclavitud, frente a la miseria, frente a la explotación, frente a la falta de libertad del proletariado intelectual y manual, los libertadores de América aquí estarían luchando, estrechamente unidos, con los libertadores de España.

Aquí estarían, sí, derrotando de nuevo a mandobles sin prestigio. A mandobles como los de Fernando VII, que no tienen escrúpulo en sacrificar miles de vidas para volver a un sistema absurdo, antihumano, que mantenga los privilegios de la casta cerril de los parásitos.

Ahora sí ha empezado la revolución.

Ahora sí están unidas España y sus hermanas de América.

El triunfo del Frente Popular es nuestro triunfo.

Cada victoria del pueblo español repercute y se refleja en las masas trabajadoras de la América española o de la España americana.

¡Viva el Frente Popular!

¡Viva la democracia en esta gran península y en aquel enorme continente!

¡Salud, compañeros y amigos!

(Versión taquigráfica.)

Madrid, 7 de agosto de 1936.

NUEVA ALOCUCION POR RADIO A LAS NACIONES DE AMERICA

Trabajadores intelectuales y manuales de la América española:

Por segunda vez, invitado a usar este micrófono de la Unión General de Trabajadores, me dirijo, desde Madrid, a los pueblos hispanoamericanos. A aquellos pueblos que sienten, en su propia carne y en su propio espíritu, el dolor del pueblo español. Pero que sienten también, en su carne y en su espíritu, las mismas ansias de liberación y la misma heroicidad de estos milicianos, cuya sangre generosa es el abono fecundo de la nueva sociedad sin privilegios.

Varios compañeros de nuestros países, patrocinados como yo lo estoy esta noche por la Federación Universitaria Hispanoamericana, han dicho su palabra vibrante y conmovida a los millones de proletarios que en ultramar nos escuchan. Uno de ellos habló para las Antillas. Otro para la América del Sur. A mí se me pide que lo haga para México, Panamá y Centro América.

Todos cumplimos gustosos nuestra misión, porque estamos

viviendo la tragedia actual de España. Y porque presentimos la tragedia de América, si allá no se pone coto a la insaciable e inhumana dictadura de los capitalistas criollos y de los imperialismos extranjeros, amos y señores de vidas y haciendas.

* * *

Poco tendría que decir a los mexicanos.

Ellos han hecho su gran revolución.

Se han enfrentado al capital monopolista de las grandes potencias.

Están por fin venciendo a las minorías detentadoras.

Luchan contra prejuicios ancestrales.

Comprenden, por lo tanto, lo que sucede al Gobierno liberal y democrático español, traicionado como fué don Francisco Madero por militares que juraron fidelidad al nuevo régimen —y que siguieron con mando en los cuarteles— al derrumbarse la dictadura porfirista.

La revolución, empero, no fué vencida, a pesar del aglutinamiento de todas las fuerzas reaccionarias, clericales y plutocráticas en contra suya.

¡Adelante siguieron los verticales hombres de México!

Si la traición asesinó al apóstol, pronto cayeron los traidores.

¡Como habían caído y fueron dominados, medio siglo antes, por los ejércitos republicanos de don Benito Juárez!

Sabe entonces México, saben los mexicanos por su trágica experiencia, cuál es la realidad de España.

Han derrotado a las clases parasitarias.

Nada ni nadie hará que retrocedan.

¡Pero cuánto se les ha encarnecido y calumniado por su intensa obra de transformación social!

* * *

Lo mismo sucede ahora con España, no obstante que las derechas han provocado esta hecatombe, sin paralelo en la historia de la península.

Por ambición de los militares, por sordidez de los privilegiados, asiste el mundo al espectáculo maravilloso de un pueblo que a través de la muerte, ofrendándolo todo, trata de mejorar su vida.

Y no se hable de comunismo ni se saquen a colación otras doctrinas radicales.

Nada que no fuese lenidad con reaccionarios y enemigos de la democracia había en la República Española.

Libertad irrestricta de prensa y de tribuna.

Protección segura de sus enormes riquezas.

Medio presupuesto fiscal para espuelas y mandobles, aun los retirados de guerra y marina con sus cruces de sufrimiento.

Para grandes compañías subvencionadas.

Para el clero, por haberes a extinguir.

Para tenedores de obligaciones a cargo del Estado.

Para clases activas y pasivas de toda índole, de las que no estaban excluidos los aristócratas ni los monárquicos.

Con tanta generosidad, sin embargo, no se conformaban.

Ni con sus grandes latifundios que la Reforma Agraria dejaba casi intactos.

Ni con sus tesoros acumulados.

Ni con seguir manejando sus empresas y cobrando sus dividendos.

Ni con provocar a las organizaciones obreras.

Ni con echarse encima de los defensores de la República y de la democracia en sus periódicos.

Querían otra vez el poder que el pueblo les negó en los comicios.

Querían mandar a todo trance.

Y se lanzaron a la guerra contra este pueblo hidalgo y sufrido que no votó por ellos, ciertamente, pero que no era mucho lo que en realidad había ganado con la fuga del monarca.

* * *

No se hable tampoco de jacobinismo. La Constitución de la República Española establece en el artículo 27 la libertad de conciencia, el derecho de profesar y de practicar libremente cualquier religión.

Y en el artículo 48 reconoce a las iglesias el derecho de enseñar sus respectivas doctrinas en sus propios establecimientos.

Así ha podido estar en vigencia una historia universal, escrita por el Padre Ramón Ruiz Amado, de la Compañía de Jesús, en la que se niega el origen del mundo de acuerdo con las teorías científicas, para basarse en el Génesis. Y en la que se desfigura la revolución francesa y se califica a los trabajadores de La Comuna como a "tropas de asesinos e incendiarios que se apoderaron de París".

Todo eso y mucho más ha permitido la República. Pero el Gobierno republicano —como el régimen monárquico de éste y de siglos anteriores— no ha podido evitar la manía incendiaria de iglesias y de conventos, sobre todo cuando las fincas eclesiásticas se usan como fortalezas para ametrallar impunemente al pueblo desde sus torres y campanarios.

No. No se trata de jacobinismo, ni de comunismo, ni de Marx

o Engels, ni de literatura disociadora, pues que las masas no accionan por impulsos teológicos o literarios.

La explicación del fenómeno anticlerical se encuentra en la estadística, en los presupuestos fiscales, las primicias, las donaciones, los diezmos, la succión, la explotación, la propiedad y las riquezas del clero, en su gran fuerza económica que lleva aparejada una fuerza política aplastante.

He allí la clave de los impulsos a que obedece el pueblo español. No es jacobinismo. Es el siervo que abre los ojos y se rebela contra el amo. Es la protesta violenta de la masa contra el poder que la ahoga. Es la lucha de clases aceptada por el Vaticano.

¡La lucha del oprimido contra el inmenso poder social y político de la institución católica, hecha materia! ¡No entonces por creencias religiosas sino por una honda razón humana de infraestructura económica!

* * *

Tal es el resumen de esta situación. Guerra a sangre y fuego en defensa de millones, que no de religión alguna. Y unidos en la carnicería militares y aristócratas, que quieren seguir viviendo en el pasado.

Guerra contra un pueblo valiente y laborioso, que pedía un pedazo de tierra y un pedazo de pan, para continuar en la ruda faena del campo y de la fábrica.

Guerra de los más bajos y groseros apetitos materiales, disfrazados hábilmente para que el mundo tome la codicia por cultura.

Guerra de vientres cubiertos con sotanas, con uniformes, con hábitos, con medallas y con cruces.

Mas el pueblo, ante la amenaza de la barbarie, está con las armas en la mano combatiendo a reaccionarios e invasores extranjeros.

Como en América, los intereses creados no titubean en aceptar el apoyo imperialista.

¡Ah!, pero hubo en México un Juárez, producto del pueblo, que venció a los ejércitos de Napoleón III.

Y hubo en Nicaragua un Sandino que hizo frente a la nación más poderosa de la tierra, no importa que después lo asesinaran los cómplices y los pupilos de la intervención.

Así ocurre en países que todavía no han podido liberarse de pequeños hombres, cuya conducta ignominiosa es como la de aquellos pobres reyezuelos herodianos, aquellos ínfimos tetrarcas de los últimos días de Israel. Mendigaban con sus liviandades y abominaciones en las cortes cesáreas de Roma, hasta que sucumbieron en las garras del águila imperial.

También sucumbirán los tetrarcas contemporáneos, los de España y los de América: no en las garras de ningún imperialismo, sino en la picota que levantan los trabajadores.

Porque allá, de México a la Patagonia, nos iluminan capitanes y soldados que supieron dar su vida por la libertad.

Y acá los milicianos conquistan sus derechos a paso de vencedores.

Salud, hombres libres de América y de España!

(Versión taquigráfica.)

Madrid, 18 de agosto de 1936.

EN EL CONGRESO MUNDIAL DE ESCRITORES

Compañeros:

Muy pocas palabras. No haré un discurso porque es tarde para hacerlo. Y porque hemos llegado a un momento en que las realidades y los hechos sirven más que la oratoria.

Quiero reforzar, desde luego, la ponencia de la delegación argentina, pues países débiles y pequeños como el mío, sin otras armas que el Derecho, están expuestos a ser atacados por la barbarie imperialista.

Pero yo me pregunto desconcertado al ver lo que sucede en España —me lo vengo preguntando desde julio de 1936—: ¿Qué podemos hacer nosotros, trabajadores intelectuales y manuales de repúblicas inermes; qué pueden hacer, eficazmente, los de grandes potencias para “aplantar al fascismo”?

¡Aplantar al fascismo! Esa es la tesis de la delegación argentina. Esa es también la tesis de todos vosotros, escritores que defendéis la cultura del mundo. Así lo hemos dicho y aprobado en este Congreso de intelectuales.

Desgraciadamente, mientras nosotros hablamos, los aviones de Italia y de Alemania, alimentados con gasolina de compañías británicas, y de compañías holandesas, y de compañías norteamericanas, y de compañías amparadas por banderas de otras naciones que se dicen democráticas; los aeroplanos de la barbarie, pues, que sin gas y sin aceite para sus motores nada podrían hacer, vuelan sobre esta heroica ciudad de Madrid y asesinan, ante nuestros propios ojos, como los obuses de la artillería fascista, a niños, ancianos y mujeres de la población civil madrileña.

Frente a esta realidad habría que preguntar si los hombres de letras estamos efectivamente respaldados, si lo está la democracia, por el proletariado mundial. Es decir, por los trabajadores de las fábricas que construyen aviones; por los obreros sindicalizados de

muelles, industrias de guerra y empresas de petróleo; por las dos Internacionales que tienen su centro de acción aquí en Europa.

A primera vista todos nos encontramos unidos. Hay una corriente de acercamiento entre los intelectuales de vanguardia y las organizaciones proletarias de este viejo mundo, de América, del Asia. Sí. Pero ha pasado un año y todavía este acercamiento no se hace sentir como presión sobre los gobiernos de "las grandes democracias", para evitar el sacrificio criminal del pueblo español.

* * *

¿Es que no tienen fuerza suficiente o que carecen de sentido de la realidad los organismos del proletariado europeo? ¿Hállanse, acaso, como en 1914, a sabiendas de que esta guerra de España es una guerra típica de clases? He aquí dos preguntas, dos interrogaciones torturantes, que nos hacemos los hispanoamericanos al darnos cuenta de lo que ocurre en la Península Ibérica.

Hace doce meses que están los invasores, y están los reaccionarios, y están los capitalistas, y están los militares españoles matando obreros intelectuales y manuales en todo el territorio que han podido dominar. ¡Y al cabo de esos doce meses, discutiendo el caso trágico de España, lo único que resuelven las dos Internacionales es dirigirse a la Liga de las Naciones y pedir a los gobiernos, rogar a los gobiernos, que se ciñan al Derecho Internacional!

¿Qué tienen que ver los trabajadores, si de veras están organizados, si hay en ellos conciencia de su deber y de su fuerza; qué tienen que ver con las levitas ni con las chisteras de Ginebra? ¿Qué tienen que solicitar como merced a las camisas engomadas del Comité de Londres?

Me parece, compañeros, que todo esto es sangriento. Y que se hace indispensable una actitud enérgica de los intelectuales aquí reunidos, hasta lograr que el proletariado consciente de la civilizada Europa use medios más prácticos, más efectivos, para defender a España de la horrenda carnicería a que la tiene sometida la invasión fascista.

¡Que las dos Internacionales digan al mundo cuál es el poder de su organización! ¡Que sepamos todos si tienen o si no tienen conciencia de clase! Porque es bien claro, infortunadamente, que con su actitud en el caso de España, con su actitud en esta crisis de la civilización, su presente y su porvenir están en entredicho.

Podrían defender al proletariado español, al proletariado europeo, al proletariado del mundo entero, con apoyo en la ley, con apoyo en el Pacto de la Liga, con apoyo en el Derecho Internacional, sin armas, sin violencia, sin explosivos ni bombas incendiarias. ¡Y ésta es la ventaja que llevan los trabajadores sobre los re-

gímenes que violan todos los convenios y todos los tratados!

Bastaría, para hacerlos respetar, con acogerse a la huelga, mucho más efectiva que el envío de víveres y de ambulancias a un pueblo que se desangra con abnegación emocionante por la justicia social y por la causa de los explotados. (Grandes aplausos.)

* * *

De lo que resulte, de lo que hagan y no sólo pidan las Internacionales sabremos entonces, en el otro continente, en las repúblicas de América, la suerte que correrán aquellos pueblos indefensos en caso de guerras o en caso de nuevas invasiones imperialistas, como las que ya hemos sufrido y como la que está sufriendo España.

¡Tal vez caigamos en la penosa conclusión de que muy poco podemos esperar de organizaciones proletarias que no han sido capaces de presionar a sus propios gobiernos, a los gobiernos de Europa, para poner fin a una tragedia antihumana que se desarrolla en territorio europeo.

Tragedia antihumana, ataque brutal a un pueblo que condena la guerra en su Constitución; que no tenía acorazados ni cañones para ir a la conquista de otros pueblos; que a ningún país estaba provocando y que trataba de vivir en paz su propia vida porque su fuerza descansaba en el derecho.

¡Y se ve de pronto envuelto en una de las conmociones bélicas más hondas de la historia mundial! ¡Y se ve atacado intempestivamente por los imperialismos sanguinarios de Italia y de Alemania!

La República Española, pues, el único país de Europa lealmente enemigo de la matanza y de la violencia, ha venido a ser precisamente la víctima propiciatoria de esta guerra a muerte entre el pasado y el porvenir del mundo.

Y sobre ella ha caído el fascismo, como otras formas de imperialismo han caído desde hace muchos años sobre las naciones débiles de América. Allá, abandonados de todos, sin que los compañeros europeos supieran de nuestras luchas ni se dieran cuenta de nuestros dolores, hemos tenido que combatir la voracidad del capital monopolista que nos asfixia.

Y hemos visto soldados extranjeros en Haití, en México, en Santo Domingo, en Nicaragua. Y acorazados y aviones de bombardeo como en España. Y hemos tenido que luchar también contra la difamación del conquistador extranjero.

¡Y los trabajadores y los intelectuales de este lado del Atlántico nos dejaron solos, como dejaron solo a aquel gran luchador, César Augusto Sandino, que en la pequeña república centroame-

ricana de Nicaragua se enfrentó durante siete años a los ejércitos de la gran potencia anglosajona de América!

Y allí tenemos a Cuba, luchando contra el poderío de esa misma nación, sin más fuerza que la suya propia. ¿Quién ha sabido, quién sabe en Europa de las angustias y de los sufrimientos del pueblo de Cuba, del pueblo de Puerto Rico y de los demás pueblos hispanoamericanos?

* * *

Con indiferencia se ha mirado siempre en este viejo mundo el dolor de Hispano América. Hoy nuestra misma tragedia, agrandada, se repite en España. Por eso sentimos como propia la angustia española.

Y por eso preguntamos con qué ayuda cuenta España y con qué ayuda contaremos los hispanoamericanos para "aplastar al fascismo".

¿Está preparado el elemento proletario para prestar su cooperación y su apoyo a los pueblos perseguidos y atacados por las fuerzas cavernarias, por las fuerzas capitalistas internacionales, llámense fascismo, nazismo o imperialismo?

Esa ayuda no puede ser otra, en el caso concreto de España, que la presión sobre los gobiernos que sin serlo se dicen democráticos, de modo que cumplan con su deber y hagan respetar el Derecho Internacional a los Estados agresores. Y esa presión, lo repito, será decisiva si el argumento que se emplea es el argumento poderoso de la huelga que en Cuba, con más eficacia que las armas, sirvió para derrocar la tiranía ignominiosa de Machado. (Los aplausos impiden oír las últimas palabras.)


Si las organizaciones proletarias del mundo no aprovechan esta oportunidad que se les presenta para demostrar su poder y su conciencia de clase; si su actuación se ha de reducir a nuevas ambulancias, a seguir embarcando aparatos quirúrgicos y medicinas, a nuevos mítines, a redactar oficios para la Sociedad de las Naciones; si eso y nada más que eso puede esperarse de las dos flamantes Internacionales, llegaremos entonces a la conclusión de que no tienen fuerza o de que no tienen conciencia de clase, por mucho que en asambleas y manifiestos quiera demostrarse lo contrario.

Y el desconcierto de los trabajadores de América, el desconcierto de los trabajadores de todos los países civilizados será mayor con tan terrible experiencia. Y no sabremos a qué atenernos si en España, país de Europa, vecino de Francia y de Inglaterra, se comete impunemente el crimen más monstruoso que se registra en los anales de la historia de la humanidad. (Aplausos.)

Termino, compañeros, porque ya dije que no iba a hacer un discurso y me estoy tomando más tiempo del que teníamos calculado. Pero deseo pedir, antes de bajar de esta tribuna, un voto de simpatía para un camarada nuestro a quien todos vosotros conocéis. Está sufriendo en mi pequeño país —lo mismo que el escritor Francisco Marín Cañas— la persecución del Ministro de Italia, del Ministro de Mussolini, quien lo tiene acusado ante los tribunales por defender al pueblo español. Me refiero a García Monge, Director del *Repertorio Americano*. (Los delegados, puestos en pie, aplauden durante largo rato.)

(Versión taquigráfica.)

Madrid, 6 de julio de 1937.



Diez artículos de observación y comentario

LOS CAZADORES DE FRANCO ESTAN CONTRA EL PUEBLO ESPAÑOL

CUANDO pasé los Pirineos me sentí desgarrado. Sólo una idea, un pensamiento fijo, me reconciliaba con la necesidad imprescindible de atravesar el Atlántico, para volver después al centro de la lucha que España libra por la democracia del mundo: la de hacer una intensa campaña por el pueblo español en los países que de regreso a mi patria pudiera visitar, cumpliendo así lo acordado en el Congreso Mundial de Escritores para Defensa de la Cultura.

Pude advertir en la propia Europa, en territorio francés, cómo el trompeteo escandaloso de la propaganda fascista desvirtúa la génesis y el desarrollo del gran movimiento que sacude a la nación ibérica, provocado por las fuerzas reaccionarias de la España medioeval.

Me pareció increíble que a pocos metros del territorio español ensangrentado, abatido por los aviones italianos y alemanes; que en la frontera de Cerbere se me hiciesen preguntas que denotaban una ignorancia lamentable de la realidad. Y cosa inaudita parecerá, sin duda, a los lectores, que en París, en esta Ciudad Luz, se hable de "los rojos" como de gentes desorbitadas; y de "los blancos" —a pesar de su alianza con el Reich, enemigo histórico de los franceses— como símbolo del orden y de la paz en el viejo continente.

* * *

No es ésta, por supuesto, la opinión de las masas trabajadoras, ni de los intelectuales, ni de los maestros, ni de los hombres que en Francia comprenden lo que significaría el triunfo de alemanes e italianos en su vecina del sur. Es la opinión de esa clase media codiciosa de riquezas, de francos, de libras o de dólares a como haya lugar, para seguir viviendo de sus rentas.

De aquéllos, pues, cuya única patria son sus intereses, no importa que se llamen a sí mismos, poniendo en blanco los ojos después de una comida suculenta, opositores del vulgar materialismo. De los que todo lo aprovechan para colmar sus aspiraciones monetarias, inclusive la Exposición Internacional, ahora en su

apogeo, que bien podría llamarse la "Explotación Internacional de París".

Para ellos el triunfo de Burgos sería, por lo que oyen decir de "las hordas comunistas", menos expuesto a complicaciones en merma de su capital y de su agio. Y por eso, puesto que manejan las finanzas de la bolsa negra, hacen cuanto pueden en favor de Franco y de sus secuaces depreciando, entre otras cosas, la peseta oficial, la del Banco de España, para darle valor mucho más alto a los billetes emitidos en Alemania para la zona rebelde.

Esta depreciación deja a la moneda española, a la legítima moneda, con un poder adquisitivo que apenas llega al de la quinta parte del franco, a pesar de que en España el poder de compra de la peseta es diez veces mayor que el de la moneda francesa. ¡Así se logra, además, que el Gobierno de Valencia tenga que vaciar sus arcas para obtener divisas extranjeras!

*
* *

Pero el sentimiento de pesar, el hondo desconcierto que produce la actitud de los capitalistas, de los comerciantes y de la clase media adinerada de Francia, se convierte en optimismo cuando cambia uno, impresiones con los trabajadores, con la gente culta y, en general, con el hombre de la calle.

¡Hay que ver el entusiasmo, la simpatía de los visitantes que acuden, en la Exposición, a los pabellones de España y de Rusia! ¡Y hay que oír los comentarios en los de Italia y Alemania!

Millares de personas han pasado y siguen pasando por unos y otros. Observan. Toman datos. Comentan. Les produce asombro la transformación lograda, desde que se estableció el socialismo, en la Unión de las Repúblicas Soviéticas. Se detienen ante los enormes frescos y dibujos que adornan las paredes. Leen las estadísticas. Alaban la inmensa obra de industrialización que el Soviet ha podido realizar.

¡Y comparan lo que han visto con las exhibiciones netamente guerreras de los pabellones italiano y alemán, y con lo que ofrecen los Estados totalitarios a la curiosidad del público: productos manufacturados que ya fabricaban Italia y Alemania en tiempos de Cavour y de Bismarck!

¿Qué ha hecho el fascismo? ¿Qué ha hecho el nazismo? Estas son preguntas que se hacen en voz baja, unos a otros, los visitantes de la Exposición. ¡Nada en beneficio de la humanidad! ¡Nada que mejore el nivel de vida de las mayorías trabajadoras! ¡Nada comparable a la labor de otros sistemas cuya máxima preocupación

es el desenvolvimiento integral del individuo, como base consciente de la familia, de la sociedad, de la nación, y no como instrumento ciego de un Estado autoritario y mitológico!

* * *

Lo que salta a la vista en la Exposición de París; los cuadros dolorosos de la tragedia española; el gesto de horror y de protesta que producen; todo eso convence y vale más que el egoísmo y la codicia de los financieros y de los privilegiados franceses. ¡Estos privilegiados, iguales a los del 89, que se asustan de “los rojos” y baten palmas a los generales, obispos, mahometanos somalíes y aristócratas, testaferras de Berlín y de Roma, deseosos de mantener a España en el medioevo!

A las clases parasitarias las apoyan —no podía ser de otra manera— los grandes diarios y las poderosas agencias de publicidad que siempre están en contra de cualquier movimiento de liberación. Pero frente a esos periódicos, frente a la publicidad fascista que maneja y remunera el Ministerio alemán de Propaganda, se alzan los más altos valores intelectuales de Francia.

Saben ellos que el movimiento español, auténticamente español, lo es precisamente por lo que tiene de democrático. Y el pueblo francés, con el respaldo de su larga experiencia histórica, por ser el abanderado de la democracia desde su gran revolución a la fecha, bien sabe también en dónde está la verdad y en dónde la falacia.

Muy a despecho, entonces, de la política de complicidad e incongruencia del Gobierno de Leon Blum, pueden creer los españoles leales, los españoles que luchan contra la invasión extranjera, que en este gran pueblo francés tienen un aliado poderoso. ¿Hará sentir este aliado su presión antifascista en favor de la causa democrática, de la tesis profundamente humana que defienden en las trincheras sus compañeros españoles?

El castigo, de no hacerlo, de no imponerse a la cobardía del Frente Popular, será para ellos, para los trabajadores franceses, para sus mujeres, para sus hijos, para sus ciudades, para sus aldeas, en peligro de correr la misma suerte de una población civil como la española, que con su heroísmo ejemplar podrá ser aplastada pero no vencida.

París, 14 de septiembre de 1937.

EL PUEBLO NORTEAMERICANO ES ENEMIGO DEL FASCISMO

Llegar de Europa a los Estados Unidos, a la ciudad de Nueva York, principalmente, es adentrarse en algo nuevo, en otra vida, en un medio y en una agitación que no pueden comprender quienes no hayan salido del viejo mundo, cuna de lo que suele llamarse civilización.

Todo es diferente de lo europeo en esta Babilonia: los edificios, la iluminación de las calles, la prisa de oficinistas y de obreros para llegar a sus quehaceres, la velocidad del subterráneo, la presentación, incluso, de los periódicos, y las noticias que suelen escoger para resaltarlas con negros y redondos titulares.

En estos días dedican largas columnas los diarios más importantes y de más estirada seriedad al millonario Tommy Manville, heredero de la fortuna de los asbestos. Cuatro veces se ha casado el singular magnate con cuatro rubias; pero no satisfecho con sus andanzas matrimoniales, quiere ahora divorciarse para caer de nuevo con una señora que lleva igual número de matrimonios e igual número de divorcios, pero que "tiene la ventaja de su cabello negro".

El problema de Manville es la demanda por varios millones de dólares que le hace la mujer a quien piensa abandonar. Y el millonario ha puesto anuncios de páginas enteras, a cinco mil dólares la página, pidiendo los servicios de un buen abogado que llene las siguientes condiciones: un metro setenta y ocho centímetros de altura; buen boxeador; marcada y demostrada antipatía por las rubias; pruebas de su capacidad para enredar la ley y para no dejarse enternecer por lo que diga el abogado defensor de la cuarta señora Manville.

Mas si es verdad que las páginas de los periódicos dan a casos como el anotado extraordinaria publicidad, también es cierto que en las secciones editoriales se dedica especial interés a los problemas de índole internacional que convulsionan al mundo. Y haciéndose eco de la opinión pública norteamericana combaten los más ilustrados periodistas a los regímenes de fuerza, atacan al fascismo y escriben calurosos elogios de la democracia, puesta en peligro por la invasión de España que los ejércitos de Hitler y de Mussolini llevan a cabo.

* * *

La simpatía hacia el pueblo español, a pesar de la neutralidad decretada por el Presidente Roosevelt, llega hasta la propia Casa Blanca. Y de allí rebota a las más importantes oficinas del Gobierno. El 2 de septiembre publicó el *Washington Herald* esta noticia: "El Departamento de Estado está investigando cuidadosamente

las actividades clandestinas de ciertos españoles que apoyan en este país al General rebelde Franco. Bajo vigilancia especial se encuentra Juan de Cárdenas, antiguo Embajador de Madrid en los Estados Unidos, quien aparece ahora como jefe de varios españoles agrupados en la organización llamada Junta de Defensa Nacional. Dos de los lugartenientes de Cárdenas son José de Gregorio y Manuel Alonso, Secretario destituido de la Embajada de España en Washington y jugador de tennis, respectivamente. La Junta trabaja en estrecha cooperación con la Casa de España, sociedad franquista con oficinas en un lujoso hotel de Nueva York.

“La razón por la cual el Departamento de Estado tiene marcadísimo interés en lo que a Cárdenas y a su Junta se refiere, es por el hecho de que ellos se llaman “representantes de Franco en los Estados Unidos”. El Gobierno necesita saber exactamente a lo que equivale tal representación; e investiga, además, por qué la Junta despliega en su hotel de Nueva York una bandera que para Washington no existe, con los colores emblemáticos de la vieja Monarquía.

“Los funcionarios norteamericanos han declarado y declaran que no reconocen ni a Franco ni a su Junta, y que tampoco reconocerán a Cárdenas ni a sus ayudantes. Las relaciones oficiales únicamente se mantienen con el Gobierno legal y legítimo de España, cuyo Embajador acreditado en Washington es el profesor don Fernando de los Ríos”.

En otro párrafo asegura el *Washington Herald* que el Departamento de Estado tiene en su posesión datos importantes, que servirán de base para tomar medidas contra Cárdenas, “seriamente comprometido con documentos que ya tiene en su poder el Gobierno norteamericano. Esos documentos complican también a un tal Dionisio Trigo, quien se hace pasar por Cónsul del régimen de Franco en Puerto Rico, en donde el referido “funcionario” ha hecho imprimir cédulas por valor de veinte a treinta mil dólares para remitírselas a Cárdenas”. Y agrega textualmente el mencionado periódico:

“Las leyes de los Estados Unidos establecen penas muy severas contra los que se dedican a representar a un gobierno en este país, sin la debida autorización de la Secretaría de Estado. El artículo 22 del Código Penal norteamericano dice que aquellas personas que se llamen a sí mismas agentes de un gobierno extranjero, sin una notificación previa y sin los documentos de aceptación por el Departamento correspondiente de la Secretaría de Estado, sufrirán multa de cinco mil dólares o más, o sufrirán prisión por no menos de cinco años, o ambas penas. Y en el caso de Cárdenas su situación resulta mayormente comprometida por las recaudaciones que ha hecho con títulos falsos”.

* * *

Al mismo tiempo que los diarios de la Federación norteamericana censuran las actividades del que fué Excelentísimo señor Cárdenas, el Senado de Washington ha abierto una investigación relacionada con la campaña antidemocrática que están haciendo en el país diversas organizaciones fascistas, dirigidas desde Berlín y desde Roma.

La gran masa de trabajadores de los Estados Unidos, entretanto, celebra constantes mítines en homenaje y a beneficio del pueblo español. Y el sentimiento popular contra los países guerreros, por otra parte, se intensifica más cada día, desde la fecha en que el Japón se ha lanzado nuevamente sobre China.

Sociedad en la que se publican miles de revistas, de libros y de diarios, leídos por millones de ciudadanos, es presa difícil para la propaganda totalitaria. Los mismos periódicos de derecha, periódicos del capitalismo, no pueden abstenerse de imprimir los cablegramas en que se habla de bombardeos de ciudades abiertas; de la matanza de mujeres y de niños; de la destrucción de poblaciones que no son objetivos militares; de la brutal ferocidad fascista, en fin, demostrada en la guerra de invasión de España, en la guerra de invasión de China, en la de Manchuria hace cinco años y en la de Abisinia en 1936.

Si a eso se agrega lo de los submarinos piratas, es fácil comprender cómo la propia barbarie de los imperialismos europeos y la del imperialismo japonés están sirviendo de propaganda eficaz a la causa legítima del pueblo español.

* * *

Pero hay algo más que favorece a España y que señala la falta de idealismo de los que se dicen defensores y representantes del cabecilla Franco. El *New York Times*, involucrando indebidamente a organizaciones leales y a grupos facciosos, publicó la noticia de que en los Estados Unidos las suscripciones públicas en favor de España sumaban, en julio de 1937, \$745,784.72; y que de esa cantidad sólo un pequeño porcentaje se había remitido porque el resto se gastó en administración y propaganda.

Protestaron entonces las organizaciones de izquierda e hicieron publicar la rectificación a que tenían derecho. Las contabilidades certificadas han demostrado que desde el 31 de julio de 1936 hasta la misma fecha de 1937, los leales han reunido los setecientos mil dólares de que habla el *Times*; que se enviaron a España mercancías y otros efectos por valor de \$683,147.86; y que los gastos de administración no fueron mayores de \$34,586.12. O sea, que por

cada dólar recibido se envió a España material que vale noventa y cinco centavos: tres centavos se emplearon en oficinas, bodegas, transportes, en gastos indispensables; y dos centavos están en poder de las organizaciones como fondo de reserva.

En cambio, después de inusitados esfuerzos y de muchas negativas porque hasta los conservadores norteamericanos se niegan a ayudarles, los fascistas han reunido \$30,753.96. ¡Pero de esa suma sólo ha recibido Franco una parte mínima, pues en administrarla gastaron "los idealistas" \$28,793.72!

Lo que el *New York Times* creyó arma favorable para evitar nuevas contribuciones en favor de la España republicana, se ha convertido en una explosión de entusiasmo y de simpatía para los millares de obreros manuales e intelectuales que en Estados Unidos, a costa de grandes sacrificios, trabajando durante la noche, administran los fondos que se recaudan y ayudan en esa forma a sus compañeros españoles.

¡El mismo espíritu, el mismo desinterés que muestran en España los combatientes de vanguardia y retaguardia, por cuyas manos pasan millones de pesetas para ganar la guerra!

Nueva York, 23 de septiembre de 1937.

FERVOROSA ADHESION DE LA PATRIA DE MACEO Y DE MARTI
AL PUEBLO MAGNIFICO DE ESPAÑA

Así tenía que ser. Lo dije en *Liberación* desde hace un año. Lo he proclamado en Valencia, en Madrid, en Barcelona. Y ahora puedo confirmarlo con satisfacción y con racial orgullo: Hispano América, el gran corazón de Hispano América, movido a impulsos de sangre española, apoya fervorosamente la causa democrática, la causa revolucionaria del pueblo magnífico de España.

Lo estoy viendo, lo estoy sintiendo en Cuba, la última colonia que tuvo en América el régimen brutal, el régimen monárquico y centralista de los herederos de Fernando VII.

Voy por las calles de la Habana y me parece estar en España. No sólo por sus edificios, no sólo por sus calles, no sólo por su idioma, no sólo por los monumentos a Martí y a los próceres de la Independencia, españoles auténticos, sino por algo que vale más que todo eso: por su espíritu antifascista, por su adhesión entusiasta a la causa republicana, por la indignación que sienten los cubanos contra los que aún se atreven a defender la traición de la caverna española y la barbarie de los invasores extranjeros, quienes están sacrificando a miles de republicanos, de socialistas, de anarcosindicalistas y de pacíficos ciudadanos en las provincias holladas de la República Española.

Lo que yo vi en el territorio leal de la península; aquellas multitudes llenas de fe y de optimismo; aquella palpitación de un gran sér colectivo que mira al porvenir y que va con alegría a la lucha, lo estoy viendo también y lo estoy sintiendo en la hermosa y acogedora capital de Cuba.

¡Manifestaciones en favor de España; centros de distintos matices, todos antidictatoriales; profusión de periódicos y de revistas que defienden la causa del Gobierno legítimo; agitación; otra retaguardia, en fin, como la homogénea retaguardia de la región española no invadida!

* * *

Hubo al principio desorientación en nuestras repúblicas, porque a la campaña "anticomunista" de los rebeldes y de sus aliados extranjeros no supieron o no quisieron contestar con la verdad los diplomáticos de la propia España, convertidos después en cómplices de la traición, cuando creyeron que caería en poder de los facciosos y de los mahometanos la capital de su patria ensangrentada. Hubo desconcierto, además, por la actitud de muchos españoles ricos que vinieron a América a hacer pesetas y que a sus descendientes los ataviaron después de señoritos.

Pero el instinto popular no se equivoca. Y cuando se ha sabido la verdad; cuando han llegado a comprender los cubanos que los mismos que hoy atacan al pueblo español fueron los que ayer persiguieron a los que en la isla luchaban por su emancipación, en contra de espuelas y de tizonas; cuando han llegado a convenirse los intelectuales, y los obreros, y las clases medias, y todos los elementos productores, de que se libra en España una batalla decisiva entre explotadores y explotados, Cuba ha sabido demostrar, lo viene demostrando, que está con el pueblo español, que está contra los sarracenos, que está contra Hitler, que está contra Mussolini, que está, en una palabra, con Maceo y con Martí.

Yo he sentido una profunda emoción al saber que en ninguna época de la historia de Cuba ha podido reunirse una muchedumbre tan grande, tan entusiasta, tan española siendo cubana, como la que llenó el enorme estadio de La Polar con capacidad para cincuenta mil personas.

¡Y las calles vecinas eran un torrente humano que ya no podía entrar! ¡Y el tránsito tuvo que suspenderse para que la abigarrada multitud pudiese oír, por medio de altoparlantes, la voz autorizada de Marcelino Domingo!

* * *

A juzgar por lo que observo en Cuba y por las manifestaciones en favor de España de las colonias hispanoamericanas de Nueva York, puede afirmarse que el mismo fenómeno de la Habana se está operando de México a la Patagonia.

¡No en balde tuvimos un Bolívar, un Sucre, un Hidalgo, un Morelos, un Martí!

Sus manes ayudan hoy al pueblo de España y orientan a los pueblos de Hispano América, porque su lucha y la de hoy son una misma cosa. Quienes estuvieron en su contra, quienes les ultrajaron y les calumniaron, son los reaccionarios que hoy difaman a España y difaman a los hispanoamericanos que combatimos el militarismo, el despotismo y la barbarie.

A nosotros nos llaman "rojos". A ellos les dijeron masones y ateos. Obispos y sacerdotes condenaron a Morelos, excomulgaron a Bolívar, maldijeron a Juárez y a Montalvo, denigraron a Martí. Obispos y sacerdotes bendicen en América a los aliados del imperialismo, a los Juan Vicente Gómez, los Leguía, los Sánchez Cerro, los Chamorro, los Machado, los Ubico, los Somoza.

La historia, pues, se repite. Pero a los pueblos ya no se les engaña. Cuba me da la impresión exacta de que en Hispano América se siente y se ama a España como no se la pudo sentir ni se la pudo amar durante tres largos siglos de colonia, bajo un régimen que a los españoles de la península también los asfixiaba.

¡Régimen brutal de encomenderos! ¡Régimen de siniestros espadones que después de ultrajar durante trescientos años a los pueblos de América, se han lanzado ahora a la invasión y a la matanza de su propio pueblo!

La Habana, 29 de septiembre de 1937.

CON RAZON INGLATERRA LE TEME AL "COMUNISMO"

La posesión inglesa de Jamaica, este puerto de Kingston en el que ha hecho escala el barco que de Cuba me lleva a Panamá, podría servir para explicar la actitud de la Gran Bretaña frente a los ataques de las potencias fascistas al sistema democrático, al sistema de dignificación humana que Hitler y Mussolini han dado en llamar comunismo.

Parecerá incomprensible al lector superficial la afirmación que acabo de hacer. Es, sin embargo, rigurosamente lógica, sin necesidad de traer a colación, para comprobarla, ninguna filosofía, ninguna doctrina de carácter social. Basta con una observación realista de estas pobres colonias inglesas en mares de América, para que el sentido común abra los ojos de aquellos que quieran saber lo que ocurre en el mundo; de aquellos que traten de averiguar

a qué se deben los temores del señorito Eden y las maniobras cínicas del viejo Chamberlain.

En mi primer viaje a la Península Ibérica visité de paso la capital de Trinidad, Port of Spain; y horas después el puerto principal de la isla de Barbados. Sufrí entonces la misma impresión que ahora he sentido en la ciudad más importante de Jamaica. Impresión de que los súbditos, los desnutridos súbditos negros de Su Majestad Británica, son hoy más esclavos que lo fueron sus antepasados en las selvas del Africa.

Leí en el *Trinidad Guardian* (26 de septiembre de 1936) lo relativo a jornales de los trabajadores: ¡para Port of Spain, \$3.13 a la semana; para labores en el campo, \$2.57; y 2.37, a veces menos por semana, en Tobago!

Si no fuesen números de la Junta Consultora de Salarios, entidad oficial, no hubiera yo creído en ellos.

Harapos como consecuencia de tanta explotación y de tanta miseria. Manos que se extienden pidiendo al pasajero una limosna. Infortunadas muchachas jóvenes que ofrecen bailar desnudas el "Cuchi-Cuchi" y el "Can-Can". Hombres y mujeres que desde pequeñas lanchas se echan al agua poblada de tiburones, para recoger unos centavos con peligro de su vida.

* * *

Cuando llega uno a estas colonias inglesas; y habla con los nativos; y los ve sudar mientras trabajan largas horas en las carreteras, bajo el fuego del trópico; y comprueba la exactitud de aquellas cifras de la Junta de Salarios, la impresión es profundamente desoladora por lo que tiene de cruel y de inhumana la forma en que la llamada civilización occidental abusa de estas grandes masas de seres indefensos.

Pero se les habla de Su Majestad Británica; de lo que para ellos significa el estar "defendidos" por la bandera de un enorme imperio; de las maravillas de Londres y del poderío de la Corona Imperial, cuyo símbolo materializado "es un rey poderoso y justiciero", aunque no sea de su mismo color ni de su misma raza.

Vi en Barbados un monumento en memoria del soldado desconocido de esa isla. Es decir, en memoria de los humildes esclavos negros que pelearon en Europa, de 1914 a 1918, "por la democracia y por la libertad del mundo". Y acá, en Kingston, acabo de leer la inscripción de otro monumento que dice textualmente: "A Victoria, Reina de Inglaterra, Emperatriz de la India y Señora Suprema de Jamaica".

Como la Reina Victoria son también señores supremos de Jamaica, de Barbados, de Trinidad, de todas las colonias inglesas

en el Asia, en Africa y en América, los grandes lores blancos, dueños de la tierra, dueños del petróleo, dueños de las fábricas, de las refinerías, de los clubs y de los palacios de esos territorios coloniales, en donde los obreros sin trabajo, con salarios de hambre cuando lo tienen, en la miseria, pues, exponen su vida lanzándose al mar en busca de una moneda, y en donde mujeres de menor edad ofrecen al viajero "anything you want for half a dollar".

* * *

Me parece que ya estarán conmigo los lectores en lo que al principio dije con relación a España y al temor de Inglaterra por cualquier doctrina que pueda perjudicar los intereses antihumanos y antihistóricos de sus castas privilegiadas.

La propaganda de Berlín y de Roma habla estrepitosamente del "comunismo" español.

Inglaterra, la Inglaterra plutocrática, la Inglaterra de sir Anthony Eden, la Inglaterra del fascista Chamberlain, la Inglaterra de los lores, la Inglaterra de la Royal Dutch, le teme más al "comunismo" —no importa que esto que se llama comunismo sólo sea en realidad la democracia— que a unos generales apoyados por otros plutócratas y por otras fuerzas reaccionarias, afines de las inglesas, como las que apoyan a Franco contra la tesis humana que defiende con su sangre vigorosa el pueblo español.

Kingston, Jamaica, 5 de octubre de 1937.

NO PUEDEN LOS FASCISTAS ENGAÑAR AL PUEBLO PANAMEÑO

Ya estoy en Panamá. Otra vez en Panamá. Y puedo comprobar lo que acerca de este pueblo, de la inquietud de sus intelectuales, de la clara visión de los panameños de vanguardia, he creído justo escribir en varias ocasiones.

Claro que los reaccionarios, los aprovechados que sueñan con el fascio —también en nuestros débiles países hay quienes hablan de nacionalismo totalitario— hacen su labor en defensa de las dictaduras. Pretenden hacerla, en todo caso, abusando del cerebro virgen de los alumnos en algunas casas de enseñanza.

He sabido de un señor profesor universitario, quien sostiene la teoría de que el origen de la crisis mundial se debe a las ocho horas de trabajo. Asegura a sus alumnos que la situación mejorará cuando no tengan los obreros tantas horas disponibles para el ocio y para el vicio. Pero, sobre todo, cuando merced al aumento de horas laborables no les quede tiempo para "actividades subversivas".

Otro catedrático, sin que sus jóvenes alumnos puedan estar preparados para rebatirlo, niega rotundamente la causalidad eco-

nómica del derrumbamiento social. Niega, en términos más claros, la crisis del régimen capitalista y pregona la imperiosa necesidad de continuarlo.

También se sabe por ahí de cierta profesora de habla inglesa, en cuyo libro de texto para enseñar su idioma se afirma que los trabajadores rusos constituyen una enorme masa humana escarncida y explotada. Y de otro educador que todo lo confía a la acción libertadora del catolicismo, "única fuerza racional en la que tendrán que apoyarse los obreros para que no haya lucha de clases".

* * *

Pero esta propaganda fascista que bajo cuerda hacen algunos profesores, casi siempre extranjeros, no tiene influencia alguna en la calle. Y no la tiene, no puede tenerla, porque los panameños —y ellos mejor que ningún otro pueblo de la tierra— están constatando en su propia entraña lo que significa una organización socialista de la propiedad, no obstante que sólo favorece a los empleados de la Zona del Canal.

Efectivamente, la Zona del Canal vive un socialismo de Estado. Allí nadie es propietario de la tierra, ni de los jardines, ni de los teatros, ni de los almacenes de víveres, ni de los clubs, ni de los hospitales, ni de negocio alguno, ni de las casas de habitación, ni siquiera de los muebles. Todo es propiedad del Gobierno norteamericano. Todo está controlado por el Gobierno norteamericano. Todo, entonces, pertenece al Estado norteamericano. Será un socialismo suigéneris, en provecho de un grupo reducido de trabajadores manuales e intelectuales; pero es, dígame lo que se quiera, una forma de socialismo estatal perfectamente definido.

Y los panameños, realistas por fuerza frente a la realidad, porque la están viendo, porque la están palpando, saben que los trabajadores de la Zona del Canal son sin duda menos infelices que aquellos cuya labor, cuya ruda faena diaria, no está protegida como la de sus compañeros bajo el amparo y con las ventajas del socialismo estatal antes referido. Y comprenden, además, porque saben de la crisis y de la desocupación en el propio territorio de los Estados Unidos, que los trabajadores de esta zona norteamericana de Panamá son menos infortunados que los de Buffalo, Nueva York, Pittsburg o Chicago.

* * *

En Panamá, por consiguiente, no cabe el engaño. Acaso tampoco quepa, ante la crisis agudísima que sacude a todas las naciones, la discusión de ideologías. Es tan elocuente lo que ocurre en España y en la China; lo que sucedió en Manchuria y poco después

en Etiopía; lo que ejecutan con la fuerza de sus cañones y con el bombardeo de ciudades indefensas los países enemigos de la democracia y del derecho, los países guerreros, los países agresores, que en esta nación, abierta al progreso y a la cultura por su propia situación geográfica, no podría haber otra cosa que lo que hay: objetividad intelectual, visión exacta de la vida y de sus realidades, marcha incontenible hacia adelante.

Cuando estalló el movimiento afro-militar-vaticanista en España, aquí se organizaron los primeros comités en defensa de la República Española. Aquí, panameños y españoles leales unidos, editaron periódicos, dieron conferencias por radio, llevaron a cabo grandes sacrificios personales, en lo económico, para suplir los gastos que demandaba tan generosa campaña. ¡Y el movimiento en apoyo de la democracia, en apoyo de la libertad del pueblo español, que es libertad de Hispano América, continúa con el mismo fervor con que fué iniciado en 1936!

Naturalmente que el sentimiento popular ha tenido que repercutir en las esferas oficiales. El Gobierno de Panamá, sin que deba yo ahondar en las causas o razones que lo hayan impelido a defender la causa democrática, es lo cierto que no ha reconocido a Franco; que su negativa al Uruguay para ese reconocimiento fué rotunda; que entregó la Legación de España, ocupada por reaccionarios infieles, a la representación legítima de Valencia; y que la Asamblea Nacional, cuando ningún país del mundo con excepción de México respeta el Derecho de Gentes, votó por inmensa mayoría una resolución de protesta contra el cuartelazo de los militares, convertido hoy en guerra de invasión del territorio hispano.

Estos hechos deben llenarnos de satisfacción a los hispano-americanos conscientes; a los que sabemos lo que significa imperialismo; a los que advertimos claramente lo que quiere decir fascismo, o nacionalismo totalitario, en su aspecto de conquista y de barbarie.

Panamá, 9 de octubre de 1937.

DISCURSO ANTIFASCISTA DEL PRESIDENTE ROOSEVELT

El sensacional discurso del Presidente Roosevelt, pronunciado en la ciudad de Chicago hace seis días, es de trascendencia indiscutible para las naciones hispanoamericanas. Constituye una llamada de atención a nuestros pueblos y a nuestros gobiernos, sobre todo cuando asegura que "si el diluvio viene a todos nos arrasará".

Por primera vez en la historia de las relaciones interamericanas nos está sirviendo la voz de la Casa Blanca a los enemigos del imperialismo; a los que impugnamos el empleo de la fuerza bruta

y comprendemos que a las naciones débiles sólo el derecho las podrá salvar; por primera vez, decía, la actitud de Washington nos está sirviendo para reforzar nuestra campaña en favor de los principios humanos. En favor, concretando, de una sana ideología democrática, de las aspiraciones legítimas de dignificación y de mejoramiento colectivos, que no son en el fondo sino dignificación y mejoramiento individuales.

Las palabras del Presidente Roosevelt habrán puesto pensativos a los "hombres fuertes" que vienen dominando y humillando a la democracia en quince oprimidas repúblicas hispanoamericanas. Cuando todos ellos han coqueteado con las espuelas y con las tizanas de España; cuando su deseo habría sido reconocer beligerancia al cabecilla Franco; cuando han hecho demostraciones constantes de fuerza para evitar que en sus países se conozca la verdad de España, y la verdad de China, y la verdad de Manchuria y de Abisinia, el Presidente Roosevelt lanza su reto al Japón, a Italia y Alemania, Estados agresores, Estados bélicos, Estados que amenazan con provocar una nueva carnicería mundial.

* * *

Que el fascismo y el nazismo son enemigos de la paz no es afirmación de los que combatimos la barbarie. Hitler y Mussolini lo proclaman con aire marcial en todos sus discursos y en todos sus periódicos. Y el Mikado y sus ministros, parcos en palabras, demuestran con sus hechos, con sus invasiones del territorio chino, con su afán de destrucción y de matanza, que la guerra es lo único que cuenta en la organización imperialista del régimen de Tokio. Si alguna duda hubiere sobre ello, a pesar de la realidad que conmueve al mundo, parece oportuno reproducir estas frases de Mussolini en su exposición de lo que él llama doctrina fascista:

"Primero que todo, en relación con el desarrollo futuro de la humanidad, el fascismo, generalmente hablando, no cree en la posibilidad ni en la utilidad de una paz perpetua. Únicamente la guerra cohesiona y vitaliza todas las energías humanas hasta su máxima tensión, y pone un sello de nobleza en aquellos pueblos que han tenido el valor de comprenderlo así. Todos los demás experimentos son substitutos que jamás colocan al hombre cara a cara consigo mismo ante la alternativa de la vida o de la muerte. Por lo tanto, aquellas doctrinas que postulan la paz a todo trance son incompatibles con el fascismo".

* * *

Parece increíble que hispanoamericanos, los hombres de gobierno que habrían de comprender el peligro que corren sus pueblos

inermes, puedan enfilarse con "ideologías" en tal forma monstruosas. Parece increíble, sí, pero bien sabemos todos que esos hispanoamericanos boquiabiertos ante Hitler, Mussolini y el Mikado, no representan el modo de pensar o el modo de sentir de los hombres conscientes ni de las grandes mayorías subconscientes de la América española.

Las palabras de Roosevelt llegan a tiempo. Ni siquiera podrán estas pequeñas eminencias y estos pequeños gobernantes hispanoamericanos seguir hablando de "comunismo". Bien sabe ahora el mundo —y Roosevelt lo dice con meridiana claridad— que el comunismo es un pretexto, un fantasma desacreditado. El fascismo, en cambio, es algo real, es la barbarie, es el triunfo de la fuerza y el fracaso de la cultura y el hundimiento de la democracia en los cinco continentes.

Panamá, 11 de octubre de 1937.

EL DIA DE LA RAZA EN COSTA RICA

Centro América, la Centro América oficial, a merced de generales que sólo viajan en automóviles blindados, no podía asumir otra actitud que la que ha causado tanta hilaridad en relación con Franco: reconocerlo como gobernante legítimo de España, según han hecho Nicaragua, El Salvador y Guatemala; y extasiarse los otros dos presidentes con el brillo de los sables españoles, dando por cierto que don Tiburcio Carías, divisionario, doctor e ingeniero, el "hombre fuerte" que manda en Honduras, haya podido enterarse de que algo sucede al sur de los Pirineos.

Hilaridad —es necesario repetirlo— ha causado en el exterior la actitud de Centro América, al extremo de que algunos diarios europeos hicieran sangrienta mofa de nuestras flamantes cancillerías, asegurando que Hitler y Mussolini, ante la decisión de Ubico, de Somoza y de Martínez, no tuvieron más remedio que apresurarse y entrar también en relaciones con los traidores militares de Burgos.

Costa Rica, república de licenciados, pudo haber sido una excepción. Mas he aquí que ahora la gobiernan hombres de tan claro entendimiento, de juicio tan sereno y tan equilibrado, que una de sus mayores preocupaciones es la de "evitar, a todo trance, que la democracia se corrompa con literatura subversiva".

Para el señor Ministro de Gobernación, Policía y demás Carteras Anexas, hermano por afinidad del Presidente de la República, ¡esa clase de literatura resulta tan perniciosa que ha provocado la guerra civil en España! No sé si el ilustrado deudo presidencial costarricense quiso decirme que el cuartelazo de los militares con el apoyo de terratenientes, aristócratas, moros y obispos se debe a las

bibliotecas que tenían, sin duda, los muy estudiosos caballeros de la caverna española.

* * *

Prefiero quedarme con la duda para volver a que Costa Rica, ínsula de licenciados, pudo haber sido una excepción. Pero aparte del claro entendimiento de los hombres que la gobiernan, hay otro factor en lo que se relaciona con la opinión pública de mi país, de suyo indiferente para todo aquello que no signifique medro inmediato, como lógica consecuencia del desequilibrio económico que están padeciendo las grandes mayorías desheredadas. Y ese factor es el de la desorientación que ha habido en el caso de España, como resultado del antipatriotismo de buena parte de la colonia plutocrática española y de los diplomáticos reaccionarios españoles, que tanto habían servido al Rey como aceptaban sueldo de la República para caer en traicionarla.

Bueno es que tomen nota de ello en la península los españoles leales, los que luchan por la independencia de su patria, los que se enfrentan a la invasión extranjera, para que sepan hasta dónde llega la responsabilidad de sus compatriotas de origen: los que salieron de España en busca de pesetas y lograron amasar fortuna detrás de un mostrador, tirando después las alpargatas; y los condecorados señores de la vieja diplomacia, a quienes el Gobierno republicano mantuvo en sus posiciones al caer la Monarquía.

Del proceder de estos últimos en Costa Rica bastará con referir tres casos concretos. A María Teresa León y a Rafael Alberti se les prohibió entrar en el país. Era entonces Ministro de España el Excelentísimo y Reverendísimo señor don Luis Quer y Boule, más dado a disparar condecoraciones y a mantener su amistad con dominicos y capuchinos que al servicio de su pueblo. Pues bien, el citado Quer y Boule pidió al Gobierno de Costa Rica, en su carácter de Ministro de España —¡Ministro de la República del Frente Popular!— que prohibiese la visita de los Alberti por tratarse de “dos peligrosos comunistas”.

Meses después quiso venir a San José el poeta León Felipe, quien estaba dando un curso de literatura castellana en la Universidad Nacional de Panamá. El nuevo Ministro de España, también del Frente Popular — queda suprimido lo de Excelentísimo— Gonzalo de Ojeda y Brooke, informó al Gobierno de Costa Rica sobre “las actividades rojas” de León Felipe, para que tampoco se le dejara ingresar en el país. Ojeda es ahora el representante de los facciosos, moral y económicamente auxiliado por españoles con ahorros.

Y cuando Álvarez del Vayo decidió que en misión especial viniese desde México el Embajador republicano Gordón Ordás, Oje-

da y la colonia francocapitalista española pudieron conseguir, sin la menor dificultad naturalmente, que Relaciones Exteriores declarase non grato al citado Embajador de "los peligrosos izquierdistas" de Valencia.

* * *

Solamente por "aristocratismo", o por ignorancia de lo que sucede en España, o porque crean que en realidad corren peligro sus pesetas con la victoria "comunista"; solamente así podría explicarse la conducta antiespañola de gran número de peninsulares enriquecidos en América. ¡Explicarse pero no excusarse, porque ni los chinos proceden como ellos al ver su tierra invadida por el Japón, ni los abisinios aceptaron y menos festejaron la desintegración de su patria por las fuerzas imperialistas de Mussolini!

Mas sea la explicación ésta o aquélla, lo cierto y lo palpable es el daño que a su propio pueblo han hecho numerosos españoles de pesetas en este hemisferio, y la mayor parte de los ministros y de los cónsules que, siendo monárquicos, portaban insignia republicana. Y así, en Costa Rica, los tenemos como al sur y como al norte organizando tómbolas; contribuyendo para pagar la campaña de descrédito que se hace contra los más altos valores de España; cebándose en los costarricenses que combaten la ignominia; al servicio, pues, de la traición y de la criminal matanza que hacen desde el aire los pilotos extranjeros.

¡Horror a todo lo que parezca izquierdismo! ¡Falange Española, acá en San José, con uniformes y con banderas! ¡Sacerdotes a quienes legalmente están cerradas las puertas del territorio nacional, por ser miembros de congregaciones eclesiásticas; sacerdotes españoles de hábito blanco, con la mano levantada por encima de la cabeza, al estilo de los guerreros italianos, alemanes y japoneses cuya única ley es la fuerza, la destrucción y la barbarie!

* * *

Se explica entonces que el día de la raza, el 12 de octubre de 1937, no sirviera para cantar las proezas de la España inmortal y heroica, sino las de Franco, Moscardó, Varela, Mola, Von Faupel, Bergonzoli, Badoglio, Hitler, Mussolini, italianos, alemanes, marroquíes y legionarios con largo entrenamiento en el asesinato, en el saqueo y en el robo.

¿Esa es la raza? Pena me ha dado leer las ediciones dedicadas por los diarios más importantes de la capital a una fecha de tanta significación. Y he pensado, entonces, que ya no es posible hablar de raza en el sentido material, en el sentido de huesos, y de músculos, y de sangre, cuando todo eso que se pudre y queda conver-

tido en polvo forma también la caparazón de vendepatrias y de traidores en España y en América.

No. El 12 de octubre ha de tener en adelante una nueva significación. La raza no es lo que va a la tumba sino la luz que ilumina al que vive o muere por una noble causa. Indio fué Juárez y mulato Maceo y no fué Morelos de pura sangre ibérica. Pero ellos son la raza, nuestra raza, no importa la calidad del pelo ni el color de la piel.

Y son también la raza, nuestra raza, los chinos heroicos que defienden a su patria de la invasión nipona; y los italianos de la Columna Garibaldi, que luchan en España contra el fascismo; y los alemanes antinazis; y los hombres de las brigadas internacionales; y Washington luchando por la independencia; y Lincoln aboliendo la esclavitud aun contra la voluntad de esclavos inconscientes.

* * *

El pueblo de Costa Rica, sin embargo, los trabajadores a quienes no es posible ocultar la verdad que ellos presienten, a pesar de la propaganda fascista, están demostrando en la forma en que pueden hacerlo su simpatía por la causa legítima de España, como en Estados Unidos, en Cuba, en Panamá, en México, en la Argentina, en todo el continente americano, de norte a sur y de oriente a occidente.

Han enviado cien quintales de café a la Junta Delegada de Defensa de Madrid. Con apoyo de los españoles lealmente republicanos, trabajando horas extra durante la noche, han fabricado y remitido una gran partida de zapatos para los hombres que en las trincheras españolas defienden la libertad y la democracia de todos los pueblos de la tierra. Y han reunido los fondos necesarios, de centavo en centavo, para cincelar una medalla simbólica que llevaré yo mismo al General Miaja.

¡El sudor de los humildes trabajadores de mi patria, convertido en oro, para condecorar al gran soldado que detuvo en Madrid el empuje brutal de la invasión!

Esto salva el decoro de Costa Rica. ¡Esta cooperación emocionante de los que no tienen más que su fuerza de trabajo para subsistir! Y demuestra todo ello, además, que los hispanoamericanos tienen mayores títulos y mayor derecho de llamarse españoles, cuando defienden a España, que los "gachupines" aristocratizados. ¡Los que vinieron de la península y hoy se vuelven contra ella, porque calzan zapatos de charol, sumándose a los militares facciosos y a los ejércitos extranjeros que la invaden y la destrozan!

San José, Costa Rica 15 de octubre de 1937.

SU SANTIDAD APOYA AL JAPON

Cablegramas fechados el 14 de octubre de 1937 en la Ciudad del Vaticano, en la Ciudad Eterna, informan que Su Santidad no se opone a la campaña de exterminio que los japoneses están llevando a cabo en el territorio invadido de la China. Basa su política Pío XI en la actitud que el Papado asume contra el comunismo en cualquier parte del mundo. Y por considerar que China es región expuesta al movimiento "rojo", el Santo Padre ha dado instrucciones a los obispos y misioneros del Lejano Oriente para que "sean imparciales" ante la acción japonesa, no sin advertirles que asistan a los moribundos de ambos lados, de modo que no pierdan además de la vida, la oportunidad de llegar al cielo.

La noticia de que el Vaticano está con el Japón ha provocado comentarios tan poco favorables, que algunas horas después de publicada fué desmentida por la Santa Sede, explicando que todavía no ha adoptado ninguna política en el conflicto chino-japonés. El Cardenal Biondi, sin embargo, aprovecha la ocasión para repetir de nuevo que el Jefe de la Iglesia seguirá manteniendo su lucha contra la doctrina comunista.

* * *

Como Hitler, el anticatólico de la nueva religión aria; como el Mikado, de quien no se sabe que haya recibido las aguas que borran el desliz original; como Mussolini, de cuyo cristiano amor al prójimo no se tienen noticias halagadoras, Pío XI ratifica su apoyo a toda destrucción y a toda matanza con etiqueta "blanca". ¡Lo mismo que en el caso de Abisinia, en el caso de Nicaragua con los marinos protestantes del Presidente Coolidge, en el caso de España con los mahometanos y con los invasores que han sacrificado a miles de católicos fervorosos del territorio vasco!

Tarde o temprano quedará confirmada la noticia que hoy desmiente la Santa Sede sobre su decidido apoyo al Japón. Cierta o no en la forma cruda en que se la ha dado a la publicidad, puede desde luego asegurarse que Pío XI no defenderá a los chinos invadidos, como no defendió a los abisinios, ni defiende a España, ni a pueblo alguno ultrajado por las invasiones de la fuerza bruta.

Lamentará, a lo sumo, el sacrificio de civiles en los bombardeos aéreos de ciudades abiertas, que no son objetivos militares. Pero no sin agregar, a manera de excusa para sus amadísimos hijos, los militares traidores de España, que en Madrid y en Barcelona han muerto también, "a manos de los rojos", sacerdotes y obispos inocentes. ¡Mansas palomas que ningún daño estaban haciendo con

unirse a la invasión y tener armas y dinamita en sus conventos!

* * *

En América, sin dejar de ser católicos quienes tengan conciencia de la actitud pontifical, razón habría para considerar que Su Santidad ha sido, además, enemigo declarado de los pueblos hispanoamericanos. ¡Errores por mala información, acaso, pero errores fundamentales que tienen que provocar hondo disgusto a los que aman a su patria y conserven dignidad de ciudadanos!

¡Benditos y con millares de indulgencias, Comendadores de la Orden Piana o Caballeros del Santo Sepulcro, Juan Vicente Gómez, Augusto B. Leguía, Emiliano Chamorro, Machado, Sánchez Cerro, los más grandes tiranos y los más grandes traidores de nuestras victimadas repúblicas!, como en artículo anterior creo haberlo dicho.

Bastó, para bendecirlos y condecorarlos, para asegurarles la gloria eterna a ellos, a sus familiares, a paniaguados y amigos, que se declarasen anticomunistas. Bastó, en otras palabras, que enarbolaran la enseña grata a Su Santidad, para que se les absolviera de todas sus traiciones, de todos sus crímenes, de todos sus robos, de todo lo que habría de ser ignominioso para el representante de Cristo sobre la tierra. ¡Lo mismo que en América sucede en España!

Con razón ha dicho un virtuoso sacerdote español que si el pueblo de Madrid y el de Barcelona han destruído algunas iglesias, convertidas en fortalezas, el clero, en cambio; es decir, el Vaticano, está destruyendo la Iglesia, que no es por cierto la del Crucificado.

22 de octubre de 1937.

LOS DIPLOMATICOS DE LA LIGA NO SON HISPANO AMERICA

Un hondo sentimiento de disgusto ha de haber causado en España la noticia increíble, desconcertante, de que no se la pudo reelegir como miembro del Consejo de la Sociedad de las Naciones por el voto adverso de los delegados hispanoamericanos en dicha entidad ginebrina. Pero si en España el sentimiento ha sido de disgusto, de pena natural y explicable, en nuestros países lo ha sido de indignación y de protesta por la actitud inconcebible de los criollos diplomáticos "de la raza", que tan lamentable papel fueron a representar en el palacio de la Liga.

Informaciones de periódicos franceses, sintetizadas por *Nuestra España*, indican claramente hasta dónde vino a desmerecer la actuación al respecto de algunos gobiernos de nuestra América, integrados en su mayoría por testaferreros del imperialismo, por machetes o por encomenderos, más o menos semejantes a los de la

Colonia, peninsulares los de entonces, con mezcla de sangre los nativos de ahora. Algunas de aquellas informaciones dicen textualmente:

“Los principales responsables de la derrota de España en la elección de la Liga son los delegados hispanoamericanos. Salvo México, Colombia, Haití, y creemos que también la República Dominicana, todos los demás se abstuvieron de votar o votaron contra España”. (*Le Populaire*, septiembre 21 de 1937.)

“Antes de llegar a Ginebra el Duque de Alba, representante oficioso de Franco, los hispanoamericanos pensaban que se votaría por un país y no por el gobierno de un país. El Duque de Alba, por lo visto, les persuadió de lo contrario”. (*L'Oeuvre*, septiembre 21 de 1937.)

Pero hay algo más grave que impresionará profundamente a los naturales honestos de estas repúblicas; es decir, a los hispanoamericanos no renegados; a los españoles, por biología y por espíritu, de este lado del Atlántico. No quiero poner nada de mi parte: basta con reproducir dos frases escuetas entresacadas de una publicación hecha por la “Agence Epagne”, el 20 de septiembre próximo pasado. He aquí esas frases:

“Es necesario decir, por otra parte, que los delegados de Hispano América, particularmente los de Chile, Perú, Cuba y Bolivia, trataron de hacer del problema de la reelección de España al Consejo de la Liga un instrumento de chantaje en relación con las negociaciones pendientes sobre los refugiados.

“El doctor Negrín contestó al representante de Chile que España, como siempre, está dispuesta a tratar con el mayor espíritu de justicia el asunto de los refugiados en los edificios diplomáticos, pero que no era admisible se tratase de involucrarlo de ningún modo con el derecho de España a formar parte del Comité”.

* * *

En su discurso al Parlamento, al reabrirse normalmente las Cortes en Valencia, el 1º de octubre de este mismo año, ratificó las palabras anteriores el doctor Negrín de la siguiente manera:

“Esos refugiados constituyen un verdadero ejército de enemigos de España en nuestra retaguardia. Para acomodarlos se ha extendido el derecho de extraterritorialidad a edificios ajenos a las Embajadas, a veces a manzanas enteras. La magnitud del abuso lo demuestra la cifra de refugiados que llega en Madrid a veinte mil personas. Para sacar del apuro en que se habían metido a las representaciones extranjeras que albergan a estos refugiados, se entró en negociaciones. El Gobierno autorizó la evacuación de mujeres y de niños. En algunos casos salieron íntegramente todos los re-

fugiados. Se falseó el pacto, y los que fueron evacuados al extranjero marcharon luego a terreno faccioso, donde incluso desempeñaban cargos de responsabilidad”.

A continuación agrega el doctor Negrín que por ese motivo fué necesario reconsiderar el problema; y se refiere concretamente a la coacción de que se pretendió hacer objeto al Gobierno de España en las reuniones de Ginebra. Afirma sobre el particular rotundamente:

“La gestión la subrayaban especialmente los delegados de Cuba, Bolivia, Chile y el Perú. Se aspiraba, entre otras cosas, a que los facciosos refugiados en la Embajada de Cuba, por actos de hostilidad al régimen, por espionaje, fueron procesados únicamente con el asenso del señor Embajador peruano. En nuestra respuesta se dijo que la evacuación sólo se haría de acuerdo con los intereses del Estado y de acuerdo con nuestras propias leyes”.

* * *

A cualquier hispanoamericano con un poco siquiera de dignidad tienen estas cosas que encenderle la cara. Sobre todo a los que hemos visto y hemos vivido la tragedia española, y a los que podemos darnos cuenta cabal de la paciente generosidad del Gobierno legítimo de España, tan calumniado y difamado por los propagandistas de Hitler, de Mussolini y de sus testaferros españoles uniformados.

Sí, bochorno en el sentido de vergüenza tiene uno que sentir con procedimientos en tal forma indecorosos que apenas en gentes descastadas podrían imaginarse. Porque esto de los refugiados es algo que no tiene nombre. Cuando en Madrid, en Barcelona o en Valencia se sabe de espionaje; cuando se da con un nido de fascistas de la quinta columna; cuando se descubren antirrepublicanos “totalitarios” guarecidos en lujosos pisos, puede darse por seguro que en sus manejos anda complicada la turbia diplomacia de embajadores, de ministros, de cónsules o de vicecónsules hispanoamericanos.

No representan, por supuesto, estos señoritingos o señoritonos a ningún pueblo de la América Española, sino a las caricaturas desmembradas de Hitler y de Mussolini que por acá venimos padeciendo. Mas se arrojan, por desgracia, sentimiento hispanoamericano, cuando a la vista salta que lo es antidemocrático, que lo es antiespañol. Y ello a veces por execrable negocio: para hacer pesetas a cambio de extraterritorialidad.

¡Hacer pesetas! Y hacerlas como sea, incluso tomando pisos y apartamentos vecinos, de modo que puedan caber los fascistas emboscados a trueque de substanciosas sumas. Así tienen asegurada

para lo futuro la supervivencia del “espiritualismo” diplomático que suelen oponer, hecho espuma, al vulgar materialismo de los que han justicia de pan y no de alcohol.

* * *

Cae de su peso que si hubiesen tomado Madrid los espadones, protección diplomática, extraterritorialidad, no las hubiera habido para los defensores izquierdistas de la democracia. Se les habría llamado “chusma roja”, porque nuestros ilustres embajadores con cuello de punta vuelta no soportan, no pueden soportar ningún color subido. No quieren nada con gentes que en sus propios países, en las repúblicas de esos aprovechados y estirados diplomáticos, estarían contra la opresión y la ignominia de los Justo, los Terra, los Alessandri, los Benavides, los Ubico y demás “civilizadores occidentales” de Hispano América.

Todo —dicen suspirando nuestros amables diplomáticos—, todo para las bellas y ataviadas aristócratas, para los cavernarios, para los inquisidores, para los señoritingos engendrados por los señoritongos. No importa que ahora sean “pacos” o pistoleros. ¡Hay que protegerlos! Aunque bien es cierto que a trueque de sumas substanciosas, para que puedan entrar los pobrecitos en el pensionado que cobijan banderas y escudos “de la raza”.

¡Y cuando el Gobierno único de España, el terrible Gobierno “rojo” que ha guardado tantas consideraciones a ministros y secretarios tenía derecho a esperar que por lo menos no se le ultrajase, se convierte en vil coacción, en chantage escandaloso y vergonzoso el miserable negocio productivo de los refugiados!

*
* *

Eso, afortunadamente, no es Hispano América.

Hispano América son los estudiantes y los obreros, las fuerzas vivas de Chile que declararon una huelga general hasta obtener que el Gobierno desautorizase a su delegado en la Sociedad de las Naciones, por haber procedido sin consultar con nadie sobre la reelección de España.

Hispano América son los cincuenta mil concurrentes a la gran asamblea de La Polar, en donde el espíritu cubano —ese espíritu habanero tan acogedor y tan cordial como el de Madrid— vibró de entusiasmo escuchando la palabra de Marcelino Domingo. Y también lo es el boicoteo ejemplar que se ha hecho en Cuba a una poderosa fábrica de cerveza, cuyos propietarios figuran como contribuyentes en favor de los invasores de España.

Hispano América son los centenares de revistas y de periódicos que en todos nuestros países están de lleno, fervorosamente, con el pueblo español en armas. Ciento cuarenta de las primeras he podido revisar en la oficina de *Liberación*, al regreso de mi segundo viaje a la península. El número de periódicos puede ser del doble. Me llegan de México, de Cuba, Chile, Puerto Rico, Filipinas, Santo Domingo, Bolivia, Colombia, Argentina, Ecuador, Panamá, Venezuela, Nicaragua, Brasil, Perú, Uruguay, Honduras, Paraguay, hasta de Guatemala.

Hispano América es la tenacísima campaña democrática que hacen los intelectuales de más alto prestigio y las numerosas y entusiastas organizaciones antifascistas, que aun en nuestras naciones hermanas más débiles y oprimidas trabajan sin descanso. Toda esta labor, en fin, que España no hubiera podido coordinar ni mantener sino a costa de un complicado mecanismo burocrático y de las consiguientes erogaciones extraordinarias, para hacerlo funcionar en la forma eficaz en que funciona.

¡Compañeros y amigos de España! Eso es Hispano América. No lo otro. No la actitud de los diplomáticos que se sientan con la camisa engomada en la Sociedad de las Naciones. Hispano América son veinte pueblos que se defienden a sí mismos apoyando a España.

29 de octubre de 1937.

MEDITACIONES DEL DIA DEL ARMISTICIO

Once de noviembre de 1937. Día del Armisticio.

Un minuto de silencio por la paz de las potencias y de las que no lo son.

Visitas en las grandes capitales a la tumba del soldado desconocido.

Editoriales y artículos conmovedoramente pacifistas, aun en aquellos periódicos que están con Mussolini, con Hitler y el Mikado.

Que están, en otras palabras, con el crimen, con la matanza, con la invasión brutal de territorios y de pueblos cuyo delito de defender a la patria lo pagan con la vida, arrancada de cuajo en las ciudades abiertas, las mujeres y los niños que no pueden ni saben enfrentarse a un enemigo despiadado que con saña feroz los persigue y asesina.

¡Paz! Pero junto a la falsa palabrería del mundo que se suele llamar civilizado, relaciones pavorosas de masacres no soñadas siquiera por Atila. ¡Escombros! ¡Seres humanos despedazados por la metralla! ¡Gritos desgarradores de desesperación y de protesta!

Dice un cablegrama: "Tokio, noviembre 11.—Mientras el Occidente celebra el día del armisticio, fecha de la paz en Europa, Japón

reflexiona si será oportuno o inconveniente hacer una declaración formal de guerra a China, para no prescindir de esta vieja fórmula al castigarla como merece”.

Acaso entiendan los Estados fascistas que la paz no se perturba sino cuando la guerra se declara. ¡El Japón reflexiona si será oportuno declararle la guerra a China! Mas en la misma fecha se anuncia la caída de Shanghai en poder de los japoneses, con doscientas mil bajas de ambos lados, millares de víctimas de la población civil, un millón de habitantes chinos sin hogar. Tal es el saldo de tres meses de batalla.

Se refiere además la noticia cablegráfica al furioso bombardeo de Kuinsan y de Soochow, que correrán la misma suerte de otras ciudades anteriormente arrasadas por los aviones del Japón. Y termina el mensaje describiendo la marcha de los ejércitos imperiales sobre Nankín, las formidables explosiones de las grandes bombas aéreas, los incendios que producen y la desesperada evacuación de muchedumbres de no combatientes que tratan de salvarse.

* * *

Pocas semanas antes había transmitido la United Press el siguiente comunicado:

“Barcelona, octubre 2.—A las cuatro de la tarde de ayer sufrió esta ciudad la agresión de doce aeroplanos fascistas, repartidos en tres escuadrones. Durante una hora bombardearon a la población civil que corría por las calles, causando numerosas víctimas. Doce bombas explotaron en el Colegio de Niños durante las horas de clase. El edificio fué completamente destruído, habiendo quedado en pie sólo las murallas.

“Hasta las siete de la noche se han podido recoger los cadáveres de cuarenta y cuatro pequeños, los pocos que lograron escapar de la catástrofe y que fueron ametrallados al salir huyendo del edificio en llamas. Todavía no se conoce el número total de muertos y de heridos en otros sectores de la ciudad, pero se cree que pasan de doscientos”.

Un mes después, el 4 de noviembre, publicaron los periódicos esta otra información, enviada por los corresponsales extranjeros en España:

“Numerosos cuerpos de zapadores han trabajado febrilmente durante toda la noche en Lérida, retirando los muertos y heridos que resultaron del asalto aéreo de ayer a la mencionada ciudad. Se han encontrado doscientos ochenta cadáveres bajo las ruinas.

“Los hospitales se están llenando con nuevas víctimas del inesperado ataque de hoy, pasando ya de setecientos los heridos. En una escuela primaria que fué totalmente demolida por las bombas el resultado de las explosiones ha sido desastroso, dándose el caso de que cabezas de alumnos fueron encontradas a varios metros del edificio. Hasta el momento se han sacado de los escombros setenta cadáveres de niños y de maestros, pero se cree que en el resto del día serán extraídos muchos más.

“Miles de hombres y de mujeres tuvieron que huir al iniciarse una espantosa lluvia de bombas que los aviadores italianos y alemanes, procedentes de Zaragoza, dejaban caer sobre la ciudad indefensa, volando entonces muy bajo para lanzar su carga mortífera sobre los pobres residentes que corrían despavoridos por las calles.

“El ataque ha sido el más violento e inhumano que hayan efectuado los rebeldes en toda la guerra. Las víctimas serán sepultadas hoy, pero la ceremonia tendrá que ser muy breve por el peligro de que se reanuden los ataques”.

* * *

Lo propio que en la tierra sucede en el mar. ¡Piratería “desconocida”! Y no en aguas orientales sino de uno al otro extremo del Mediterráneo. En las costas de Argelia, en las costas de Túnez, a la entrada de los Dardanelos, frente a Barcelona, frente a Valencia, son bombardeados y hundidos barcos ingleses, españoles, franceses, daneses, rusos, griegos, de cualquier nacionalidad que mantenga relaciones con la democracia española.

Hacen el ataque submarinos, aviones o destructores cuya bandera y cuyos pilotos bien sabe el mundo que no son de la gavilla de Burgos. Nada sucede, sin embargo —afortunadamente, dirán los “pacifistas”—, porque no hay declaratoria oficial de guerra de Italia ni de Alemania contra nadie. ¡Y porque se trata de mantener la paz!

Incluso los piratas “desconocidos” se emocionan con esta palabra. Cinco días faltaban para celebrar la fecha del armisticio y ya estaban festejando tan glorioso aniversario las tres potencias fascistas. No se puede tomar en otra forma la adhesión de Italia al pacto firmado meses atrás por Tokio y por Berlín en contra del “comunismo” disociador, enemigo de la civilización y de la cultura.

Los tres países agresores hicieron la declaración conjunta de que el objeto primordial de dicho tratado tripartita es el de mantener la paz del mundo. Evitar, pues, la guerra. Así lo proclaman el Duce y el Fuehrer alemán que tienen invadida a España; el mismo Duce que invadió a Etiopía; y el Japón que se lanzó sobre Manchuria y que ahora está haciendo pedazos el territorio chino.

Pero no es posible que llegue el día del armisticio sin recordarlo jubilosamente.

Se entonan canciones de fraternidad y de concordia.

Sonríen los diplomáticos.

Suspiran, a su vez, las diplomáticas, con la copa de licor en una mano mientras se llevan a la boca el cigarrillo turco.

Acentúase la incomprensión de los romos de entendimiento.

Y el cinismo se convierte en arma poderosa para convencer a los que tienen paupérrimo el espíritu.

Infla este cinismo la bocaza de Mussolini. Mueve el conato de bigote del Fuehrer providencial. Y se tornan más oblicuos los ojos del Mikado.

* * *

Cuando ve uno estas cosas.

Cuando nos damos cuenta acá en América de lo que ocurre al otro lado del Atlántico y al otro lado del Pacífico.

Cuando nos llegan noticias de la Liga de Naciones, del Comité de Londres, la piratería del Mediterráneo, la Conferencia de Nyon y la de las Nueve Potencias.

Cuando nos enteramos de que al régimen pirata de todos conocido se le invita para que tome parte en la vigilancia de los mares infestados.

Cuando después de mucho insistir acepta por fin el dictador de Italia la reiterada invitación, y dedica cuarenta barcos de guerra —que son barcos piratas contra España— a cooperar con Inglaterra y Francia para que los submarinos italianos no continúen su obra de barbarie.

Cuando advertimos que los diarios europeos de mayor y de menor fuste están pendientes de los gestos y de las palabras de los amos totalitarios.

Cuando estudiamos en la propia realidad todo eso que es historia contemporánea de la supercivilizada Europa: cobardía de las democracias, indiferencia ante la destrucción y el crimen, preponderancia de la fuerza bruta y acatamiento a quienes la utilizan con pretexto tan débil y tan desacreditado como el del comunismo.

Cuando olfateamos, pues, a fondo, en la realidad moral y materialmente trágica de Europa, tiene uno que pensar que en este hemisferio nos hallamos todavía muy lejos de caer en la descomposición a que han llegado las grandes potencias capitalistas.

Y a los hispanoamericanos conscientes no nos queda entonces más remedio que sonreír en el día del armisticio. Aunque bien es cierto que con sonrisa inconfundible con la de diplomáticos o cíni-

cos. Y con los ojos puestos en los Getulios Vargas, criollos o mestizos, que empiezan a reventar en estas latitudes.

12 de noviembre de 1937.

ABISINIA, CHINA Y LA REPUBLICA ESPAÑOLA
SON VICTIMAS DEL TRATADO DE VERSALLES

Razón tiene Guillermo Ferrero cuando dice, al estudiar el caso actual de España, que el mundo civilizado ha caído en una barbarie absoluta, como nunca la tuvo, porque las democracias se muestran cada día menos capaces de contener la avalancha de los Estados fascistas que devastan a Europa y al Asia.

No se ha presenciado jamás, en su concepto, un escándalo de tan monstruosa magnitud y resonancia como el que hoy se observa con la invasión de España. Y agrega en un brillante artículo que los italianos y los alemanes, hechos prisioneros por el Gobierno español, deberían ser ahorcados o fusilados como si fuesen salteadores.

Basa su argumentación el ilustre escritor en que no habiendo estado legal de guerra contra España no puede haber tampoco prisioneros, sino simples bandidos a quienes el Gobierno legítimo ha tomado con las armas en la mano matando españoles, violando mujeres, destruyendo ciudades, cometiendo, por lo tanto, actos de bandidaje, que sólo se pagan con la pena de muerte.

Pareciera desprenderse de la tesis de Guillermo Ferrero que la guerra, no obstante constituir la negación del derecho, resulta más complicada, más difícil de sofrenar, más inhumana, cuando no se "legaliza". Para legalizarla tendrían que ceñirse los agresores al artículo primero de la Convención de la Haya, suscrita el 18 de octubre de 1907.

De acuerdo con ese artículo las hostilidades entre las potencias signatarias no pueden empezar sin una advertencia previa e inequívoca, que tendrá la forma de una declaración de guerra o de un ultimátum con declaración de guerra condicional.

¡Italia, Alemania y el Japón pusieron en aquel documento de 1907 sus sellos y sus firmas!

* * *

Mas en esta época, por lo visto, ningún valor tienen los tratados, ni la Liga de Ginebra, ni el Derecho Internacional. En pleno caos, en plena anarquía, en el salto atrás que vive el mundo, lo que cuenta es la actitud cada vez más agresiva de Tokio, de Roma y de Berlín. Y las naciones llamadas democráticas, al oír la ronca y audaz vocinglería "totalitaria", se cubren los ojos, levantan los

hombros y se lavan las manos para no comprometerse.

A las terribles matanzas de la población civil en China y en España; al bombardeo de puertos y de otras ciudades indefensas; al continuado ataque de barcos en aguas españolas e internacionales; a la movilización constante de fuerzas fascistas con sus cañones, aeroplanos, tanques, ametralladoras y demás equipo bélico; a todo eso que es la guerra, la guerra bárbara de conquista, las amenazadas democracias sólo han sido capaces de oponer jocosos material para festivos ingenios, si pudiese haber humorismo en mitad de la tragedia.

La voz de los agresores, entretanto, sube de tono.

Rehusan toda mediación que vaya en contra de sus designios.

No quieren nada.

No aceptan nada.

Proclaman que tienen que triunfar a todo trance.

Fracasa la Liga de las Naciones.

Asunto de mofa se vuelve el Comité de Londres.

La Conferencia de Nyon pretende dar fin a la piratería con el apoyo de los piratas.

Y la Conferencia inefable de las Nueve Potencias, reunida en Bruselas, es estrangulada por el Japón, de acuerdo con el eje nazi-fascista que, desencadenando la guerra, habla de salvar en Europa la "civilización occidental".

El Gobierno de China implora que no sigan armando las potencias al brutal invasor que ha roto la paz en el Oriente; que no se le vendan armas; que se ejerza una presión económica conjunta.

Lo mismo había pedido a la Sociedad de las Naciones.

Ni en Bruselas ni en Ginebra se escucha el clamor de aquel heroico pueblo destrozado.

El régimen legítimo de España solicita con insistencia que se respete el Derecho Internacional; que se le permita proveerse del material necesario para defender su territorio; que no se le aten las manos frente a la traición y frente a la invasión de que viene siendo víctima desde 1936.

Los países europeos, excluía Rusia; las repúblicas americanas, con excepción de México, se han cruzado de brazos o han mantenido una tesis bautizada con el nombre de no intervención, de neutralidad.

Mas esta tesis de neutralidad a la que se acogen 26 gobiernos, por el apoyo que Italia y Alemania prestan a los rebeldes, no es otra cosa que tesis abiertamente favorable a la criminal "ideología" fascista.

¡En medio de todo, para explicarlo todo, para buscarle justificación al atropello, para excusar complicidades, el fantasma rojo del comunismo!

¿Comunismo? Imperialismo habría que contestar. Hierro, cobre, mercurio, materias primas. Y algo más que explica la titubeante actitud de Francia y de Inglaterra frente a la anarquía que se ha desatado en los dos extremos del mundo. Ese algo más es el problema de las colonias alemanas que en Versalles fueron divididas entre los aliados.

27,525 millas cuadradas se segregaron de Alemania en la propia Europa. Un millón y cuarto de millas cuadradas se repartieron las potencias victoriosas en otros continentes. Para no perder ese botín, creyendo asegurar sus conquistas territoriales, los otros imperialismos europeos han permitido el zarpazo de Italia en Etiopía, los del Japón en China y el ataque combinado de Hitler y de Mussolini a España.

¡A una nación hondamente civilizada; enemiga de la guerra; y que no obstante ser europea se mantuvo al margen de aquella universal carnicería que vino a parar en el Tratado de Versalles!

* * *

Fuerza moral les falta a Londres y a París para imponerse a los agresores de hoy, ya que también ellos cometieron iguales atentados. En el caso concreto de los chinos basta con leer páginas recientes de la historia contemporánea.

Han sido víctimas de todos los imperialismos, a tal punto que el caso de Formosa, el caso de Korea, el caso de Manchuria, no difieren en nada de lo que sucedió con Malaca, Burma, el Tibet, Cambodiaa, Siam o Indochina.

Colonias son éstas, protectorados o "países autónomos", arrancados a la China por "democracias" occidentales que no se atreven con el Japón, ni con Italia, ni con Alemania, porque no tienen autoridad para condenar en Bruselas, ni en Londres, ni en Ginebra, ni en parte alguna del planeta a las huestes sanguinarias del Mikado, del Fuehrer o del Duce.

De ahí que obren con doblez las Nueve Potencias en lo que se refiere al lejano oriente; de ahí el convenio de no intervención en el crimen contra España; y de allí resulta que Abisinia, China y la República Española sean los corderos pascuales de una trama monstruosa de imperialismos confabulados.

Contra estos imperialismos nada puede el Derecho Internacional. Por eso todo se está violando. Y para excusar las violaciones han tenido que recurrir los delincuentes al argumento de que es necesario mantener la paz.

Pero la paz basada en crímenes y en atropellos; la paz sin recordar que la justicia y el derecho son los únicos cimientos que pueden mantenerla, no es paz. No es en el caso actual del mundo, en la tragedia inenarrable que palpamos, sino imperialismo en el aspecto más bárbaro que ha conocido la humanidad en su larga historia de aberración y de locura.

28 de noviembre de 1937.

LA LEYENDA ROJA DEL COMUNISMO

De todo tiene la culpa el comunismo. ¡Hasta de la ferocidad totalitaria! Y de todo, por consiguiente, tiene también la culpa el Gobierno de la nación soviética, “en donde se ha instaurado la fatal y temible organización marxista”.

Pero la verdad es que el comunismo no existe en parte alguna como doctrina realizada, con fuerza material suficiente para que tengan razón de combatirlo como lo combaten los regímenes autoritarios y las derechas cerriles, las castas privilegiadas que temen por sus injustas prerrogativas de uno al otro confín de la tierra.

Bien saben los que conocen la realidad del mundo, aunque la ignoren los pazguatos, que ni siquiera en Rusia hay comunismo. Y que por haberse quedado el Soviet en lo que es, en lo que puede ser y nada más, atacan hoy a Stalin los extremistas desenfrenados que sólo se basan en la utopía.

Pero si en aquel país existiera el comunismo; si estuviese efectivamente implantado como sistema de gobierno, no se sabe de ninguna Manchuria, ni de ninguna Etiopía, ni de lo que queda de China, ni de ninguna España atacadas o invadidas por los ejércitos socialistas de la República Soviética.

* * *

El Kremlin de 1917 a 1937 no es el Kremlin del imperio de los czares.

Proclama la necesidad de acogerse al derecho para mantener la paz.

Es el más firme sostén de la Sociedad de las Naciones.

Opina que debe ayudarse a los gobiernos legítimos, a los gobiernos reconocidos, en caso de guerra civil y sobre todo en caso de invasión, para que puedan restablecer su tranquilidad interior.

Desea que se respete la prohibición de proporcionar armas a invasores o a facciosos.

Se ciñe, en suma, a los más elementales principios de las convenciones que han podido adoptarse sobre deberes y derechos de los Estados soberanos.

Y si en el terreno jurídico la actitud de Rusia puede considerarse como irreprochable, en el doctrinario su norma de conducta contrasta con las actuaciones de Roma y de Berlín; porque teniendo un poderoso ejército para resguardarse de agresiones, procura dar ejemplo de tolerancia respetando los sistemas y las ideologías de otros pueblos, que es lo menos que podría pedírseles a Hitler y a Mussolini.

* * *

Si Rusia, pues, a nadie está atacando; si su organización socialista es de paz y no de guerra; si el comunismo sigue siendo una estructuración que todavía no se materializa, quiere decir entonces que las espeluznantes difamaciones fascistas van enderezadas contra el mismo fantasma al que Marx y Engels se refirieron en su Manifiesto.

Contra una aspiración, en otros términos, que como tal aspiración únicamente la intransigencia, el fanatismo, la codicia de los reaccionarios y su brutal barbarie pueden embestir en la forma en que lo hacen.

El fascismo, por el contrario, y en esto difiere del socialismo puro, es la agresión real de las tres potencias totalitarias contra el hombre mismo, contra sus mujeres y familiares inermes, contra sus ciudades y aldeas, contra el pensamiento, contra su producto que es la cultura, contra la historia, contra la más viva y respetable esencia del sér humano.

* * *

Igual cosa sucedió hace mas de un siglo con lo que llamaron también los cavernarios, los detentadores, "la peste roja" de los derechos del hombre. Pero la Santa Alianza de 1815 y años subsiguientes, apoyada por todas las naciones antiprogresistas de Europa para mantener la sociedad feudal y evitar "los peligrosos avances del liberalismo", fué a la postre abatida.

Ciento veinte años después, respaldada igualmente por todas las fuerzas medioevales de nuestra era, se ha vuelto a formar una Liga conculcadora y desafiante, que asusta a los incautos y amenaza al hombre libre como en el siglo XIX.

Mas hoy como ayer la situación es la misma, por mucho que

los dirigentes fascistas, epígonos de los fundadores de la primera Santa Alianza, pretenden defender apologeticamente o con sofismas su absurda tesis antihumana; y por mucho que quieran ayudarles en su empeño confusionista los sicofantes que les rodean.

Esa situación puede resumirse así: poderosos contra oprimidos; explotadores contra explotados; clases parasitarias contra las grandes mayorías productoras; privilegios monstruosos contra necesidades biológicas.

Y como consecuencia de todo ello el choque irremediable de la democracia, en su sentido económico, contra la autocracia brutal de los parásitos.

* * *

A lo expuesto, evolución o revolución, marcha inevitable hacia adelante, le dan color rojo las derechas y le llaman comunismo. Parecido color y nombre semejante se dió al movimiento de liberación de nuestros abuelos, calumniados a la sazón y difamados por los conservadores, para poner nerviosos a los que en aquella fecha eran tan cándidos como demuestran serlo sus descendientes en esta trágica centuria en que nos movemos.

No, no es cuestión de que le hielan a uno la sangre con el fantasma comunista. Y menos acá en América en donde tanto se ha abusado y se sigue abusando de las nueve letras que forman ese vocablo.

Comunismo hecho gobierno ya se ha visto que no lo hay en Rusia; menos aún en México. Se clama, sin embargo, a grandes voces, contra el comunismo mexicano. Pero lo que hay en esa república, y lo que la revolución trata de dominar, es otra cosa:

Grandes empresas explotadoras.

Petroleros ingleses y norteamericanos.

Dueños privados de las minas y demás riquezas del subsuelo.

Un clero fanático que ofrece la gloria eterna por codicias materiales.

Grandes terratenientes y voraces capitalistas que para defender sus privilegios combaten al Gobierno con todas las armas de que disponen.

Tampoco había comunismo en Bolivia cuando varios centenares de indígenas en la miseria, con palos, con piedras, con lo que a mano encontraban, se lanzaron en 1927 contra sus opresores blancos de varios siglos.

Bárbaramente fueron reprimidos los infelices sublevados.

Pero aquello estaba bien hecho, según los amigos del régimen entreguista, porque el oro de Rusia —¡siempre Rusia!— era el

responsable de "tan injustificada sublevación".

Ni lo había en Nicaragua cuando el taimado doctor Sacasa y sus lugartenientes encabezaron la revolución constitucionalista, ahogada en sangre por los marinos y por los aviadores protestantes del Presidente Coolidge.

También en este caso se habló de comunismo.

Y los traidores, coreando a Coolidge, a Kellogg y a los banqueros de Wall Street, infamaban a los que morían heroicamente por su patria.

Y los obispos, los hijos mitrados de la Catedral, llenaban de bendiciones y de indulgencias a los ejércitos extranjeros que invadían el territorio de la pequeña república centroamericana.

Ni había comunismo en Venezuela con Juan Vicente Gómez.

Ni en Cuba bajo el dominio de Machado.

Ni en el Perú de Leguía o de Sánchez Cerro.

Ni contra Borno en Haití.

Ni contra Vázquez en Santo Domingo.

Ni lo hay contra Ubico en Guatemala.

Ni contra Carías en Honduras.

Ni contra ningún tirano de esta pobre y sufrida América con sus pacientes millones de parias encadenados.

* * *

¡Ah!, pero cuando los pueblos oprimidos de nuestras veinte repúblicas se enfrentan en alguna forma a la explotación y a la ignominia; cuando luchan por conseguir que se les trate humanamente; cuando quieren mejorar su condición misérrima de vida; cuando aspiran a ser cultos, a ser civilizados, a ser hombres y no bestias, gritan aterradas las derechas pidiendo auxilio para librarse del comunismo.

Y claman enfurecidas contra los intelectuales de izquierda, "responsables de tanto desorden y de tanta agitación porque no pueden negar que son comunistas". ¡Lo mismo que hicieron otras generaciones, también se echarían sobre Pasteur por haber descubierto el microbio de la rabia!


Pero será inútil —ya eso cae en la ridiculez— seguir asustando con la leyenda roja del comunismo. Lo que hay es una gran batalla de lo humano contra lo antihumano. Desgraciadamente, para ventaja de los privilegiados, el contenido de lo humano es la democracia efectiva. Y dentro de la democracia operan libremente sus enemigos hasta ponerla en trance de zozobrar.

Y lo que hay, además, en el propio centro de esta gran batalla, tanto en América, como en Europa y en los otros continentes, es imperialismo disfrazado con distintos nombres.

Imperialismo, sí. Lo que ya dije en anterior apunte: petróleo, oro, plata, hierro, cobre, mercurio, salitre, canal de Nicaragua, canal de Panamá, plantaciones de caucho y de banano, ferrocarriles, colonias, zonas de influencia, concesiones, aeroplanos, acorazados y cañones para apoderarse del territorio y de la riqueza de las naciones débiles.

Y hay contra el imperialismo, por supuesto, el natural movimiento de reacción y de defensa, que es a lo que llaman comunismo los amos del capital monopolista; los gobiernos y las altas clases medias que le sirven; el clero amigo de la materia; los que en nombre del patriotismo traicionan a su patria; los bribones de todo jaez, en fin, que se ríen y se aprovechan de los inconscientes, para seguirlos dominando y ultrajando sin que puedan los ingenuos percatarse del embrujo.

2 de diciembre de 1937.



Consideraciones sobre civilización occidental a propósito de Federico García Lorca

Reconstrucción del discurso pronunciado por el autor, en la Liga Demócrata Antifascista de Costa Rica, el 10 de diciembre de 1937. Homenaje a García Lorca.

AQUI estamos congregados para rendir un homenaje al poeta Federico García Lorca. Tiene este acto una honda significación porque hasta la fecha, si mis informes son correctos, no ha sido posible hacer nada semejante en memoria del bardo sacrificado, con excepción de Panamá, en ninguna de las repúblicas centroamericanas.

A ellas no sólo pertenece Costa Rica geográficamente, sino también, si cabe la expresión, ideísticamente. Y hablo de idea en su doble sentido, pues que pensamiento, energía depurada, la más alta vibración de la materia tanto forma o deforma la razón pura, como forma o deforma la moral del individuo.

Esa moral que viene a constituir, por suma de individualidades, la moral colectiva, el clima ético en que se mueven y evolucionan desde los más grandes hasta los más pequeños núcleos de la sociedad humana.

El clima o ambiente a que me refiero es el mismo en toda la angostura de Centro América.

Clima asfixiante.

Clima que no pueden respirar quienes tengan aspiraciones de oxigenación cultural.

Clima, entonces, el menos propicio para enaltecer la figura de García Lorca.

Generales de machete son los amos de nuestras cuatro hermanas del norte.

Y aprovechados civiles son los amos de este país al que se le ha dado fama de vivir la democracia.

Afirmo, por consiguiente, que el acto que aquí nos reúne es de gran significación.

Mayor aún en estos días en que se festeja a viejos políticos y se exalta, con discursos y con medallas de oro, a hombres que desde el punto de vista ético, o intelectual, o estético, nada tienen de común

con el cantor gitano ultimado frente a su Granada.

* * *

Si fuera mi deseo apartarme del tema a que me debo ceñir, podría agregar que este tributo cobra mayor emoción si se recuerda que los civiles costarricenses, los licenciados, o rabadanes, o leguleyos que gobiernan hoy como gobernaron ayer, son en su mayor parte los mismos que con el carácter de militares de ocasión, diplomáticos, ministros o funcionarios en menos encumbradas posiciones estuvieron, de 1917 a 1918, al servicio de un régimen parecido a los de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua.

Al servicio de un régimen de traición militar, anticonstitucional y antidemocrático.

Al servicio, en otras palabras, de un régimen de cuartelazo, que por su génesis nada tiene que envidiarle al cuartelazo que desde julio de 1936 ha convertido la tierra española en campo de batalla.

Por esos antecedentes, y por seguir mandando quienes mandan, creo que empieza a comprenderse lo que significa la asamblea que celebramos.

A ella se opondrían con toda su fuerza los que de igual manera simpatizan hoy, desde el poder, con las espadas que desangran al pueblo español, como apoyaron en 1917 al militar en servicio activo, al Ministro de la Guerra que aprovechó los cuarteles de esta mansa república para proclamarse gobernante de Costa Rica.

Pero frente al deseo de estos servidores y admiradores de todo lo que está reñido con la ética, si ese todo llena sus necesidades y apetitos materiales, está hecho fuerza el movimiento popular, que es en este caso movimiento de cultura, imponiéndose a la barbarie y rindiendo tributo a la poesía simbolizada por un ajusticiado.

* * *

Crecerá, sin duda, este movimiento de opinión, para que Costa Rica vuelva a ser lo que fué —hablo en pretérito— cuando podía efectivamente presentársela como modelo de nación democrática y de nación civilizada.

Irá creciendo, o hay que hacerlo crecer con tanto empuje y vigor, que desaparezcan los alardes de oratoria grandilocuente con motivo de un pleito de fronteras, provocado por unas estampillas de correo.

Y que desaparezcan los altos cuellos duros de mariposa.

Y que desaparezcan los levitones patriarcales y los sombreros con ala vuelta hacia arriba, negros sombreros de funeraria, que no dejan brillar el pensamiento de las encumbradas figuras centro-americanas.

Y que desaparezcan también y para siempre los que tales cosas usan, acostumbrados a ellas durante el largo medio siglo que llevan deshonrando, y no precisamente con su vieja indumentaria, a estos pueblos infortunados de la América Central.

* * *

¡Siempre los mismos doctores en derecho!
 ¡Siempre los mismos doctores en medicina u otra cosa!
 ¡Siempre los mismos generales o coroneles de aterrador machete!
 ¡Siempre las mismas y anticuadas figuras que en países de responsabilidad —de responsabilidades— ya estarían en el eterno reposo de una tumba!

¡O a prudencial distancia, por lo menos, de la historia contemporánea, de la historia que viven estas generaciones necesitadas de mejor ejemplo!

Y otros hombres, también carentes de verticalidad, a quienes la parroquia suele seguir considerando jóvenes en plena madurez —madurez de podredumbre—, al crecer este movimiento de opinión, que es o será movimiento de ética, habrán asimismo de recibir el único pago que merecen por sus acciones de complicidad con el invasor imperialista, o de adulación al cacique dominante, mal empleando sus plumas o medrando con sus periódicos, en tal forma que no será posible poner medallas sobre el pecho de náufragos en su propio cieno, cuya moral catadura estará justipreciada por todo aquél que quiera llamarse dignamente ciudadano de estas repúblicas.

¡De estas pobres repúblicas a las que no se podrá calificar de desmemoriadas, de ingenuas ni de tontas, cuando haya en Centro América conciencia clara de deberes y de derechos!

* * *

A pesar, pues, del medio oficial totalitario y de la incomprensión que aquí dominan.

A pesar de la ignorancia de los sabios y de la sabiduría pasmosa de los ignorantes, sabios o ignorantes por intuición.

A pesar de que en países como el nuestro la clase media “aristocratizada” o “plutocratizada”, los “hombres banda” que sirven para todo, como el Dorante de Molière, opinan de cualquier tema sin haber estudiado ninguno.

A pesar, pues, de cuanto llevo dicho, se honra hoy la Liga Costarricense Antifascista honrando la memoria de García Lorca.

Y me honro yo que fuí su amigo en la Alianza de Intelectuales de Madrid, cuando acababa de llegar a España, diciendo unas palabras en recuerdo suyo.

En recuerdo de aquel muchacho decidor y alegre, lleno de opti-

mismo y de bondad, de quien no pude sospechar al despedirnos, en julio de 1936, que su viaje hacia la luz de Andalucía era el viaje definitivo hacia la eterna sombra.

* * *

Al pie de la Sierra Nevada quería tomar su descanso. Contemplar el Sacro Monte y subir por la cuesta del Chapiz. Ascender a lo más alto del Generalife.

Quedarse horas enteras en la Alhambra, en el patio de los leones, en el patio de los arrayanes, en la sala de los abencerrajes, en las torres del alcázar, inspirándose desde arriba en las aguas del Darro y del Jenil.

Ver y abrazar de nuevo a sus gitanos en el Albaicín.

Pasear, en suma, por las callejas torcidas y estrechas de la vieja capital granadina, ardorosas como fuego en el verano, con sus burros cargados de leche, de tomates, de cebollas, de toda clase de comestibles.

¡Los burros enanos que le hacían tanta gracia —me lo contaba riendo en una de mis conversaciones con él— porque se dejan oír cuando desembocan en las grandes avenidas modernas, contestando con sus rebuznos, que no guardan proporción con su tamaño, a la bocina estrepitosa de los automóviles!

* * *

Al pie de la Sierra Nevada quería tomar su descanso. Y al pie de la Sierra Nevada quedó tendido el poeta.

Tendido pero no muerto, porque al decir de Benavente tienen mal morir los poetas, ya que una vida perdida no es lo mismo que una vida acabada. Y cristaliza su pensamiento en esta forma el ilustre dramaturgo madrileño.

“Para dar muerte a un poeta, muerte verdadera, hay que matarle dos veces: una con la muerte y otra con el olvido, que es la muerte completa. A García Lorca, si es fácil enterrarlo muerto, no es tan fácil enterrarle en el olvido. Su inmortalidad será el oprobio eterno de los que brutalmente, estúpidamente, en él saciaron su venganza”.

¿Mas cómo y por qué, siendo el cantor gitano quien era y como era, despedazó su cabeza el plomo de la barbarie?

* * *

Un evadido del campo faccioso, quien contra su voluntad tuvo que asistir al asesinato de García Lorca, asegura en *Adelante*, periódico valenciano, que el poeta fué acribillado por la Guardia Civil a 18 kilómetros de Granada, en la carretera de Padul, sin

sentencia en contra suya, sin que lo hubiese juzgado ningún tribunal, porque no había en realidad acusación ni cargos que pudieran hacérsele.

“Fué a las ocho de la noche —dice el informante— cuando bajamos de los automóviles, cuyos faros iluminaban al que iba marchando sereno al sacrificio. El piquete se situó detrás de los coches. La silueta de García Lorca se recortaba en el fondo de la obscuridad.

“De pronto se detuvo y se volvió de cara hacia nosotros pidiendo hablar. Y habló con firmeza, con voz segura, con ademán viril. No eran de desmayo sus palabras invocando el perdón de culpas que no había cometido. Eran palabras airadas de condenación y de protesta.

“El teniente Medina, a la vez que lanzaba tremendas blasfemias, disparó su pistola y azuzó a los demás guardias contra el indefenso poeta andaluz. A culatazos, a tiros, se lanzaron sobre él, quien corrió perseguido por una lluvia incesante de balas.

“A unos cien pasos fué a caer. Pero alzóse bañado en sangre y con ojos de reto miró a sus verdugos, quienes retrocedieron llenos de espanto. Solamente se mantuvo frente a la figura de su víctima el jefe de la cuadrilla, el teniente Medina, empuñando y disparando su pistola.

“García Lorca cerró por fin los ojos para siempre, desplomándose sobre la tierra que había regado con su sangre generosa. El teniente avanzó rápido y descargó sobre el cuerpo del gran gitano los tres últimos tiros. Allí quedó el poeta insepulto, frente a su Granada”.

* * *

¡La voz del autor del *Romance de la Guardia Civil*, tenía que ser cortada en su garganta por la Guardia Civil!

Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.
sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.
Con el alma de charol
vienen por la carretera.

¡Oh, ciudad de los gitanos!
Apaga tus verdes luces
que viene la benemérita.

Avanzan de dos en fondo
a la ciudad de la fiesta.
Un rumor de siemprevivas
invade las cartucheras.
El cielo se les antoja
una vitrina de espuelas.

La ciudad, libre de miedo,
multiplicaba sus puertas.
Cuarenta guardias civiles
entran a saco por ellas.
Los relojes se pararon,
y el coñac de las botellas
se disfrazó de noviembre
para no infundir sospechas.
Un vuelo de gritos largos
se levantó en las veletas.
Los sables cortan las brisas
que los cascos atropellan.

En el portal de Belén
los gitanos se congregan.
San José, lleno de heridas,
amortaja a una doncella.
Tercos fusiles agudos
por toda la noche suenan.
La Virgen cura a los niños
con salivilla de estrella.
Pero la Guardia Civil
avanza sembrando hogueras,
donde joven y desnuda
la imaginación se quema.
Rosa de los Camborios
gime sentada en su puerta
con sus dos pechos cortados
puestos en una bandeja.
Y otras muchachas corrían
perseguidas por sus trenzas,
en un aire donde estallan
rosas de pólvora negra.

* * *

En una de las sesiones del Congreso Mundial de Escritores celebrado recientemente en España, al que tuve el honor de asistir

por invitación de la Alianza de Intelectuales en Defensa de la Cultura; como delegado, pues, de mí mismo, y no de Costa Rica que jamás me habría elegido, explicó don Fernando de los Ríos en relación con la muerte de García Lorca:

“Hace una semana, en la madrugada del 5 de este mes de julio de 1937, llegaba el que os habla al frente de Granada. Me saludaron los soldados y los milicianos, y se acercaron los evadidos para decirme cuáles eran las últimas noticias de lo que en Granada acontecía.

“Podéis imaginaros con qué ansiedad preguntaría yo por la suerte cierta de una persona, que no necesita ser nombrada, porque está en la conciencia de todos. Para unos sería como un hermano. Otros teníamos con él una relación filial.

“Las noticias fueron éstas: tres veces ha sido necesario ensanchar el cementerio de Granada. ¿Por qué? Seis catedráticos de la Universidad, comenzando por el Rector; cinco de los once diputados de izquierda; un cuantioso grupo de profesionales y catorce mil obreros.

“No eran bastantes los tres ensanchamientos. Y fué preciso, entonces, distribuir los cadáveres de los asesinados por los alrededores de la ciudad.

“Cuando lo llevaban por el camino que conduce a uno de los pueblos cercanos de Granada, mató la Guardia Civil a Federico García Lorca.

“Hoy ya sé dónde está enterrado.

“¿Pero por qué lo fusilaron? No porque se llamara Federico García Lorca. En él los militares no fusilaron al poeta sino que pretendieron fusilar a la poesía”.

* * *

¡Fusilar a la poesía! ¡Acabar con la cultura! Así lo proclama el siguiente decreto del *Boletín Oficial de Burgos*:

“Siendo preciso proceder a que se retiren de las bibliotecas públicas y de los centros culturales todas las publicaciones que puedan servir para la propagación de ideas nocivas, se dispone que en el plazo de quince días redacten las autoridades una lista que comprenda la relación nominal de todas las bibliotecas públicas, populares, escolares, centros de lectura, casinos, sociedades recreativas, colegios, academias y cuantos focos de igual peligro existan en las respectivas provincias. Y se dispone que inmediatamente se constituya una Comisión Depuradora que se encargue de la recogida y destrucción, en su caso, de esa clase de libros”.

¡Autos de fé, como consecuencia del depurador decreto!
¡Hogueras en Sevilla, en Zaragoza, en Burgos, en Bilbao, en San

Sebastián, en la Salamanca de Unamuno hasta matarle, allí donde las gumías sarracenas y el espadón de los pretorianos pueden cumplir el postulado ya famoso —“¡Muera la Inteligencia!”— de Millán Astray!

Pérez Galdós, Valera, Blasco Ibáñez, Benavente, Valle Inclán, Palacio Valdés, Antonio Machado, Pío Baroja, Zolá, Montalvo, Dickens, Queiroz, Tolstoy, Barbusse, Víctor Hugo, Romain Rolland, los más altos valores nacionales y extranjeros figuran ya en el índice; y sus obras se lanzan a las llamas en las plazas públicas del territorio invadido por mahometanos y fascistas.

* * *

Acá, en nuestra civilizada república de licenciados, esas obras no se lanzan todavía a las llamas: se devuelven a su país de origen “para que la democracia costarricense no se corrompa con literatura comunista, disociadora y subversiva”.

¡Pobres gobernantes de mi país!

¡Serán sus huesos polvo y ceniza, materia corrompida que nada deja, y seguirá leyendo y admirando el mundo a los grandes autores que aldeanos politiquillos inconscientes se atrevieron a censurar!

Mas dejo a la parroquia para volver a lo de España.

* * *

Libros y autores deben desaparecer. Cultura e intelectuales que la crean tienen que ser fusilados.

Por eso murió frente a su Granada Federico García Lorca.

Por eso fué también condenado a muerte Antonio Espina, redactor de *Nueva España*, antes de terminar su último libro *Panoplia de Luces*.

Por eso cayó el poeta José María Morón, premio nacional de literatura con su *Minero de Estrellas*.

Por eso fué fusilado Enrique Azcoaga, premio nacional de crítica en 1933.

Por eso no hubo perdón, no hubo misericordia para los músicos Hernández Carrera y Antonio José.

Ni para los pintores Baltasar González y Díaz Baliño.

Ni para los periodistas Fernando Mora, José Rial, Constantino Ruiz, Arturo Guillén, Roberto Blanco Torres, Francisco Ponsá, Victorio Casas y tantos otros compañeros ultimados por los enemigos de la inteligencia.

* * *

Pero la saña de las tizonas y de las espuelas no se detiene en

escritores, en artistas, en músicos o en pintores.

Durante los seis primeros meses de invasión extranjera y de dominio militar, solamente en Galicia, fueron ejecutados 417 médicos, 632 maestros y profesores, 187 abogados, 96 farmacéuticos, 23 telegrafistas y 42 ingenieros.

La proporción es más o menos la misma en todas las ciudades y en todos los pueblos a merced de italianos, alemanes, moros, legionarios de la hez europea, falangistas y fanáticos de la sombra de don Carlos.

Hace pocos días he recibido una lista trágica en la que figuran los nombres de centenares de catedráticos, de maestros, de científicos eminentes, llevados al paredón por los que cumplen y sienten la consigna millanista de Burgos, proclamada en Salamanca.

Nombres mundialmente conocidos y respetados hay en ese martirologio.

Nombres humildes otros, inmortalizados hoy como víctimas de la barbarie.

Leopoldo Alas, Rector de la Universidad de Oviedo.

Ricardo Etcheverri, de la Universidad de Santiago de Compostela.

Salvador Villa Hernández, Rector de la Universidad de Granada.

Augusto Vinuesa, de la Universidad de Zaragoza.

Joaquín Andrés Martínez, del Instituto de Teruel.

Manuel Santamaría, del Instituto de León.

Duarte Salcedo, de la Universidad de Granada.

José Polanco Romero, de la misma Universidad.

José María Vinuesa, de la Universidad salmantina.

* * *

Leo entre tantos nombres, con emoción y con profunda pena, confirmándose así la noticia de su muerte, el de un ilustre profesor de varias generaciones de costarricenses, cuya memoria estamos en la obligación de exaltar todos los que fuimos sus discípulos.

Me refiero, como ya lo hice en plática anterior en este mismo local, a don Arturo Pérez Martín, Director durante varios años del Liceo de Costa Rica, a quien los sublevados ejecutaron sin formación de causa, por su cultura, por su sabiduría, por ser Vice Rector de la Universidad de Valladolid, por no estar sin duda de acuerdo con las nuevas fórmulas de la civilización occidental.

Muertos están todos ellos. ¡Ah! Pero sus cenizas y las cenizas de los libros destruidos serán simiente de un mundo mejor.

Y su sangre, y la sangre fecunda de un millón de españoles, será la más pura esencia de un fanal vivísimo encendido en España,

para decirle a la barbarie que no será posible, ahora ni nunca, acabar a golpes de mandoble o a tiros de metralla con la luz del entendimiento.

* * *

Ningún homenaje más adecuado para García Lorca como hacer hincapié en que él y los demás intelectuales ejecutados, y los que viven todavía y luchan contra la bestia negra, representan la genuina civilización occidental.

¡La calumniada civilización occidental en cuyo nombre a ellos se les llevó a la muerte y a los otros se les difama, se les persigue y encarcela!

He hablado de civilización occidental.

También hablan de civilización occidental los que queman libros y fusilan a quienes son capaces de producir cultura.

Puede entonces afirmarse, y ello está en la época presente bien delimitado, que hay en el mundo contemporáneo dos tipos de civilización occidental.

Mejor aún, dos civilizaciones occidentales:

La que beneficia a la humanidad.

La del arte.

La de la cultura.

La de la ciencia.

La que no destruye sino que salva.

Y la que está en contra de la humanidad.

La de químicos que trabajan en sus laboratorios en sentido antihumano.

La de mecánicos e ingenieros al servicio de la matanza.

La de los fabricantes de armas.

La de militares y otras castas privilegiadas que con toda su fuerza, con todo su poder, tratan de perpetuar la monstruosidad de un régimen en el máximo de su descomposición material, lo que al mismo tiempo implica su descomposición espiritual.

* * *

Acá en Costa Rica, subrayando el caso concreto de España, buena prueba tenemos de una y de otra civilizaciones.

Mencioné hace poco al viejo profesor don Arturo Pérez Martín, ultimado en Valladolid.

Ha sido también maestro de muchos de nosotros el eminente pintor don Tomás Povedano, quien defiende con ejemplar entusiasmo la libertad de su patria, invadida por el fascismo internacional.

Y fué educador de nuestros padres y de nuestros abuelos otro gran liberal español, don Valeriano Fernández Ferraz, catedrático

de las Universidades de Madrid y de La Habana.

Tuve yo el privilegio de conocer y de tratar a este gran viejecito español, al sabio y bondadoso maestro don Valeriano.

¡Cómo se emocionaba hablando de su compañero y amigo predilecto don Benito Pérez Galdós, cada vez que recibía correspondencia del inmortal autor de los *Episodios Nacionales*.

¡Y cómo, a los noventa y seis años de edad, me decía con entusiasmo de sus planes para coordinar y publicar “más adelante”, en varios volúmenes, algunos de sus trabajos filosóficos y literarios!

Nunca volvió a España sino en viaje de pocos meses. Cuando en el año 1873 pudo instaurarse la República y Amadeo de Saboya salió de la península; cuando brillaban en su patria Salmerón, Sagasta, Pi y Margall, Castelar y otros varones de la misma talla, llegó a creer don Valeriano que surgía “una España nueva, emancipada de antigua y vergonzosa servidumbre”, para usar sus propias palabras, recogidas por Mario Sancho en el estudio que ha escrito sobre la labor de Fernández Ferraz en Costa Rica.

Habíasele negado el derecho, por reales órdenes del 69 y del 70, de volver a ocupar su cátedra de Arabe en la Universidad de Madrid, derecho que no tuvo tiempo de rehabilitarle el régimen efímero de la República.

Prefirió entonces quedarse en Costa Rica hasta morir en ella. En nuestro cementerio josefino está enterrado.

Muchas veces me dijo que había renunciado en el 82 sus cátedras de Historia de la Filosofía, de Griego y de Metafísica en la Universidad de La Habana, La Habana de la Colonia, porque él, liberal de pura cepa —comunista dijéranle hoy aquellos que le temen a lo rojo— no podía sentirse satisfecho en un país dominado por la incapacidad y la incultura de las tres castas cerriles que han sido dueñas de España: nobleza —o bajeza—, militarismo y clero.

*

* *

Si en esta hora trágica de su pueblo viviese don Valeriano, aquí estaría con nosotros rindiendo homenaje a Federico García Lorca, como está el maestro Povedano, como estaría Pérez Martín.

Protestando por el asesinato de colegas y de discípulos suyos en la cátedra española.

Alzando su voz, noble y generosa siempre, contra los que han convertido en pavezas los mejores libros de la literatura universal.

Condenando el bombardeo que aeroplanos extranjeros han hecho de hospitales, de guarderías infantiles, de bibliotecas, del Museo del Prado, del Palacio de Liria, del Monumento a los Héroes de la Independencia, de la pila bautismal de Cervantes.

Demostrando, en fin, que ellos representan la civilización

occidental de España: la nuestra, la de quienes nos honramos en haber sido sus alumnos.

* * *

De la otra civilización occidental también se tiene buena prueba en Costa Rica.

Creo que fué en 1923. Uno de estos presidentes de república centroamericana, muy a nuestro modo de ser, muy sistema feudal y muy mal informado, quiso establecer en el país la organización de la Guardia Civil.

Y llegó a la cómoda placidez de nuestro medio el famoso capitán Doval y Bravo.

¡Tricornio, uniforme de gala, botas de charol, constelación de medallas que había ganado por derramar sangre de moros en el Africa!

Le acompañaba, además de todo eso, el cabo Fernández, hombre de feroz mirada y de largos bigotes de punta vuelta, hirsutos y engomados.

Al Presidente no le aprobó el Congreso su estrafalario plan de Guardia Civil en Costa Rica. Diputados y periódicos se refirieron a la crueldad de las parejas, a quienes les negaría su absolución el propio San Fernando, organizador de cuadrilleros y fundador de la Orden de la Santa Hermandad.

El capitán Doval y Bravo, que después se ha distinguido por su sanguinaria ferocidad durante la represión de Asturias, y por los fusilamientos en masa que ha ordenado durante la actual contienda española, bufaba aquí de indignación al leer y escuchar tan merecidos ataques a "la benemérita".

No hallaban él ni el cabo Fernández contra quién descargar su reprimido coraje. ¡Hasta que encontraron víctima en la persona de un escritor guatemalteco, quien por esos días llegó a San José con la intención de dar agunas conferencias!

Como venía de España, alguien creyó oportuno preguntarle su opinión acerca de la Guardia Civil. El escritor, hermano de Gómez Carrillo, estuvo de acuerdo con el criterio de diputados y de periodistas.

Sobre él cayó entonces el puño macizo de Doval y Bravo, dejándolo con la cara ensangrentada y con dos costillas rotas, en la oficina del diario que a la sazón yo dirigía.

* * *

Frecuentemente he recordado las palabras del agredido, mientras lo que allí estábamos hacíamos esfuerzos sobrehumanos por quitarle de encima al enfurecido capitán:

“¡Siempre la bota del militar sobre la cabeza del intelectual!”

Y nunca podré olvidar algo que considero simbólico y que vale la pena traer a colación en este homenaje a García Lorca. Un puntapié del capitán al escritor, por haber éste quitado la cabeza mientras estaba caído en el suelo, vino a ser un puntapié al *Romancero* y a *Fuente Ovejuna* de Lope de Vega.

Rompió el zapato del guardia civil la vitrina de la biblioteca del periódico, quedando la espuela incrustada en la obra inmortal de Lope, en tanto que el filo de la media suela hizo pedazos los mejores romances de la más alta joya de la literatura popular de España.

El puntapié del capitán Doval y Bravo a *Fuente Ovejuna* y al *Romancero*, ya dije antes que pareciera ser simbólico.

Pudo dársele también a *Yerma*, *Mariana Pineda*, *Bodas de Sangre*, *Libro de Poemas*, *Canciones*, *Poema del Cante Jondo* o al *Romancero Gitano*. Es decir, a la obra teatral y poética de García Lorca.

Como pudo habersele propinado a un tomo cualquiera de autos sacramentales, a la producción de Berceo o del Arcipreste de Hita, a las Coplas de Jorge Manrique, a la *Celestina*, *La Vida es Sueño*, o al más famoso cuadro de Velázquez, de Zurbarán o de Goya.

Es el puntapié que los militares y las castas aristocráticas de España —no en el sentido de clases mejores— han tratado siempre de dar al pueblo español auténtico. A la cultura española, en términos precisos, que ha nacido de la propia entraña popular.

* * *

Pueblo español eran los juglares o troveros. Pueblo español, inspirados en sus creencias y en sus costumbres, los más altos valores de la literatura castellana.

Pueblo español, sin excluir a Murillo con sus vírgenes, los más celebrados pintores, y los comediógrafos, y los novelistas, y los arquitectos, y los músicos, que han descubierto y reflejado a España en la zarzuela.

Pueblo español, en fin, saineteros y vihuelistas que antes y después del siglo XVI se encontraban a sí mismos recorriendo hasta los más humildes poblados de la península, como García Lorca lo vino a hacer con *La Barraca* en pleno siglo XX.

Caminando hacia atrás, que en arte es lo mismo que caminar hacia adelante, siguió García Lorca la ruta de Juan del Encina y de Lope de Rueda, cuyo *Paso de las Aceitunas* se pone todavía en escena.

Volvió a la leyenda y al metro del romance, dando así aliento

de novedad a sus creaciones literarias, que arrancan del mester de juglaría y de las hazañas del Cid narradas por Per Abat.

Cultivó, no obstante el arraigo andaluz de sus estrofas —o precisamente por ello—, la poética popular española, de tal modo que al leerlo surge como una evocación de la vieja España, la España medioeval de los cantares de gesta, la España de Cervantes, de Góngora, de Garcilaso, de los más altos y aun de los ingenios mediocres del habla de Castilla.

Pero que sigue siendo, por sus ansias de libertad, de democracia y de justicia; por ser venero de cultura y de heroísmo, la España magnífica de hoy.

* * *

Esa España es la España que no aman ni comprenden los de la otra civilización occidental. Ni la de ayer ni la contemporánea de García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, León Felipe, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Juan José Domenchina, Emilio Prados, José Moreno Villa, Antonio Aparicio, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, Angel Lázaro, Miguel Hernández, Lorenzo Varela, Arturo Serrano Plaja, Miguel Prieto y la brillante pléyade de poetas que en plena juventud y en plena guerra sienten y cantan a su pueblo en armas contra la barbarie.

Esa España, la España de los que iluminan con sus versos a toda una raza, pues que en América se reflejan sus destellos en Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Córdoba Iturburu, Juan Marinello, Claudia Lars, González Tuñón, Rogelio Sinán y tantos otros cantores vanguardistas como hay en nuestras veinte repúblicas; esa España no es, no puede ser la España de los que quieren acabar con ella.

Ni es tampoco la España de los más ilustres forjadores de ideas o de sentimientos, que con su prosa, sus pinceles o sus herramientas para tallar el mármol o la piedra, ofrecen al mundo su labor de pensadores o de artistas, palpitante de indignación y de amargura, porque piensan con Rabindranath Tagore que el grito de los corazones y de los cuerpos aplastados es tan doloroso, tan horriblemente trágico, que el arte más puro se estremece y la novela y la filosofía se vuelven carne.

He aquí algunos entre todos ellos: Jacinto Benavente, Victorio Macho, Fernando de los Ríos, Antonio Zozaya, José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal, Pío del Río Hortega, Angel Ossorio y Gallardo, Luis Araquistáin, Alvaro de Albornoz, Enrique Diez Canedo, Gustavo Pittaluga, Marcelino Domingo, Pablo Picasso, Eduardo Zamacois, Luis Jiménez de Asúa, Corpus Barga, Antonio Rodríguez Moñino, María Teresa León, Juan de la Encina, Leo-

nardo Martín Echevarría, Pompeu Fabra, Teófilo Hernando, José María Ots, Emilio Nadal, Juan Renau, Ramón Gaya, Serra Hunter, Pla y Beltrán, Antonio Marichalar, Julio Alvarez del Vayo, Carlos Esplá, José Bergamín, Margarita Nelken, Jacinto Grau, Ramón J. Sender, Gonzalo Lafora, Ramón Gómez de la Serna, Ricardo Baeza, Roberto Castrovido, Fabián Vidal, Antonio Medinaveitia, Pedro Carrasco, Navarro Tomás, Arturo Mori, Antonio de la Villa, Gabriel García Maroto, Alfonso Rodríguez Aldave, José Fernández Montesinos, Antonio Sánchez Barbudo, Juan Gil-Albert, María Zambrano, Pous y Pagés, Mariano Espinosa, Paulino Massip, Laudelino Moreno, Pedro Sanjuán, Amaro del Rosal, Braulio Solsona, Max Aub, Wenceslao Roces.

Y para cerrar este cuadro edificante, que tomaría muchas páginas de publicarse completo, allí están Teresa de Jesús en Dolores Ibarruri resurrecta, y Pablo Casals, el representante máximo de los ejecutantes y compositores musicales nacidos y formados en España.

* * *

Nosotros, los que rendimos tributo a García Lorca; los que estamos con los jóvenes y con los viejos que en verso o en prosa, con sus cuadros, sus melodías o su escultura defienden la realidad humana española y su leyenda estética, que ahora tiene que ser ética; los que llenos de emoción nos inclinamos ante todo aquello que forma la grandeza cultural de España y la grandeza cultural de América; los que en Costa Rica hemos conocido a Fernández Ferraz, a Pérez Martín y a Povedano, nos acogemos a la civilización occidental de estos varones, que no es, ni mucho menos, la que proclaman los obispos, los nobles sin nobleza, los legionarios extranjeros, los mahometanos, los nazis alemanes, los fascistas de Roma y las tizonas ensangrentadas de Francos, de Queipos, de Molas, del Capitán Doval y del ilustre señor cabo Fernández.

Clamen acá en América por la tiranía, por la iniquidad, por la traición y por la fuerza, los que siempre estuvieron a su servicio.

Nosotros, entretanto, hemos de seguir por nuestra ruta, repitiendo estas palabras de Rafael Alberti para Federico García Lorca:

“Tu voz velada, a través de otras voces, se escucha en nuestra guerra. Pero lo que más resuena es tu sangre, que nos grita con todos sus pulmones, que se levanta continuamente como un inmenso puño de condenación y de protesta”.

F I N

INDICE

CAPITULO PRIMERO

	<i>Página</i>
OBSERVACIONES PERSONALES Y ALGO DE HISTORIA	
CONTEMPORANEA	5
Diez días antes de la sublevación	5
La unidad de América y de España	7
Agresividad de los reaccionarios con el Frente Popular	9
Culminan las provocaciones con la muerte de Calvo Sotelo	12
Se reúne la comisión permanente de las Cortes	15

CAPITULO SEGUNDO

ESTADISTICAS DE LA REALIDAD ESPAÑOLA	19
Dominio económico de las derechas	19
Valor de la propiedad total de España	21
Algunos de los más grandes latifundistas	23
Poder y riquezas del clero	25
Cómo había podido acumular la Iglesia tantos bienes	28
Estadísticas de producción	31
Números del presupuesto fiscal	35

CAPITULO TERCERO

ESTALLA LA CONFLAGRACION	38
La emoción de Toledo	38
El pueblo domina a los facciosos en Madrid	42
Detalles del 19 de julio en Barcelona	43
Se oye a lo lejos cañoneo de artillería	46
Anecdotario de los primeros días	48

CAPITULO CUARTO

LA REACCION Y LA TRANSFORMACION SOCIAL FRENTE A FRENTE	54
El fascismo internacional detrás de los militares sublevados	54
El espíritu del pueblo se refleja en los periódicos	57
Consagración de la utilidad	61
Comienzan las incautaciones	63
Los intelectuales respaldan el movimiento popular	65
¡Arriba March!, con bendiciones, medallas y escapularios	70

CAPITULO QUINTO

INTENSA CAMPAÑA FASCISTA CONTRA LA DEMOCRACIA	
ESPAÑOLA	74
Los reaccionarios agitan el fantasma comunista	74
Ni socialistas ni comunistas en el Gobierno	76
Mucho antes del cuartelazo Gil Robles y Sanjurjo se entendían con Italia y Alemania	79
Instrucciones de los militares facciosos contra el pueblo español	81
Autoridades, trabajadores, el poeta García Lorca frente al paredón	84
Los sarracenos no quieren dejar a Mahoma por ningún otro Dios	87
Se le atan las manos al Gobierno español con el famoso pacto de neutralidad	89
Roma y Berlín se reflejan en las legaciones hispanoamericanas	92
Manifiesto del Partido Comunista	95

CAPITULO SEXTO

Página

LOS SANTOS PADRES DE LA IGLESIA, HERMANOS GEMELOS DE CARLOS MARX, DE FEDERICO ENGELS Y DE NICOLAS LENIN	98
Mal podían ser jacobinos los católicos de España	98
Más radical el Papa Clemente XIV que la República Española	100
Las teorías del Vaticano y de los padres de la Iglesia coinciden con el marxismo	103
Conservación y no destrucción de la propiedad es lo que predicán en España las izquierdas	107

CAPITULO SEPTIMO

VALORES ECLESIASTICOS INCAUTADOS, EN SEIS SEMANAS, POR MAS DE 320 MILLONES DE PESETAS	111
Buscando armas se hacen grandes incautaciones de bienes eclesiásticos	111
Municiones y explosivos en la Nunciatura de Madrid	122
La Virgen del Pilar prestamista y propietaria de 483 casas	124

CAPITULO OCTAVO

EN MADRID TODO ES AGITACION, MOVIMIENTO Y HEROISMO CONFORME AVANZAN LOS REBELDES	129
La media luna en tierras de Don Pelayo y del Cid	129
El resentimiento de Unamuno	132
Renegando de los militares murió el gran don Miguel	134
La democracia española tiene confianza en los pueblos de América	137
Lo que me dice Largo Caballero sobre transformación social	138
No querían las derechas que los obreros españoles se bañasen	142
Anecdotario	143

CAPITULO NOVENO

GANAR LA GUERRA ES EL PENSAMIENTO QUE AGLUTINA A CUATRO MILLONES DE TRABAJADORES SINDICALIZADOS ..	152
Los catalanes demuestran su españolismo dando la vida en los campos de batalla	152
Palabras del Presidente de la Generalidad en 1936 y en 1937	154
Lo que opinan de los Ríos, Cassou, Albornoz y otros prestigiados escritores	157
"La Pasionaria" que pintan los periódicos no es la misma que yo vi	163
Confesión y comunión para los sublevados en el Alcázar de Toledo	166

CAPITULO DECIMO

MARAVILLOSA RESISTENCIA OFRECE LA CAPITAL DE ESPAÑA A LOS EJERCITOS COMBINADOS DE TRAIADORES E INVASORES	171
Programa de gobierno redactado en Burgos	171
Palos, piedras, agua y aceite hirviendo para los moros	173
Millares de obuses y de bombas incendiarias caen sobre la invicta capital	175
A los musulmanes que maten más españoles les ofrece el "Generalísimo" un viaje a la Meca	183
Subpachecos de América	185

CAPITULO DECIMOPRIMERO

	<i>Página</i>
TAN GRANDE COMO SU DOLOR ES LA EPOPEYA DEL PUEBLO ESPAÑOL EN 1937	193
8 de febrero: Caída y torturante evacuación de Málaga	193
A la ocupación de Málaga contesta el ejército popular con la gran victoria de Guadalajara	196
En Durango, en Guernica, en Bilbao, en la gloriosa tierra católica de Euzkadi sacian los fascistas su venganza	198
Los invasores unidos toman Santander, pero el "triunfo" se lo adjudican las tropas de Italia	205
No hay manera de vencer al pueblo español —al espíritu español— aunque lograsen dominar en la península las armas extranjeras	208

CAPITULO DECIMOSEGUNDO

SINTESIS MUY BREVE DE HISTORIA EUROPEA EN 1938	212
--	-----

LIBRO COMPLEMENTARIO

RECOPIACION DE ALGUNOS TRABAJOS YA PUBLICADOS	217
PALABRAS DE DON MANUEL AZAÑA, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA	218
Los rebeldes no sabrían explicar a ciencia cierta contra qué se han sublevado	218
El problema básico de España ha sido siempre el problema de la tierra Solamente por codicia, por intereses materiales, apoya el alto clero a los facciosos	224
La responsabilidad máxima de la hecatombe recae sobre los militares Objeto de la propaganda fascista en el plano internacional	227
¡Submarinos piratas de Italia en el Mediterráneo! ¡Bombardeo alemán de Almería!	229
EL RESPLANDOR DE ESPAÑA	232
GALICIA MARTIR	236
RECONSTRUCCION ABREVIADA DE TRES DISCURSOS	250
Ante el micrófono de la Unión General de Trabajadores	255
Nueva alocución por radio a las naciones de América	258
En el Congreso Mundial de Escritores	262
DOCE ARTICULOS DE OBSERVACION Y COMENTARIO	267
Los cazadores de francos están contra el pueblo español	267
El pueblo norteamericano es enemigo del fascismo	270
Fervorosa adhesión de la patria de Maceo y de Martí al pueblo magnífico de España	273
Con razón Inglaterra le teme al "comunismo"	275
No pueden los fascistas engañar al pueblo panameño	277
Discurso antifascista del Presidente Roosevelt	279
El día de la raza en Costa Rica	281
Su Santidad apoya al Japón	285
Los diplomáticos de la Liga no son Hispano América	286
Meditaciones del día del armisticio	290
Abisinia, China y la República Española son víctimas del Tratado de Versalles	294
La leyenda roja de comunismo	297
CONSIDERACIONES SOBRE CIVILIZACION OCCIDENTAL A PROPOSITO DE FEDERICO GARCIA LORCA	302

FE DE CINCO NOTORIAS ERRATAS

Página 89, línea 3.—Donde dice noche, léase nota.

Página 183, línea 25.—Donde dice nos es cosa, léase no es cosa.

Página 235, línea final.—Dice: hacer a España dolorosamente. Debe decir: hacer sangrar a España dolorosamente.

Página 267.—El título dice diez, en lugar de doce artículos de observación y comentario.

Página 277, línea 38.—Faltó la v en la palabra subversivas.

VICENTE SAENZ

LIBROS PUBLICADOS:

Traidores y déspotas de Centro América

Cuentos de amor y de tragedia

Cartas a Morazán

Norteamericanización de Centro América

Rompiendo Cadenas

España Heroica

FOLLETOS:

Actitud del gobierno de Washington hacia las repúblicas centroamericanas
(Inglés y castellano)

Intervención de los Estados Unidos en Centro América
(Inglés y castellano)

El Canal de Nicaragua
(Inglés y castellano)

España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936
(Castellano y ruso)

El resplandor de España
(Inglés y castellano)

Palabras del Presidente de la República Española
(Castellano, inglés y francés)